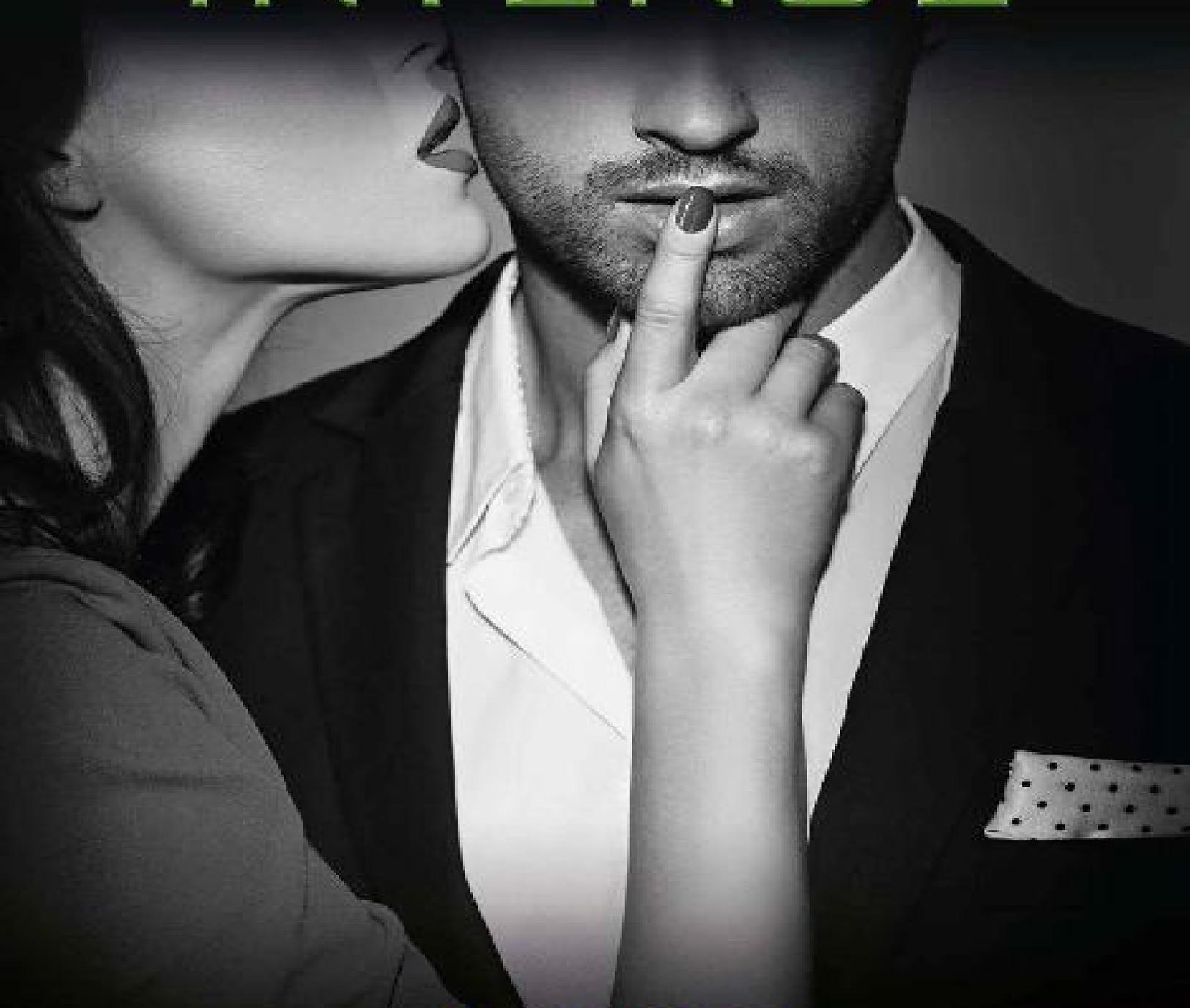




HARLEQUIN™

INTENSE



EXQUISITA
TENTACIÓN

NICOLA MARSH

INTENSE

EXQUISITA
TENTACIÓN
NICOLA MARSH

 HARLEQUIN™

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 Nicola Marsh

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Exquisita tentación, n.º 3 - octubre 2018

Título original: Sweet Thing

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-945-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

Capítulo 1

Abby

El día D tenía que haber sido el más feliz de mi vida.

Había imaginado ocho horas fabulosas en Le Miel creando los pasteles franceses que había llegado a adorar en el último año, seguidas de una velada íntima con una botella de Shoraz y Channing Tatum.

¿Podía haber una manera mejor de celebrar un divorcio que con un delicioso vino para deleitar mi paladar y un hombre atractivo paseándose por la pantalla de la televisión?

Pero mis sueños de babear por Channing mientras disfrutaba del vino se fueron al carajo durante la primera hora de mi jornada de trabajo, cuando Remy King, el mejor jefe de toda Australia, se cayó desde una escalera de mano y acabó en el Hospital Privado de Sídney.

—No hace falta que te quedes —me dijo con una expresión de profundo dolor en sus ojos azules a pesar de que le habían dado los bastantes analgésicos como para tumbar a un elefante—. Vuelve a la tienda.

—Makayla me está sustituyendo —me acomodé cuidadosamente en el borde de la cama y le tomé una mano—. Además, antes de que decidieras hacer un patético número de circo, había terminado los cruasanes, los buñuelos, los *éclairs* y los *macarons*, así que no tiene más que atender a la clientela.

Remy esbozo una sonrisa seguida de una mueca de dolor.

—La culpa la tiene la escalera.

—Claro, como tiene vida propia, se ha deslizado por sí misma sobre un montoncito de harina que había en el suelo —puse los ojos en blanco—. Si no fueras tan buen jefe y amigo, te daría una patada en el culo por estúpido.

—Y si tú no fueras la mejor aprendiz que he tenido nunca, te despediría al instante por ser tan descarada.

Le apreté la mano, dando gracias a Dios, como hacia a diario, porque aquel hombre me hubiera dado una oportunidad cuando más la necesitaba.

Por lo visto, dejar a mi frío y calculador marido después de nueve meses de matrimonio no estaba bien visto en la familia Prendigast. Mis padres ni siquiera me preguntaron por qué lo hacía. Lo único que les importó fue su preciosa reputación como una de las familias más opulentas de Sídney, así que decidieron cortar conmigo tanto económica como emocionalmente para darme una lección.

Contaban con que volvería corriendo a su mansión del puerto en el plazo de una semana. No la había pisado en un año.

Pero a pesar de todos sus defectos, echaba de menos a mis viejos. También a mis amigos. Pero el fatídico día que abandoné mi vida anterior para adentrarme en la nueva, había dejado atrás a Abigail Prendigast, la perfecta hija que vivía en un mundo perfecto cuyas normas cumplía a rajatabla.

—¿Qué te pasa? —Remy entornó los ojos, escrutándome—. Si te preocupa la pastelería, estate tranquila: no vas a tener que llevarla tú sola. Ya me he puesto en contacto con Tanner, y está encantado de poder ayudar con el negocio hasta que yo me recupere.

Me tensé. Aunque no conocía en persona al hermano menor de Remy, había oído lo bastante de él como para hacerme una idea. Y no era buena.

Sonaba a tipo raro. Un tipo raro rico que poseía varias discotecas y bares en la costa este de los que obtenía enormes beneficios, pero que pasaba la mayor parte del tiempo en el extranjero despilfarrando su fortuna en mujeres. Sin embargo, por alguna extraña razón, Remy parecía adorarlo. Había percibido un genuino afecto en su voz cada vez que Tanner llamaba desde uno de sus remotos destinos. Así que al menos tenía que darle crédito por mantenerse en contacto con su hermano a pesar de su estilo de vida de playboy.

En una ocasión lo había visto mientras mantenía una teleconferencia con Remy. Solo se había tratado de una visión pasajera de cabello y ojos oscuros y un mentón de barba incipiente. Guapo, si ese fuera mi estilo; pero yo prefería alguien sin complicaciones, el opuesto a mi ex, Bardley, y lo que atisbé en la mirada de Tanner bastó para que concluyera que era una pura complicación.

—¿No estaba en el extranjero? —pregunté, fingiendo una calma que no sentía. No necesitaba ser monitorizada por alguien incapaz de distinguir un praliné de un melocotón Melba. Hacía mi trabajo en Le Miel con solvencia y me importunaba que un niño bien novato pudiera distraerme—. Puedo llevar el día a día del negocio por mi cuenta.

—No puedes crear y ocuparte de hacer todo lo demás —la preocupación ensombreció la mirada de Remy—. Tanner es un gran hombre de negocios. Ha dirigido varios restaurantes. Estará al cargo de Le Miel durante un mes, hasta que yo esté de vuelta

—¿Durante un mes?

Soné alarmada y Remy rio.

—Eso es lo que ha dicho el médico. Por lo visto cuanto menos apoye el tobillo roto y menos fuerce las costillas fracturadas, antes sellarán —guiño un ojo—. ¡Quién lo hubiera dicho!

Maldición. Debería de haberme dado cuenta de que, con tres costillas rotas además del tobillo, no iba a poder moverse por la tienda con muletas. Pero cuando Remy había dicho que Tanner supervisaría la actividad diaria, había imaginado que sería como mucho durante una semana. ¿Y resulta que tenía que aguantar al playboy nómada durante un mes?

Sintiéndome culpable por mi egoísmo cuando mi amigo estaba dolorido, le apreté la mano de nuevo.

—Tú concéntrate en mejorar pronto. Yo me ocuparé del resto.

—¿Quieres decir «nosotros nos ocuparemos del resto»?

Una voz profunda llegó desde detrás de mí, el tipo de voz que evocaba imágenes de bares en penumbra, chocolate puro y almas torturadas. Profunda. Sonora. Con un soterrado retintín de impertinencia que me puso en guardia al instante.

Me volví y mire a los ojos al diablo en persona.

Mierda. ¡Qué ojos! De un llamativo siena, un marrón tan claro que casi parecían dorados. Pero lo que me alteró no fue tanto su color como la forma en que me miraban. Como si fuera una sabrosa *tarte tatin* que esperara a ser devorada. Un escalofrío me recorrió la espalda mientras aquella ávida mirada se concentraba en mi mano, que seguía posada sobre la de Remy, en la cama.

—¡Qué escena tan bonita! —su tono de insolencia me irritó—. Espero no interrumpir.

Yo retiré la mano precipitadamente al tiempo que Remy contestaba:

—No seas idiota. Tanner, esta es Abby, mi aprendiz y la pastelera de repostería francesa más jodidamente buena fuera de París.

—Junto contigo, por supuesto, hermano —Tanner concentró una mirada inquisitiva en mí y, muy a mi pesar, las partes de mi cuerpo que no habían sido acariciadas por ningún hombre en más de un año echaron chispas. ¡Y cómo!

—Eso no hay ni que decirlo —dijo Remy con el rostro iluminado, haciendo un gesto a Tanner para que se aproximara—. Gracias por hacerme este favor.

—Es un placer —al acercarse Tanner, yo me puse en pie y reprimí el impulso de salir huyendo.

Como si sus ojos no fueran suficiente, al acercarse me di cuenta de lo grande que era. Enorme. Medía más de uno noventa y tenía una constitución conseguida a base de pasar muchas horas en el gimnasio. O realizando otro tipo de ejercicio.

Maldición. ¿De dónde había salido ese pensamiento? Por segunda vez en menos de un minuto asociaba a Tanner con el sexo.

Estaba claro que necesitaba un revolcón entre las sábanas. Si es que hubiera tenido el menor interés en ello.

No me había sido difícil mantenerme célibe al acabar con Bardley. Había estado demasiado ocupada recomponiendo una vida que no incluyera meriendas con la alta sociedad, cenas lujosas para atraer a clientes y fines de semana en yate. Todo ello encajado entre mi licenciatura de empresariales. Que también dejé plantada. ¡Toda una heroicidad!

—Lo cierto es que no podías haber sido más oportuno —la habitación se empequeñeció cuando Tanner se apoyó en la cama—. Estaba buscando un nuevo reto.

Sentí un hormigueo en la piel al intuir en la mirada retadora de Tanner, que no se estaba refiriendo exclusivamente a Le Miel.

O Remy no era consciente de las chispas que saltaban entre Tanner y yo o los analgésicos empezaban a surtir efecto, porque nos indicó que nos fuéramos con un débil gesto de la mano.

—Bien, ¿por qué no vais a conoceros mejor y me dejáis para que me regodee en mi propia miseria?

—Tus deseos son órdenes, hermano —Tanner se inclinó para abrazar delicadamente a su hermano, y aquel inesperado gesto hizo que, muy a mi

pesar, me cayera un poco mejor—. Te mantendré al tanto. Y no te preocupes, la pastelería va a ir fenomenal.

—Cuídate, Remy —dije yo, inclinándome desde el lado de la cama opuesto al de Tanner para darle un beso—. Y mejórate pronto, ¿eh?

—Lo prometo —por la sonrisa maliciosa que compuso supe que no me iba a gustar lo que estaba a punto de decir—: Ahora te dejo en las capaces manos de Tanner.

Las mejillas me ardieron al imaginar con nitidez qué se sentiría al estar, literalmente, en esas manos.

Entonces cometí el error de alzar la mirada justo cuando Tanner alzaba las manos en cuestión y curvaba los labios en una sonrisa arrebatadora antes de decir:

—¡Qué afortunada!

Podría haber descrito de muchas maneras cómo me sentía en aquel instante.

«Afortunada» no era, ni de lejos, una de ellas,

Capítulo 2

Tanner

No bromeaba cuando le dije a Remy que estaba buscando nuevos retos. Pero la fría rubia con ojos glaciales y una actitud igualmente gélida no era uno de ellos.

Supe cómo era en cuanto me miró con aire arrogante. Una niña rica aburrida jugando a hornear pasteles durante una temporada como los haría en su cocinita de juguete cuando era pequeña mientras pensaba en el príncipe azul con una cuenta abultada que aparecería para rescatarla. Sí, las mujeres como aquella llevaban el cuento de hadas marcado a fuego.

Por eso me pregunté cómo era posible que hubiera aguantado todo un año en el trabajo. Hacía unos diez meses, Remy me había puesto al día sobre su nueva pupila en una de nuestras conversaciones telefónicas. Me contó que una de sus mejores clientas había aparecido un día en la tienda con los ojos desorbitados y fuera de sí, suplicándole que le diera trabajo. Por lo visto, siempre había soñado con ser pastelera.

Menuda gilipollez.

No tenía ni idea de a qué jugaba aquella Abby, pero el hecho de que Remy le hubiera dejado el apartamento que tenía sobre la pastelería hasta que pusiera su vida en orden significaba que yo podría vigilarla y averiguar cuáles eran sus intenciones.

Tal y como había aprendido a base de golpes, todo el mundo tenía un lado oscuro. Así que si la princesa de hielo estaba aprovechándose de mi hermano, le daría una patada en su bonito trasero cuando menos lo esperara. Y era bonito. Mucho, por lo que pude apreciar cuando se inclinó a besar a Remy. Ese detalle podía haber pasado por una prueba de afecto genuino de no ser

porque a mí no se me engaña con facilidad.

Las mujeres como aquella eran las reinas de la simulación, y si lo que verdaderamente pretendía era engañar a mi hermano para conseguir, por ejemplo, que le cediera una parte de Le Miel, se iba a llevar una desagradable sorpresa.

Remy siempre había sido demasiado bueno, ese era su problema. Y probablemente una de las razones por las que papá lo toleraba, mientras que a mí me despreciaba.

—Deberíamos volver a la pastelería —dijo Abby cuando salimos del hospital—. Makayla, una de las empleadas, debe de estar exhausta.

—No vayas tan deprisa, Capricho Dulce —puse una mano en la parte baja de su espalda y sentí una descarga eléctrica recorrerme el brazo—. Primero debemos conocernos mejor.

Ella me miró como si hubiera sugerido que lo hiciéramos desnudos y sonreí. La idea resultaba tentadora, sobre todo teniendo en cuenta lo divertido que sería hacer caer aquella fachada de indiferencia.

—Me refería a que nos tomáramos una café en uno de los bares de la costa, pero si tienes otra sugerencia, me apunto —le guiñé un ojo.

Tal y como suponía, se irguió hasta su impactante metro ochenta. Era una mujer alta. A mí me gustaban más menudas y dóciles que grandes y ariscas.

—Mi nombre no es Dulzura —dijo, alzando la barbilla con arrogancia.

—¿Te gustaría que lo fuera?

Me incliné hacia ella esperando que saltara hacia atrás como un gato sobresaltado.

Cuando se quedó inmóvil, mirándome furiosa con sus enormes ojos azules, de un azul peculiar, que solo había visto en un glaciar de Nueva Zelanda, no pude evitar sentir admiración por ella.

—Escucha atentamente: me encanta mi trabajo y respeto a tu hermano. Él me dio una oportunidad cuando nadie más me la daba y no pienso estropearlo todo por un Romeo bocazas incapaz de mantener la bragueta cerrada. ¿Te has enterado?

Me clavó el dedo en el pecho. Y mi admiración hacia ella aumentó por tener el valor de plantar cara a mis insinuaciones y no dejarse amilanar.

—Así que déjate de coqueteos y hablemos de negocios.

No pude evitar una última broma:

—¿Negocios sucios?

—¡Eres insoportable! —masculló echando a andar.

Bueno, tal vez me había pasado, pero no me importó, porque me permitió tener una vista privilegiada de su trasero. Mi impresión inicial había sido correcta. Prieto y redondo: las mallas negras del uniforme de la pastelería le quedaban a la perfección. La pastelería... Le había prometido a Remy que funcionaría sin contratiempos durante su ausencia, y yo siempre cumplía mis promesas. Remy era de mi sangre, y yo le debía mucho.

Lo que significaba que tenía que ser amable con la señorita Mejillas Dulces.

—¡Oye, espera! —le di alcance en un par de zancadas—. Culpa al *jet lag* de mi estupidez. Ten en cuenta que llegué de Los Ángeles anoche.

Ella me dedicó una mirada de exasperación que me indicó que no se había ablandado un ápice.

—Tomemos un café y prometo portarme bien. ¿Qué te parece?

Ella vaciló mientras se mordisqueaba el labio inferior, y que me jodan si ese casi imperceptible gesto no fue directo a mi polla. En contra de lo que se rumoreaba, no me tiraba a toda falda que pasaba a mi lado, y llevaba varios meses de abstinencia. Si la princesa de hielo me ponía cachondo con un simple mordisqueo del labio, había llegado el momento de hacer algo al respecto.

—Vamos, Abby, no muerdo —reprimí el añadir: «a no ser que me lo pidas con amabilidad».

Después de lo que pareció una eternidad, Abby asintió con la cabeza y dijo:

—Está bien.

Pero no lo estaba, porque según nos acercábamos al bar, me llegó una bocanada de aire impregnada de su fragancia. Una embriagadora mezcla de vainilla y coco, y me pregunté si sabría tan bien como olía.

Mierda. Remy me castraría si me enrollaba con su pupila. Además, no era eso lo que yo quería. Una cosa era tontear y otra dar un paso más allá.

Pero cuando otro golpe de viento le alborotó el cabello rubio y unos mechones le acariciaron el rostro, noté en los dedos un hormigueo al desear retirárselos, y supe que las cuatro semanas que iba a trabajar junto a Abby se me iban a hacer muy largas.

Anhelaba un reto.

Estaba claro que lo había encontrado.

Capítulo 3

Abby

Estaba perdiendo el tiempo.

Debía de haber vuelto a Le Miel y asegurarme de que Makayla tenía todo bajo control. En lugar de eso, tenía que hacerme la amable con él.

—¿Te parece bien esta mesa? —Tanner indicó la única mesa vacía para dos que había en el exterior del bar. Una mesa acogedora.

Asentí con la cabeza.

—Acabemos cuanto antes para que pueda volver a la pastelería.

—¿Por qué tienes tanta urgencia en librarte de mí? —Tanner separó mi silla en un gesto caballeroso que contrastaba con la aspereza que irradiaba—. He prometido ser bueno.

Conseguí sonreír a modo de agradecimiento y me senté.

—¿Qué quieres tomar? —Tanner se sentó y se dobló las mangas, dejando a la vista unos brazos profusamente decorados.

No me gustaban los tatuajes. No podía entender qué llevaba a la gente a destrozar así su piel. Pero cuando Tanner apoyó los antebrazos en la mesa, no pude apartar la mirada de los bellos dibujos que, empezando en su muñeca, desaparecían bajo la manga de la camisa.

Cuando alcé la mirada hacia Tanner, este sonreía como si supiera con exactitud hasta qué punto lo encontraba fascinante.

—¿Te gusta lo que ves?

—No —repliqué, sonando crispada y mojigata a la vez que sentía calor en las mejillas.

—Se extienden mucho más allá de los brazos —dijo en un tono grave y con una nota de picardía que hizo que se me agarrotaran los muslos.

—No me gustan los tatuajes —dije, desmintiendo mi solemne declaración al desviar la mirada de nuevo hacia sus brazos.

—Le pasa a mucha gente —Tanner se encogió de hombros como si mi opinión le resultara indiferente—. Ven un tatuaje y piensan al instante en moteros y narcos. No aprecian su valor artístico.

—¿Te gusta el arte?

—Me gusta la tinta —Tanner se reclinó en el respaldo y entrelazó las manos tras la nuca.

Era un tipo que se sentía cómodo en su propio cuerpo, que quedó a la vista al subírsele el faldón de la camisa, lo que permitió a mis asombrados ojos atisbar más tinta en la parte baja de su abdomen.

Aunque no pude ver el diseño con claridad, tenía todo el aspecto de tratarse de un sable y un garfio.

—¿Un pirata? ¿De verdad? —las palabras escaparon de mi boca y, mientras me quedaba horrorizada por haber expresado mis pensamientos en alto, él rio con tantas ganas que varios clientes se giraron a mirarnos.

—No sé de qué te asombras —dijo provocativamente—. Como cualquier pirata, aprecio un buen botín.

Apreté los labios antes de que se me escapara cualquier cosa. Como que preferiría saltar por la borda antes de convertirme en su botín. Sin embargo, eso no habría sido del todo verdad, y después de mi desastroso matrimonio había prometido no volver a mentir, especialmente a mí misma.

En menos de media hora, Tanner King me había hecho sentir más viva de lo que me había sentido en muchos años. Su arrogante y relajada actitud me sacaba de quicio. Me encantaba el hormigueo que me recorría la piel y el peculiar vacío que sentía en el vientre.

Aunque me espantara la idea, tenía que reconocer que me excitaba un poco. Mucho. Lo que fuera.

—Deja que adivine. Vas a hacer un comentario sobre dónde está la pata de palo.

Tanner volvió a reírse y se le formaron unas encantadoras arruguitas al borde de los ojos.

—Eres graciosa. Eso me gusta en una mujer.

Tuve la respuesta automática: que a él le gustaban todas las mujeres, en la punta de la lengua, pero llegó la camarera y una vez se fue con el pedido volví a sentirme escrutada por sus chispeantes ojos y disfrutarlo más de lo

que debería. Tenía que reconducir el encuentro a un terreno profesional y alejarme de las sonrisas cautivadoras y de los piratas con pata de palo.

—Remy me ha dicho que has tenido varios restaurantes.

Una sombra de tristeza oscureció su mirada.

—Sí, pero se me dan mejor los locales nocturnos.

No lo dudaba. Era fácil imaginarlo mientras recorría una sala en penumbra acechando a su presa. Aunque dada la testosterona que irradiaba su musculoso cuerpo, tal vez la expresión más correcta era: «sobre una afortunada mujer».

—No te he visto nunca por la pastelería.

Se quedó inmóvil, como si le estuviera recriminado que no se ocupara de su hermano.

—He estado trabajando en Londres y Los Ángeles. He asesorado a algunos amigos que iban a montar sus propias discotecas siguiendo el modelo de las mías.

—¡Qué altruista! —el sarcasmo se me escapó involuntariamente y no me sorprendió que Tanner frunciera el ceño—. Disculpa, he sonado muy borde. Hoy era un día importante para mí, y va Remy y se cae. Y me he preocupado un montón... por él y por la pastelería y por no estar segura de poder cumplir con todo...

Genial. Estaba consiguiendo parecer una mema con incontinencia verbal. Me miró con una sorprendente seriedad que no había mostrado en el poco tiempo que nos conocíamos. Y me gustó que pudiera dejar de hacer el payaso si las circunstancias lo exigían.

—No tienes que hacerlo sola. Para eso estoy yo aquí —dijo, mirándome con curiosidad—. En cuanto a mi hermano mayor, saldrá de esta —tras una pausa, frunció levemente las cejas—. Así que hoy es un día importante. ¿Qué celebras? ¿Te casas?

—Desde hoy, estoy divorciada oficialmente —aleteé las manos tarareando —: Du-bi-du-bi-du.

—Estar divorciada tiene que ser mejor que estar casada —dijo él, haciendo que «casada» sonara obsceno.

—Lo es cuando te casas con un frío y cruel cerebritito solo porque en el momento crees que eso es lo que tienes que hacer.

Tenía un recuerdo nítido de aquel día. El jardín trasero de la mansión de mis padres transformado en un «país de las maravillas» invernal. Gigantescas

carpas. Raso blanco envolviéndolo todo. Quinientos de sus más allegados conocidos. Y Bardley esperando en el altar, mirándome con avaricia, como si hubiera conseguido una codiciada cartera de valores. Debería de haber huido en aquel mismo instante. Pero mi principal preocupación era contentar a todo el mundo, y en el proceso, había entregado mi alma.

—Pensaba que las mujeres veían las bodas como corazones y flores y todas esas chorradas, no como algo con lo que hay que cumplir. ¿Quieres hablar de ello? Cuéntale tus más oscuros secretillos a tío Tanner.

—Ni son oscuros ni es un secreto. Me casé a los veintiún años con un tipo con el que prácticamente había crecido. Nuestros padres nos animaban a estar juntos, así que casarnos parecía el paso lógico.

Sentí un peso en el pecho al recordar lo que había sucedido después de que diera el «sí, quiero». Cómo Bardley se había transformado en un monstruo sádico y controlador.

—Nos mudamos a Vaocluse. Casa perfecta. Vida perfecta. Solo que nada era tan perfecto...

Me quedé callada, preguntándome por qué demonios estaba desvelando todo aquello a un desconocido.

—¿Ese cabrón te pegaba? —gruñó Tanner, y al alzar la mirada me sorprendió ver que apretaba los puños—. Dime dónde encontrar a ese cerdo y le daré una paliza.

—¡Quieto ahí, Superman! —levanté las manos—. Bardley me maltrató emocionalmente y de palabra, pero nunca me puso las manos encima.

—Esa otra mierda es igual de mala —masculló, suavizando los puños levemente—. En cualquier caso, ¿qué gilipollez de nombre es Bardley?

Sonreí. Su furia era tan sexy como el resto de él.

—«Esa otra mierda» fue la razón de que lo dejara. Llegó un momento en el que no pude aguantarlo más —sacudí la cabeza, recordando el preciso instante en el que había tomado las riendas de mi vida.

Me había humillado delante de sus amigos, obligándome a hacer esquí acuático cuando sabía que toda agua que no fuera la de la bañera me aterraba. Terminé torciéndome la muñeca cuando me caí en el primer intento de ponerme en pie sobre los esquíes. Tenía toda la pinta de ser una fractura, pero Bardley se burló de mí.

Aquella noche hice las maletas con la mano buena y me fui a un hotel en taxi. Pasé más de una hora vaciando mis cuentas y exprimiendo mis tarjetas

de crédito para pagar por adelantado la minuta de uno de los abogados más prestigiosos de la ciudad.

Me arrepentía de haber sido una idiota, el tipo de mujer que consentía ser maltratada.

—¿Y cuál es el plan?

—¿Qué plan? —repetí, volviendo al presente y casi sorprendiéndome de estar en un bar en el puerto con un tipo extremadamente atractivo.

—Para celebrar tu divorcio —Tanner bajó la voz—. Habrás pensado cómo celebrarlo, ¿no?

—Había contado con irme pronto de la pastelería para disfrutar de un espectacular vino tinto y de Channing Tatum, pero me parece que voy a tener que trabajar hasta tarde, ocuparme de las tareas de Remy y dejarlo todo listo para mañana.

Tanner puso los ojos en blanco haciendo un gesto de burla.

—¿Qué os pasa a las mujeres con Channing Tatum?

—Cuerpo espectacular, mentón marcado. Sabe lo que hace. ¿Cómo no iba a gustarnos?

—Pero es una fantasía —Tanner rio burlón—. ¿No preferirías un hombre de verdad?

En la mirada fija de Tanner vi que me retaba. Me estaba ofreciendo una noche de desenfreno. Una noche para borrar los amargos recuerdos de mi matrimonio. Una noche que me hiciera sentir viva.

Pero tenía que trabajar con aquel hombre durante las cuatro semanas siguientes. Remy contaba conmigo, y no tenía la menor intención de cargarme la fe que tenía en mí por enrollarme con su hermano.

—Preferiría que acabáramos nuestros cafés y fuéramos a la pastelería —dije, exhalando aliviada cuando la camarera apareció con nuestro pedido.

—Vale —dijo él, aunque no iba a darse por vencido—. Pero si quieres deshacerte de la fantasía a cambio de la realidad, ya sabes dónde encontrarme.

Alzó la taza de café hacia mí.

—Por una buena relación profesional, por las celebraciones de verdad y por la localización de las patas de palo huidizas.

Me atraganté con mi primer sorbo de café y Tanner dejó escapar una risa grave y sensual que hizo que me atravesara una corriente de deseo.

Sí, iban a ser cuatro semanas muy largas.

Capítulo 4

Tanner

En cuanto entré en Le Miel me arrepentí de haber accedido a ayudar a Remy.

Había un motivo por el que evitaba ir a la pastelería, me hacía pensar en nuestra casa. En mamá. Cuando murió, hacía veinte años, yo tenía diez años. Aunque los recuerdos que tenía de ella fueran cada vez más vagos, era imposible olvidar el de estar a su lado en la cocina, pasándole las tazas con harina, sosteniendo los huevos con cuidado, estirando la masa con mi propio rodillo, chupando el glaseado de mis pegajosos dedos.

Mamá llevaba un negocio de repostería desde casa, pero por encima de todo, le encantaba cocinar. Era su pasión, como ella había sido la de mi padre: la mujer francesa que le había robado el corazón durante su viaje a París al acabar el bachillerato.

Una lástima que el romance no durara.

Por lo que Remy me había contado, papá había puesto los ojos en Claudette Allard y desde ese instante ella se había convertido en la principal mujer de su vida. Se casaron en dos meses, tuvieron a Remy un año más tarde y yo llegué cinco años después. Y por lo que había oído el fatídico día en el que mamá murió, todo se fue al carajo en torno a esa fecha.

Papá evitaba entrar en la cocina y yo, aun siendo muy pequeño, me alegraba de ello. Cuando no estaba, mamá, Remy y yo éramos más felices.

Me encantaban los días que pasábamos los tres juntos: mamá golpeándome la mano por tomar un cruasán antes de que se enfriara, Remy ayudándome a dibujar una letra difícil con el glaseado. Yo, ofreciéndole a mi madre su pastel favorito de chocolate que había hecho yo mismo de cero. Los tres

solos, riendo y bromeando. Felices. Juntos.

Antes de aquel día, ya había oído discutir a mis padres. Eran el tipo de discusiones que habían quedado grabadas en mi mente por más tiempo que hubiera pasado, por muchas copas y por muchas mujeres que hubiera utilizado para intentar borrarlas de mi recuerdo. El día en el que mamá se había sentido tan dolida que había salido precipitadamente de casa, había subido al coche y se había matado en un accidente, dejándonos a Remy y a mí con papá.

Y entonces empezó el infierno.

—¿Estás bien?

Bajé la mirada y vi que Abby había posado la mano en mi brazo y me miraba con gesto de preocupación.

Molesto por haberme dejado afectar por los recuerdos, sacudí el brazo para quitarle la mano.

—Sí. Empecemos.

Me miraba con aquellos ojos azules como si pudiera verme tal y como era. Una sensación desconcertante.

—Has estado aquí antes, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Pero hace bastante tiempo.

Abby no me preguntó por qué, pero pude percibir su desaprobación por cómo apretó los labios.

—Te voy a enseñar el despacho de Remy, que es donde vas a trabajar

¿Así que no sabía que yo podía cocinar? ¡Qué interesante! Iba a ser muy divertido demostrarle a doña Perfecta lo que era capaz de hacer con un rodillo de amasar.

—Tú primero —dije, haciendo una reverencia y conteniendo la risa al ver que apretaba los dientes.

La clientela a aquella hora de la mañana se reducía a unas pocas madres con sus pequeños y a una pareja madura que leía el periódico. Por las pocas veces que me había pasado por el local, sabía que el mayor ajetreo se daba a primera hora y al mediodía. Asumía que Remy habría contratado el personal necesario, pero aun así no pude evitar sentir una leve inquietud.

Yo dirigía discotecas en las que empleaba cientos de personas. Había tenido restaurantes a lo largo de la costa este. ¿Cómo era posible que temiera que una pastelería fuera demasiado para mí?

Porque aquel lugar era la joya de la corona de Remy. Tenía una enorme deuda con él. Me había animado cuando era pequeño y papá me sometía a su sutil odio; incluso cuando ni siquiera sabía qué causaba mis rabietas. Él me enseñó a cocinar, a jugar al rugby, a ser un hombre haciendo uso de mi ingenio y no de los puños cuando los demás niños se burlaban de mí porque no tenía madre. Me educó cuando mi padre por fin tuvo la decencia de palmarla cuando yo tenía quince años; jamás protestó por tener que cargar con un adolescente difícil cuando la mayoría de los jóvenes de veinte años solo pensaban en pasarlo bien.

Remy era mi héroe, siempre lo había sido, y la única persona a la que me había abierto. Así que iba a hacer lo que hiciera falta para que la pastelería no solo fuera bien, sino que floreciera.

Cuando pasábamos junto a un reluciente mostrador, un joven se incorporó desde detrás, intentando mantener en equilibrio una pila de bandejas. Abby sonrió y el pobre estuvo a punto de que se le cayeran. No me extrañó. La princesa de hielo sonreía raramente, pero cuando lo hacía..., era como una patada en el estómago.

—Shaun, este es Tanner King, el hermano de Remy. Va a ejercer de jefe hasta que Remy se recupere.

Le tendí la mano.

—Me alegro de conocerte.

—Lo mismo digo —Shaun dejó las bandejas en el mostrador y me estrechó la mano—. Abby me ha mandado un mensaje hace un rato diciéndome que Remy estará bien pronto. Qué buena noticia.

—Desde luego que sí —el chico no podía tener más de dieciocho años, y sin embargo, la idea de que Abby le hubiera mandado un mensaje con el contenido que fuera me molestó. Patético—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Dos meses —dijo él, mirando con inquietud a Abby como si temiera que yo fuera a despedirlo en aquel mismo instante—. Me he matriculado en la universidad en un curso de pastelería y necesito hacer horas de práctica para completar el aprendizaje.

—Estás en el sitio adecuado. Remy es el mejor.

—Así es —una mujer emergió del corredor que unía la tienda con la cocina.

Si Abby era hielo, aquella era fuego.

Cabello de un rojo intenso, ojos azul oscuro y cuerpo de una esbelta diosa. Se movía como una bailarina. Una belleza. Y sin embargo, mientras que en ella me limité a apreciar una mujer hermosa, Abby me excitaba con solo dedicarme una de sus arrogantes miradas.

—Hola, soy Makayla Tarrant, camarera excelsa —me tendió la mano y yo se la estreché, sintiendo cierto alivio al ver que no notaba nada especial—. Espero que estés dispuesto a remangarte y ponerte a trabajar. A Remy no le gustan los holgazanes.

Abby pareció indignarse; se cuadró de hombros y su mirada se enfrió aún más. Yo me reí: aquella otra mujer había conseguido caerme bien.

—Te alegrará saber que mientras esté aquí pienso trabajar tanto como vosotros —me doblé las mangas para enfatizar mis palabras, y me gustó ver que los ojos de Abby se desviaban hacia mis antebrazos.

—Muy bien, pues empecemos —Abby carraspeó con una inesperada brusquedad y volvió a ruborizarse.

Mostrarle el resto de mis tatuajes iba a ser muy entretenido...

—Encantado de haberos conocido a ambos —dije, despidiéndome con un gesto de la mano de Makayla y Shaun.

Shaun me dedicó una sonrisa nerviosa y Makayla hizo una inclinación de la cabeza mirándome como si me estuviera evaluando y tratando de decidir cómo era.

Ponte a la cola, cariño.

Abby avanzó por el pasillo que conducía a la cocina y yo la seguí. El aroma a azúcar, canela y deliciosa mantequilla se intensificaba a medida que avanzábamos. Por un instante, me quedé sin respiración. La tristeza me atenazó la garganta.

Abby señaló un cartel en el que ponía «oficina».

—Remy es muy organizado, así que encontrarás todo registrado en hojas de cálculo: formularios de pedidos; existencias disponibles; compras *online*. Todo... —se quedó callada cuando yo cerré la puerta de golpe como si pudiera hacer lo mismo con los recuerdos que me ahogaban—. Dime qué te pasa.

—Nada —mascullé, molesto porque fuera tan intuitiva—. Continúa con las explicaciones.

—No —Abby se cruzó de brazos y su aire de superioridad me irritó tanto como los insistentes recuerdos de cuánto echaba de menos a mamá—. Por

algún motivo, desde que hemos entrado estás nervioso y necesito saber por qué para que podamos solucionarlo.

—Nena, puedes ser muchas cosas, pero psicóloga no es una de ellas —fui hacia ella, cubriendo la corta distancia que nos separaba—. Yo no necesito que «me soluciones».

—No, no era eso lo que quería decir —Abby retrocedió un paso cuando invadí su espacio personal—. Solo quiero que la pastelería funcione sin problemas en ausencia de Remy, y si hay algún problema, quiero resolverlo antes de que afecte al negocio.

Me impresionó su lealtad hacia mi hermano. No había muchos empleados a los que les importara un carajo el negocio de sus jefes. Pero no tenía la menor intención de dejarme analizar por su alteza.

—¿Así que eso es lo más importante para ti: el negocio?

Frunció levemente las cejas, como si no comprendiera la pregunta, antes de contestar:

—Por supuesto. Remy me dio una oportunidad cuando mi vida se iba al garete. Estoy en deuda con él. Y no voy a consentir que irrumpas aquí con la excusa de ayudar y que lo jodas todo.

Esa respuesta se granjeó mi respeto. Había poca gente en el mundo que me gustara, y mucha menos a la que respetara.

—Si solo te importa el trabajo, ¿cuándo dedicas tiempo al placer? ¿Sabes lo que significa «placer»?

Me incliné lo bastante hacia ella como para poder captar el aroma dulce a vainilla de su cabello y comprobar que su piel de porcelana era cien por cien natural y carecía de maquillaje. Lo bastante como para besarla si hubiera querido.

—Apártate —dijo ella, contradiciendo la orden con el tono suave y agitado con el que la emitió.

—Oblígame —me cuadré de hombros, intentando recordar cuándo lo había pasado tan bien provocando a una mujer.

—Eres un... crío —masculló. Y saber que había suavizado el insulto me hizo reír.

—Y tú eres toda una mujer —me apoyé en un mueble archivador, consciente de que tendría que apartarme si quería pasar—. Pero eres muy arisca. ¿Nunca te relajas?

La furia chispeó en sus ojos y destellos de un vivo esmeralda y un

crepitante zafiro prendieron en el azul.

—No tengo tiempo para relajarme. Trabajo diez horas al día, cinco días a la semana, a la vez que acudo a clases una vez a la semana para completar mi formación. El domingo, mi único día libre, me documento en profundidad para actualizar mi blog y darme a conocer por si consigo ahorrar suficiente dinero como para abrir algún día mi propio local.

Con el pecho agitado por la indignación, intentó apartarme de su camino.

—Así que ¿por qué no haces el favor de relajarte tú y dejarme en paz de una puñetera vez?

No debería de haberme sentirme mal por haberla provocado hasta ese punto. Y no lo lamenté. Porque si su fachada de hielo me excitaba, la versión indignada y furiosa de aquella mujer lo hacía aún más.

De manera que decidí aplacarla de la única manera que sabía.

La estreché contra mí y la besé.

La pillé desprevenida y bastó su exclamación de sorpresa para que pudiera invadir su boca y retarla con la lengua como lo había hecho antes con mis palabras.

Esperaba que me rechazara. Incluso que me mordiera. Lo que no esperaba fue el profundo gemido que brotó de su garganta, que reverberó hasta lo más hondo de mi alma. Ni que se pegara a mí con tanta fuerza que mi espalda golpeó el archivador.

A la princesa le gustaba aquí y ahora. ¡Quién lo hubiera imaginado! Devoré su boca, palpando sus senos y pellizcando uno de los pezones a la vez que ella se retorció contra mí. Caliente. Sensual. Entregada.

Si no se frenaba yo tampoco podría hacerlo y por mucho que me tentara, tirármela sobre el escritorio de Remy el primer día no estaba entre mis planes.

Remy.

Con un gemido de frustración separé mi boca de la de ella, asombrado por haber llegado tan lejos.

¿Qué tenía aquella mujer para hacerme olvidar los límites y hasta mi propio nombre?

—Tengo que ponerme a trabajar —la dejé a un lado como si no hubiera pasado nada y me senté al escritorio, ajustando la entrepierna como pude y lamentando que mi hermano no hubiera instalado una ducha en la oficina.

Jamás había necesitado una ducha fría con tanta urgencia.

Abby me miró boquiabierto. La entendía perfectamente. Yo tampoco podía

creer lo que acabábamos de hacer.

—Yo... Tú... Mierda —masculló, sacudiendo la cabeza mientras yo intentaba no fijarme en sus labios enrojecidos y en sus acaloradas mejillas; en su alborotado cabello rubio.

Daba la impresión de que hubiéramos hecho mucho más que besarnos; se me volvió a endurecer la polla.

—No esperes que me disculpe —dije despidiéndola con un gesto de la mano como si el beso no hubiera significado nada.

Cuando en realidad necesitaba que se fuera al instante para no caer en la tentación de repetir. Solo que en esa ocasión, dudaba que fuera capaz de detenerme.

—No espero nada de ti —la arrogancia volvió a manifestarse en su barbilla alzada y la mirada desdeñosa—. Absolutamente anda.

Salió dando un portazo.

No podía culparla.

Capítulo 5

Abby

De haber habido un premio al fingimiento, yo tendría un estante lleno. Lo había hecho toda mi vida. Había fingido que me gustaba el joyero de plata que me regalaron al cumplir siete años, cuando yo quería un juego casero de *cricket*. Había fingido que me gustaba celebrar mi decimotercero cumpleaños con una fiesta disco de lujo, cuando habría querido merendar en la playa con mi única amiga. Había fingido que no me importaba celebrar una ostentosa boda, cuando habría sido feliz intercambiando votos en el registro civil.

Sí, era una experta en fingir. Una maldita reina. Gracias a lo cual conseguí pasar el resto del día haciendo *brioques* y *baguetes* y *pains au chocolat* como si aquel beso no hubiera sucedido.

Aquel beso. Seis horas más tarde seguía perturbándome. Poderoso y dominante, y tan malditamente apasionado que bastaba recordarlo para sentirme húmeda.

Jamás había sido besada así.

Como si me hubiera adentrado en un infierno abrasador y no me hubiera importado un bledo ser consumida por el fuego.

Había perdido el control. En cuanto los labios de Tanner cubrieron los míos perdí la capacidad de pensar. Besar a Tanner King había supuesto un punto y aparte respecto a mi antigua vida y el inicio de una nueva.

Había pensado en celebrar aquella noche con Channing. En lugar de eso, había probado a Tanner y no estaba desilusionada. Enfada conmigo mismo por haberlo consentido. Confusa por lo que Tanner había hecho. Profundamente enfada. Sí. Pero no desilusionada.

Si yo era la reina del fingimiento, él era un maestro con los labios.

—Todo cerrado, Ab.

Me volví sobresaltada, era Makayla.

—Gracias.

Sonrió y señaló la mesa que había en la cocina, donde habitualmente comía el personal.

—¿Por qué no te sientas y me lo cuentas todo sobre el sexy Tanner mientras yo preparo un chocolate caliente?

—No hay nada que contar —dije demasiado precipitadamente. Makayla arqueó una ceja.

—Has evitado ir al despacho toda la tarde y te has estado sonrojando, así que me temo que no te creo, amiga mía. Además, acabo de verte mirando al vacío y tocándote los labios, así que podría aventurar que estás fantaseando con besar a Supermacizo.

—Eres demasiado intuitiva para tu propio bien —mascullé. Pero me senté a la mesa—. Haz mi chocolate doble.

—Dos chocolates gigantes en marcha —dijo ella, trabajando en el fogón—. Tengo que admitir que me gusta verte desear a un tipo. En los tres meses que llevo aquí, no has mencionado a nadie ni has tenido ninguna cita.

¿Tan patética resultaba? Teniendo en cuenta que había evitado a los hombres en los doce meses que llevaba separada de Bardley el Cabrón, era de esperar.

—¿Quién dice que deseo a Tanner?

Makayla sonrió de oreja a oreja al tiempo que llenaba dos tazas con chocolate.

—Cariño, lo llevas escrito en la cara.

—¿Tan fácil es adivinar lo que pienso?

—Adquirí mucha experiencia en un trabajo anterior.

Por un instante curvó los labios en un gesto de tristeza. Makayla ocupaba todo su tiempo libre en acudir a pruebas de baile. Había trabajado en varias producciones teatrales.

—Puede que sea por el año de abstinencia que me he impuesto —dije.

—¿No has estado con un tío en un año? —dijo Makayla con voz aguda, fingiendo que se desmayaba a la vez que yo ponía los ojos en blanco.

—Así es, soy un triste caso perdido.

Solo en ese momento me di cuenta de que era verdad. Estaba triste. Aunque mi matrimonio hubiera sido mediocre, echaba de menos la intimidad

de tener alguien con quien comentar el día.

¿Sería por eso que había disfrutado tanto del beso de Tanner?

Sí, claro, y quitándole importancia conseguiría olvidarme de él. Para nada.

—Tienes que salir más —dijo Makayla con gesto pensativo—. Vamos a salir tú y yo. A beber, a bailar y a regalarnos los ojos con chicos guapos.

—Las discotecas no me gustan...

—Tonterías —Makayla blandió un dedo hacia mí—. No voy a aceptar una negativa. Si babeas por nuestro nuevo jefe el primer día, necesitas echar un polvo.

—Yo no soy un tío.

—Las chicas también tenemos necesidades. Y después de un año... Cariño, debes de estar de lo más necesitada.

Reí mientras Makayla movía las cejas arriba y abajo.

—Hay una discoteca fabulosa, la mejor de Sídney. Se llama Embue. Vamos a ir mañana por la noche —hizo una pirueta—. Así que busca tus zapatos de baile porque no acepto un no por respuesta.

Sabía que no se daría por vencida hasta que accediera, así que suspiré. Me encogí de hombros con resignación.

—Vale. Me apunto.

Makayla aplaudió y sus ojos chispearon.

—Dos chicas en acción. ¡Qué ganas!

Yo no estaba tan animada, pero necesitaba algo —o incluso alguien— que me distrajera de la insensata atracción que sentía por Tanner.

Salir una noche podía ser precisamente lo que me hacía falta.

Capítulo 6

Tanner

Tenía que admitirlo: mi hermano sabía cómo llevar un negocio. Le Miel obtenía beneficios abundantes y podría expandirse si la boutique contigua aceptaba la generosa oferta de compra que les había hecho.

Había estudiado las hojas de cálculo durante dos días y no había encontrado ni un error.

Al contrario que la debilidad que había descubierto en mí mismo por mujeres estiradas y altivas que besaban condenadamente bien. Incluso un día y medio después, seguía siendo incapaz de olvidar aquel beso. Lo que era una locura, teniendo en cuenta el número de mujeres a las que había besado a lo largo de los años. ¿Por qué Abby, con sus ojos de un peculiar azul claro y su aire distante, me afectaba tanto?

Ese fue el motivo de que decidiera hacer lo que debía. Evitarla. El día anterior me marché aprovechando que estaba en la cocina con Makayla, y al siguiente, me encerré en el despacho todo el día. Por la mañana nos saludamos educadamente, eso fue todo.

Las mujeres que salían de un matrimonio desastroso estallaban como fuegos artificiales. Pero Remy me cortaría las pelotas si la hacía daño.

No, no pensaba estropear las cosas para Remy, y menos cuando al hablar por teléfono, tanto aquella mañana como la noche anterior, había puesto a Abby por las nubes.

Mantendría las distancias. Quizá hasta me disculparía por el beso. Yo debía mantener a la serpiente en su jaula.

Miré el reloj de pared. Eran las siete pasadas y tenía que empezar a trabajar en mis asuntos a las nueve. No tenía tiempo para ir al gimnasio y librarme de

las contracturas de la espalda.

Presionándome los ojos con las yemas de los dedos, hice varias respiraciones de yoga al tiempo que rotaba los hombros. Oí que se abría la puerta y cuando abrí los ojos Abby estaba delante de mí, con un humeante expreso y un cruasán de almendra.

—Llevas trabajando todo el día y no has salido, así que he pensado que querías tomar algo.

—Eres un ángel —lo dije de corazón, aspirando con placer el aroma acre de la mezcla brasileña—. Gracias.

—De nada.

Un suave rubor tiñó sus mejillas, como si no estuviera acostumbrada a recibir cumplidos, y al instante tuve la maldita mala suerte de sentirme catapultado a la mañana anterior, cuando la había besado. La polla se me endureció como respuesta y maldije para mis adentros, a la vez que me obligaba a pensar en Remy, en Le Miel y en la prosperidad del negocio.

«Quieto ahí, chico».

Abby me tendió el café y dejó el plato sobre el escritorio.

—Aun a riesgo de sonar pesada, no deberías encerrarte aquí todo el día sin comer nada.

—¿Cómo sabes que no tengo una provisión secreta de barritas energéticas?

Abby enarcó una ceja.

—¿La tienes?

—No, pero si con eso dejaras de preocuparte, te diría que sí.

Sonrió, y al suavizarse sus facciones, pasó de guapa a espectacular.

—Me voy pronto. ¿Puedes ocuparte tú de cerrar?

—Claro, tranquila —me di con el dedo en la sien—. Tengo el código de la alarma grabado aquí.

Las comisuras de sus labios se contrajeron en una expresión burlona.

—No sé cómo eres capaz de recordarlo cuando debes de tener almacenada una guía telefónica completa.

Reí, disfrutando con aquella faceta más relajada de Abby.

—Has de saber que mi capacidad mental es muy inferior a la que me supones, así que tengo apuntados los miles de teléfonos de mujeres que tengo en mi teléfono móvil.

—Eso explica que lo tengas tan grande... —Abby apretó los labios al tiempo que abría los ojos con horror por la involuntaria broma.

—Estamos hablando de mi teléfono, ¿no? ¿O sigues obsesionada con mi pata de palo?

Volvió a ruborizarse.

—Ha sido un día muy largo. Debería irme.

—Y yo debería dejarte ir.

Pero ninguno de los dos se movió; nuestras miradas permanecieron atrapadas en una batalla muda mientras saltaban chispas de electricidad entre nosotros.

Tenía que hacer algo para deshacer la red en la que me atrapaba antes de cometer una monumental estupidez, como besarla de nuevo. Y, en esa ocasión, no parar ahí.

—Siento haberte besado ayer —solté abruptamente, aunque no lo sentía en absoluto—. Fue inapropiado. Échale la culpa al *jet lag*, a la preocupación por Remy y a la infalible habilidad que tienes para aguijonearme.

—Me alegra saber que no se debió a mis irresistibles encantos femeninos —dijo con una seriedad atemperada por una sonrisa—. En serio, no te preocupes. Ya lo he olvidado. Así.

Chasqueó los dedos y tengo que admitir que mi ego recibió un golpe.

—Bueno, me tengo que ir. Makayla me va a llevar de marcha —lo dijo como si su amiga la arrastrara a hacerse una endodoncia—. Hasta mañana.

—Vale. Hasta mañana —la observe salir, clavando la mirada en su trasero.

Llevaba aquellas mallas como nadie. Fruncí el ceño y me metí el cruasán en la boca.

La deliciosa mantequilla se derritió en mi lengua y me pregunté si la persona que lo había hecho sabría igual de bien.

Capítulo 7

Abby

Había imaginado el Embue como una sala grande con paredes de espejo, focos de luces en constante movimiento y música tecno a todo volumen.

Afortunadamente, me había equivocado.

—¿No te parece un local genial? —Makayla se colgó de mi brazo y dio un par de pasos de baile.

La discoteca era pura elegancia, poco habitual en los locales nocturnos. Me encantó. En cuanto a la música, incluso reconocí la canción, un tema animado de los noventa que me hizo balancearme un poco.

—¿Puedo confesarte que nunca había venido a una discoteca?

—¿Pero es que eres una monja? Amiga mía, o has estado en una secta o secuestrada por un demente que te ha mantenido encerrada.

—Me casé a los veintiún años.

Makayla sacudió su masa de rizos rojos que caían en cascada sobre sus hombros cubiertos de brillantes motas de purpurina.

—¿Pero nunca te colaste en una discoteca cuando eras menor de edad, ni salías con tus amigas del colegio?

—Fui a un colegio privado solo para chicas. Y no, no nos colábamos en discotecas.

Apenas hacíamos nada, excepto ir de compras a tiendas exclusivas o hacernos la manicura y la pedicura. Ni siquiera habría llamado amigas a las chicas con las que quedaba. Era el grupo más cruel que hubiera conocido en mi vida, réplicas de sus madres cuya única ambición era encontrar un tío rico y de buena familia con el que casarse.

De lo único que hablaban era de quién tenía el último bolso de diseño, el

coche más caro y quiénes eran los mejores tíos del colegio de élite de chicos con los que enrollarse.

¡Como ansiaba yo formar parte de aquellos grupos de chicas que se paseaban intercambiándose helados y cotilleando mientras esperaban el autobús del colegio en lugar de al chófer de sus papás! Esas chicas daban la impresión de ser genuinamente felices a pesar de sus chaquetas gastadas y de sus jerséis raídos. Mis padres me habían enseñado desde muy pequeña que el dinero podía comprar cualquier cosa. Se equivocaban.

—Cariño, tienes que empezar a vivir —Makayla me dio un empujoncito hacia la pista de baile—. Desde este mismo momento.

Quería relajarme, pero vi mi reflejo en un espejo de cuerpo entero y me eché atrás.

Mientras que Makayla encajaba a la perfección en el ambiente con su maquillaje, el cabello sensualmente alborotado y un vestido mini morado que se ceñía a su figura, yo parecía una abuela, con el cabello alisado, brillo en los labios y rímel, unos tacones bajos y un vestido negro sin mangas que me llegaba a las rodillas.

—A bailar. Ahora —Makayla volvió a empujarme y en aquella ocasión dejé que me lanzara a la pista de baile para unirnos a la masa de cuerpos cimbreados que se movían al ritmo de una vieja canción pop que decía algo sobre dar vueltas—. Ahí lo tienes. Estás bailando y el techo no ha colapsado —Makayla se puso la mano sobre la boca en un gesto de fingido horror—. ¡Hasta puede que empieces a pasártelo bien!

—¡Que te den! —grité por encima de la música, moviéndome más deprisa y hasta añadiendo un contoneo a mis caderas.

Makayla rio y alzó los brazos en el aire, moviendo su cuerpo de una manera sensual y sinuosa que yo jamás me habría atrevido a imitar.

Después de la primera canción, perdí la cuenta de cuántas bailamos. Canciones antiguas de los ochenta se intercalaban con los últimos éxitos tecno, y yo bailé como una loca: meciendo las caderas, sacudiendo los hombros, meneando partes de mi cuerpo que hacía mucho tiempo que no meneaba.

Lo disfruté. Hasta que un antiguo novio de Makayla se nos pegó y al poco tiempo me di cuenta de que tres eran multitud.

Le di a Makayla en el brazo y señalé la barra del bar.

—Os dejo solos.

—No hace falta —Makayla nos miró alternativamente al tipo y a mí y noté que titubeaba.

—En serio: estoy agotada. Voy a tomarme una copa y luego me iré a casa en taxi.

—¿Seguro?

Asentí.

—Completamente —le di un beso en la mejilla—. Pásatelo bien.

Makayla aún vaciló.

—Pero se suponía que esta noche íbamos a encontrarte a un tío bueno para acabar con tu sequía.

—En otra ocasión —dije, dándole un empujoncito hacia el chico que esperaba pacientemente a que acabáramos la conversación—. Vete. Sé mala por las dos.

Sus ojos brillaron con picardía.

—No creo que tenga que esforzarme mucho.

Me reí y salí de la pista de baile. En cuanto puse un pie fuera, el tipo abrazó a Makayla y empezaron a ejecutar una especie de extraña danza ritual que resultaba casi obscena.

Makayla era una chica encantadora, me caía muy bien, y por una fracción de segundo deseé tener la mitad de desparpajo que tenía ella.

Suspirando, di media vuelta.

Y me di de bruces con Tanner.

Capítulo 8

Tanner

Ir a visitar mis locales después de dos días de arduo trabajo en la pastelería no era lo que más me apetecía, pero había estado fuera casi un año y quería hacer un recorrido discreto por cada uno de ellos y ver en acción a los encargados y al personal.

No tenía de qué preocuparme. Había contratado a los mejores, y los cuatro clubes por los que ya me había pasado funcionaban como un reloj. Embue era el último de mi lista y, como en los demás, comprobé que los encargados estaban pendientes de cada detalle y que el local estaba abarrotado.

Había planeado pasar treinta minutos mezclándome entre la gente y hablando con el personal para hacerme una idea de qué mejoras eran necesarias.

Ese plan se fue al carajo cuando atisbé a Abby cimbreándose en la pista de baile con los brazos abiertos, meciendo las caderas a contratiempo de la música que sonaba, pero al ritmo de un tempo imaginario que debía de tener en su cabeza.

Era lo más erótico que había visto en toda mi vida.

Así que la observé. Con la polla palpitando al compás de un tema de techno de mierda. Deseándola.

Vi a un tipo acercarse a Makayla y cómo los dos se ponían a hablar como viejos amantes, toqueteándose. Dejaron de lado a Abby y tuve la impresión de que estaba a punto de irse. Salió de la pista de baile y veinte tíos que estaban cerca giraron la cabeza para mirarla. No porque vistiera provocativamente. De hecho, el discreto vestido negro que llevaba resultaba casi una excentricidad en un mar de mujeres ligeras de ropa. Se debía a la

manera que tenía de moverse: la espalda recta, la cabeza erguida, el contoneo de sus caderas. Rezumaba clase. Y todos los tíos salidos del local querían comprobar si podrían llegar a atravesar aquella fachada distante y averiguar cuáles eran sus límites cuando se dejaba llevar.

Al ver que un tipo dejaba su copa e iba hacia ella, entré en acción, cortándole el paso.

—Lo siento, colega, pero es mía.

Era una afirmación que no tenía ningún derecho a hacer, pero no tenía la menor intención de quedarme quieto.

Le toqué el hombro y, al volverse, chocó contra mí.

—¡Guau! —la sujeté y al ver la expresión de horror que se dibujó en su rostro, no pude evitar tomarle el pelo—: Tienes que dejar de echarme en mis brazos cada vez que nos vemos.

Abby se recuperó de la sorpresa y del tropezón, pero no la solté. Me gustaba tenerla así de cerca, con sus pezones rozándome el pecho, sintiendo cómo su calor caldeaba mi cuerpo y viendo su piel brillante de sudor.

Estaba radiante.

—¿Qué haces aquí?

—Soy el dueño del local —me encogí de hombros como si no tuviera importancia, cuando en realidad cada local del que era dueño era un testimonio de lo lejos que había llegado, y de hasta qué punto mi padre se había equivocado—. No venía desde hace un año, así que cuando he cerrado la pastelería, he decidido ir de ronda por mis locales para ver cómo van las cosas.

Para mi sorpresa, Abby no se había movido. De hecho, una vez recuperada de su sorpresa, parecía totalmente cómoda con que la sujetara por los brazos como si no quisiera dejarla ir.

—De jefe diligente, ¿eh?

—Algo así.

Se nos acabó la conversación y nos quedamos mirándonos en una invisible y ardiente batalla, mientras yo me preguntaba por qué aquella mujer me perturbaba tanto. La deseaba con una fiereza que no había sentido en mucho tiempo; o nunca. Yo tenía una cita, follaba, nunca me comprometía. Me iba bien así. El sexo como ejercicio. El sexo como entretenimiento. Sexo con mujeres que sabían lo que había y que no tenían más expectativas. Mujeres que no se parecían a Abby ni por asomo.

Me había hablado del cabrón de su ex y de que había abusado emocionalmente de ella, pero ¿qué tipo de expectativas habría puesto ella en él? ¿Cabía la posibilidad de que le hubiera puesto el listón muy alto? ¿La habría maltratado verbalmente cuando ya no podía soportar la presión?

En cuanto pensé eso me sentí culpable. Solo porque deseaba a Abby y sabía que enrollarme con ella sería una cagada descomunal, estaba buscando excusas y denigrándola en el proceso. Mal hecho.

—Tengo que irme —hizo ademán de separarse de mí y yo, de haber sido más listo, la habría soltado.

La sujeté con fuerza.

—¿Quieres que te enseñe el local? Puedes tomar una copa en la sala VIP; luego llamaré a un taxi.

Una negativa empezó a dibujarse en sus labios. Los vi moverse antes de que los apretara con fuerza y asintiera.

La conduje hasta una cortina dorada que había en la parte de atrás y la descorrí.

—Tú primero.

Ella vaciló, como si le inquietaran mis intenciones. Chica lista.

—¿Qué pasa?

Miró de soslayo y me pareció que sus ojos brillaban más de excitación nerviosa que de inquietud.

—Llevo bailando dos horas y si no bebo algo voy a desmayarme. ¿Podemos saltarnos la visita e ir directos al bar?

Sonreí.

—Desde luego. Sígueme.

Atravesamos la sala VIP, que estaba llena del público habitual de deportistas de élite, modelos, estrellas del rap de Estados Unidos de visita en el país. Abby miró sin disimulo y con cierta perplejidad, pero me pareció que más por cómo las mujeres se colgaban de los hombres que porque le impresionara ver a famosos.

Para ser una mujer de algo más de veinte años era extrañamente inocente. Como si no hubiera vivido. Las niñas ricas como ella iban a los mejores colegios privados y acudían a fiestas desde muy jóvenes. Sí, se había casado joven, pero llevaba un año soltera. Durante esos doce meses habría tenido la oportunidad de desmadrarse. Así que ¿a qué se debía aquel aire de inocencia que pendía sobre ella como una nube?

—Por aquí —deslicé la tarjeta por una ranura de seguridad y esperé el pitido antes de empujar la puerta para abrirla.

Aunque solo yo usaba aquella habitación y no había entrado en ella desde hacía un año, sabía que estaría en perfecto estado y bien abastecida.

—¿Qué quieres beber?

La puerta se cerró silenciosamente a nuestra espalda y vi que Abby la miraba, titubeaba y se cuadraba de hombros como si hubiera tomado una decisión.

Suponía que no confiaba en mí y la comprendía. Pero no tenía nada que temer. No pensaba crear problemas por mucho que me tentara agitar su fachada de aparente calma. Remy era demasiado importante para mí, y yo ya había metido suficientes veces la pata en mi vida como para acumular algo más por lo que sentirme culpable.

—Agua con gas, si tienes, por favor.

—Para ti, nena, lo que quieras —le sonreí brevemente y me sorprendió al devolverme la sonrisa. ¿Bailar le habría hecho dejar a un lado la cautela?—. Siéntate.

Pero no lo hizo, sino que recorrió la sala, inspeccionándola.

—¿Qué es este sitio?

—Mi escondite —saqué una botella de agua del frigorífico, la abrí y la vacié en un vaso largo con una rodaja de limón—. Cuando ejerzo de anfitrión de un puñado de Vip consentidos y egocéntricos, necesito un lugar al que escapar. Es este.

—Me gusta —dijo ella, acariciando los sofás de suave cuero negro, el escritorio de cristal en una esquina, la vitrina en la que yo guardaba mis galardones.

—¿Los has ganado tú?

—No. Se los robo a los deportistas que pasan por aquí —dije con una rotunda seriedad, pasándole el vaso.

—Gracias —tomó el vaso y lo vació en varios tragos a la vez que yo observaba el movimiento convulso de su garganta e intentaba desesperadamente no imaginarla haciendo conmigo algo similar.

Cuando terminó, me lo devolvió con una sonrisa.

—Estaba seca.

—¿Quieres más—?

—Por favor —se volvió hacia los galardones mientras yo le llenaba el vaso

—. Has ganado muchos premios de la industria de la hostelería.

—Los premios solo sirven para alimentar el ego —le pasé el vaso, obligándome a esquivar su mirada en aquella ocasión. No podía estar más empalmado—. Me importa más ver resultados en cuanto al margen de beneficios.

Abby se quedó inmóvil, con el rostro ensombrecido por la tristeza.

—Mi padre solía decir eso a menudo. Siempre hablaba de márgenes de beneficio.

—Es lo más importante para cualquier hombre de negocios sagaz. Eso y una cartera de valores saneada.

Abby arrugó la nariz en el gesto más encantador que había visto en mi maldita vida.

—¿Es eso todo lo que te importa? Porque esos tatuajes son más propios de alguien que se rebela ante las convenciones sociales que de alguien preocupado por carteras de valores.

—¿Qué te pasa con mi tatuajes? —me quité la chaqueta, la tiré sobre un sofá y me doblé las mangas—. Aquí tienes. Mira cuanto quieras y luego júzgame.

No supe de dónde salió aquel arrebato de rabia, pero me sentí fatal en cuanto vi que Abby se ponía roja de vergüenza.

—No pretendía juzgarte. Es solo que nunca he visto tatuajes de cerca y...

—Ni los has visto todavía —mascullé, furioso porque Abby hubiera tocado involuntariamente un tema sensible y yo no hubiera sabido controlarme.

Mis tatuajes no eran solo arte. Me definían. Hubo un tiempo de mi vida en el que no me sentía cómodo en mi propia piel, así que decidí adoptar una nueva. Y que una mujer como Abby me juzgara por mis tatuajes como un rebelde descerebrado cualquiera, me había sacado de quicio

—Ahora puedes verlos de cerca —farfullé, intentando dominar mi enfado infructuosamente, mientras me desabrochaba la camisa y me la quitaba—. Aquí tienes. Mira bien. A ver si puedes descubrir cómo soy.

Me planté delante de ella con las manos en las caderas, desafiante y extrañamente vulnerable. Debería de haberme dado lo mismo lo que pensara de mí. En cuanto Remy se recuperara, me pondría de nuevo en marcha; iría a Bangkok o a Ibiza o a Múnich para abrir discotecas nuevas que me definirían mejor que mis tatuajes.

Pero el caso era que me importaba. Y eso me cabreaba todavía más. No

tenía por qué importarme una mierda lo que Abby pensara de mí. Pero me importaba.

—Lo siento —dijo ella, disculpándose con dulzura y titubeante, a la vez que me miraba fijamente el pecho—. Te he ofendido.

Mi enfado se desvaneció parcialmente al verla estudiar mi pecho como si preparara un examen de arte. Su ávida mirada me recorrió por entero, como si no pudiera despegarla de mí ni un segundo.

Nunca me habían estudiado tan detalladamente y su exploración me desconcertó. Tenía la sensación de que podía ver mi yo verdadero por debajo de los tatuajes, el niño asustadizo del pasado que buscaba desesperadamente la aprobación ajena.

—Eres muy hermoso —dijo, dando un paso hacia mí mientras se mordisqueaba el labio, un gesto inocente que me hizo desear echarla en el sofá y poseerla.

No «los tatuajes son hermosos», sino «tú eres hermoso», una frase simple con la que se diluyó el vestigio de rencor que todavía sentía.

¿Había sido un lapsus o era eso lo que había querido decir? Porque nadie veía más allá de mis tatuajes, y unos minutos antes, ella, como el resto, me estaba juzgando por ellos.

—¿Puedo...? —antes de que yo reaccionara, me tocó, deslizando sus dedos con la suavidad de un pincel por cada milímetro de la tinta que me cubría.

Buda. El símbolo de la paz rodeado de flores. El fénix.

Símbolos de mi pasado.

Mi búsqueda de claridad.

Mi cruzada para conseguir armonía.

El renacimiento desde las cenizas de mi infancia.

Contuve el aliento cuando Abby descendió y esquivó el pirata. Las yemas de sus dedos eran tan ligeras como una pluma, pero me quemaban la piel.

—¿Has visto suficiente? —dije entre dientes, arrepintiéndome de haberme dejado llevar por la rabia y de haber dado lugar a aquello.

Porque retarla a que me mirara con la seguridad de que se ruborizaría y desviaría la mirada era muy diferente a que Abby me tocara como si quisiera explorar mis tatuajes. Por todo mi cuerpo.

Alzó la mirada y el palpable deseo que oscurecía sus ojos hasta volverlos añiles me dejó sin aliento.

Mierda, estaba metido en un lío. En un descomunal lío.

—Ni mucho menos —musitó antes de colocar la palma de su mano sobre mi endurecida polla—. Todos esos tatuajes tan bonitos ponen en cuestión tu virilidad, así que más te vale enseñarme tu pata de palo para restaurar tu credibilidad.

Estallé en una profunda carcajada al tiempo que intentaba aferrarme al último rastro de autocontrol que me quedaba.

—Abby, esto es una mala idea. Tú eres la pupila de Remy y cuando esto se complique...

—Eso no va a suceder —dijo ella, acariciándome suavemente por encima de los pantalones y aniquilando mi fuerza de voluntad—. Una noche es todo lo que pido.

Retiró la mano y yo maldije en silencio mi inoportuno sentido de la caballerosidad.

—Aunque para serte sincera, tengo que admitir que no he tenido sexo en más de un año, así que puede que te agote.

Podía resistirme a la princesa desdeñosa.

Pero era incapaz de hacerlo con aquella mujer provocadora y sincera que me observaba como si pudiera devorarme de un bocado y estuviera dispuesta a repetir.

—Mierda, Abby, me lo estás poniendo muy duro...

—Eso espero —volvió a tocarme, en aquella ocasión con más firmeza. Y ya no pude contenerme.

Tiré de ella, aplastándola contra mí y frotándome contra ella para que no le quedara duda de lo que la esperaba.

Sexo primario, ardiente y sudoroso. Rápido y furioso y jodidamente bueno.

Abby reaccionó como si la hubiera activado. Pegó su boca a la mía, me empujó contra la pared más próxima, trepó sobre mí.

Que alguien como ella deseara tan desesperadamente a alguien como yo era la experiencia más excitante que había tenido en mi vida.

Su lengua buscó la mía. Primero tentativamente, enseguida decidida y exigente, al tiempo que deslizaba la mano entre los dos para tocarme.

Besaba con agresividad, con movimientos profundos y lentos de su lengua, totalmente inesperados por el contraste que representaban respecto a su frialdad. Eso me excitó aún más; la oposición fuego y hielo; frío y calor. Tan jodidamente caliente.

Estallaría en cuando la penetrara, estaba seguro de ello, y mi polla ansiaba estar en su interior.

Le cubrí un pecho, haciendo rodar su pezón entre el pulgar y el índice y arrancando un gemido de su garganta. Tenía pechos sensibles; eso me gustaba. Necesitaba devorarlos, succionar aquellos pezones hasta hacerla gritar.

Pero me quedé momentáneamente en blanco cuando ella metió la mano por debajo de mis calzoncillos, cerró la mano alrededor de mi polla y apretó.

—Quiero verte —murmuró contra mi boca, mordisqueándome el labio inferior a la vez que seguía apretando. Acariciándome. Sometiéndome.

—Enseguida —dejé escapar el aliento cuando rodó la yema del pulgar por el extremo de mi polla. Le sujeté y le retiré la mano por temor a que me arrastrara a hacer el ridículo.

Había algo endiabladamente excitante en que una mujer tímida y reservada tomara iniciativa, y que se lanzara a mi paquete exacerbó el deseo que me recorría hasta desbocarlo.

—Date la vuelta.

Si mi gruñido gutural la asustó, no dio la menor muestra de ello. En cambio, sacó la lengua para humedecerse el labio inferior antes de hacer un mohín.

—Pero quiero ver al pirata. Entero.

—Lo verás, nena, te lo aseguro —le dediqué una sonrisa ladina—. Pero primero tengo que verte yo a ti.

Al ver inquietud reflejada en su mirada, usé el interruptor para atenuar la intensidad de la luz y que se sintiera más cómoda.

Cualquier cosa con tal de no detenerme.

Porque yo había tirado por la borda cualquier reserva, al mismo tiempo que lo había hecho ella al posar la mano en mi bragueta.

No podía ni quería parar.

Menos aún cuando Abby había descrito exactamente lo que era aquello. Un polvo sanador. Los dos lo sabíamos y eso lo validaba.

Abby no esperaba corazones ni flores. Quería un «aquí y ahora». Después de más de un año de abstinencia —aunque no pudiera comprenderlo, teniendo en cuenta lo preciosa que era—, quería usarme para acabar la sequía.

La chica buena quería que el chico malo le hiciera sentir mejor, aunque

solo fuera por una noche. Eso podía proporcionárselo.

Yo entendía el deseo de obliterar el pasado con algo un poco salvaje, algo levemente perverso, algo que ayudara a olvidar. Vaya si lo entendía.

—Te deseo —dijo sin un ápice de la vulnerabilidad que había intuido unos segundos antes, a la vez que me devoraba con la mirada—. Desesperadamente.

—El sentimiento es mutuo, cariño —le hice girarse y me concentré en su cremallera. Al deslizarla hacia abajo la fricción del metal contra el metal se mezcló con sus suaves jadeos de expectación.

Yo imaginaba la extensión de su piel suave y blanca. Inmaculada. Impoluta. Todo lo contrario a la mía. Cuando llegué al final, gimió quedamente. Deslicé las manos por su espalda. Le retiré el vestido de los hombros. Cayó a sus pies amontonado, dejándola en un conjunto de sujetador y bragas de satén negro de corte francés. Era casi una profecía. A mí me gustaba todo lo francés. La comida francesa. Las patatas fritas francesas. Los besos franceses. Y las bragas francesas que podría destrozar con los dientes para darme un festín.

Su piel era tan hermosa como la había imaginado y deslicé las yemas de los dedos por la parte alta de su trasero, subiendo por su cintura hacia su espalda, deleitándome en su suavidad. Tembló levemente cuando le solté el sujetador y me aproximé para quitárselo.

—Preciosa —musité en su oído a la vez que la rodeaba con los brazos desde detrás y le cubría los senos para sentir su peso, para pasarle los pulgares por los pezones marrón claro—. Estoy deseando saborearte.

Abby emitió un sonido incoherente al tiempo que giraba un poco la cabeza, y yo atrapé su boca a la vez que tiraba de sus pezones. Fue un beso con mucha lengua, decidido y exigente, y me maravilló lo dulce que sabía, la cálida humedad de su boca, un prelude de cómo sabría cuando la probara más abajo.

—Más —me exigió entre besos. Y obedecí encantado.

Sin separar mis labios de los de ella, la giré hacia mí y posé mi mano en su montículo.

Ella gimió y yo le bajé las bragas, esperando a que se las quitara con una última patada antes de deslizar los dedos por sus lubricados pliegues, deleitándome en lo húmeda que estaba. Por mí.

—Tanner, por favor...

Yo quería prolongar aquel momento, lamérselo una vez, quizá dos, antes de llegar juntos. Pero mis meses de celibato me obligaron a posponer mi intención inicial.

Teníamos toda la noche.

Hice diana en su clítoris. Dibujé un par de círculos alrededor. Me dejó perplejo lo rápido que llegó.

No la había catalogado como una gritona, pero hizo bastante ruido como para que me alegrara de que todas las habitaciones del local estuvieran insonorizadas.

—¡Guau! —exclamó, dejando caer la cabeza en mi hombro, mientras las últimas sacudidas recorrían su cuerpo—. Creo que lo necesitaba.

Dejé escapar una risita, encontrando su franqueza refrescante. Las mujeres no solían decir nada después del sexo, aparte de preguntar dónde estaba la ducha e insinuar que querían volver a quedar.

—En el departamento de donde ha venido este, tenemos tanto como quieras —dije, separándola de mí con suavidad sin poder dejar de sonreír como un idiota al observar su cabello alborotado, sus mejillas encendidas y sus labios hinchados—. Por si sientes curiosidad, me encanta el sexo oral y tengo la intención de demostrártelo varias veces a lo largo de la noche —sus labios se separaron en una «o» de sorpresa antes de que yo continuara—: Pero antes, tengo que follarte. ¿Puedes con ello?

Sus ojos centellearon de deseo al tiempo que asentía y alargaba la mano hacia a mí.

Habría querido quitarme los pantalones y los calzoncillos a toda velocidad, ponerme un preservativo y perderme en su interior. Pero dejé que ella marcara el tempo porque era su noche.

Desabrochó el botón de mis vaqueros y, con manos temblorosas, bajó la cremallera.

—Cuidado, nena. Si me causas un daño irreversible a estas alturas, nos vamos a quedar frustrados los dos.

—Quiero verte —dijo con los ojos muy abiertos mientras me bajaba los pantalones y observaba fascinada el bulto de mis calzoncillos.

—Con mucho gusto —me quité los zapatos con los pies y eché a un lado los pantalones de una patada—. Aunque, ¿no has oído que si miras mucho tiempo la polla de un tío te quedas ciega?

—¿No pasaba eso cuando jugabas con ella?

Me reí. Así que no era tan inocente.

—¡Eres increíble!

Una súbita tristeza ensombreció sus ojos y me maldije por haber dicho involuntariamente algo inapropiado.

—¿Estás bien?

Se mordisqueó el labio inferior a la vez que sacudía suavemente la cabeza.

—No-no he hecho esto demasiadas veces. No se me da demasiado bien.

—¡Ese estúpido gilipollas! —una ira incontenible me dominó al darme cuenta de hasta qué punto su ex había minado su autoestima—. Cariño, mírame.

Le tomé la barbilla y alcé su rostro hacia mí. La inquietud que nublaba sus ojos me golpeó el pecho.

—Me daría lo mismo hasta que fueras virgen. Lo que hay entre nosotros es superexcitante. Son fuegos artificiales. Así que cuando lleguemos a la mejor parte, vas a olvidar lo que ese cabrón te ha hecho creer, porque te aseguro que si tuvisteis algún problema, la culpa la tenía él, no tú.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

La besé. No pensaba dejarle dudar ni un minuto más. Tenía que demostrárselo.

Se calentó al instante; sus manos me recorrieron. Se agarró a mis bíceps, a mi cintura. Gimió en mi boca al tiempo que me clavaba los dedos en las nalgas como si nada le resultara suficiente.

La deposité en el sofá, rompí el beso y la observé, inclinándome sobre ella como un maldito ángel vengador mientras ella me miraba expectante, con los ojos muy abiertos

—¿Eso que has dicho antes? ¿Lo que querías hacerme? —sin apartar su mirada de mí, se quitó las bragas—. Hazlo, por favor.

Reprimí una sonrisa, encontrando divertido que evitara la palabra «follar» cuando estaba desnuda delante de mí; y no necesité que me lo pidiera dos veces cuando enfoqué la mirada en su nirvana. Siempre había preferido un monte de Venus poblado, y me alegré de que no hubiera optado por las ingles brasileñas que se habían puesto de moda entre las mujeres.

—Ahora te toca a ti —dijo, echándose en el sofá como una lasciva diosa del sexo—. Quiero verte entero.

Deslicé los dedos por debajo del elástico de los calzoncillos y los bajé, y Abby dejó escapar una exclamación ahogada cuando mi polla asomó.

—¡La tienes enorme! —se ruborizó mientras seguía mirándome como si no pudiera apartar la vista—. Bueno, no he visto muchas antes. De hecho, solo una, y esa no era espectacular, pero la tuya... —silbó y yo me reí para disimular cuánto me sorprendía saber que solo había estado con su marido.

Eso explicaba que tuviera reservas respecto al sexo. Si el tipo había sido torpe en la cama, debía de haber proyectado sus inseguridades en ella. Capullo.

—¿Y por qué el pirata solo tiene torso? —una provocativa sonrisa curvó sus labios—. Habría sido mucho más divertido que eso fuera la pata de palo.

Me señaló la polla y yo volví a reírme.

—Eres una chica mala.

—Todavía no, pero confío en serlo —flexionó el dedo hacia mí—. Ven aquí y corrómpeme.

Sabía que aquella era su fantasía. Que yo, el chico malo tatuado, follara con ella para acabar con su aburrido pasado. Pero por un instante, tuve el disparatado deseo de ser algo más que eso para ella.

Quise que viera más allá de mi elaborada apariencia de tipo duro y me deseara a mí, Tanner King; que deseara mi verdadero yo.

Levanté del suelo mis pantalones, enojado, y saqué un preservativo de la cartera.

Su lengua asomó para humedecerse los labios al tiempo que me miraba maravillada.

—¿Estás segura de que no eres virgen?

Sus mejillas se tiñeron de rosa.

—Nunca lo había hecho con tanta luz.

Mierda. Su ex era definitivamente un capullo si no había querido ver cada milímetro de aquella magnífica mujer mientras la penetraba.

Le guiñé un ojo y me arrodillé delante del sofá.

—Así puedo verte mucho mejor, querida.

Esbozo una pícaro sonrisa.

—Yo también quiero ver.

Lo que significaba que tenía que montar un espectáculo que le resultara inolvidable.

Pero mi intención de tomarme las cosas con calma se fue al carajo cuando separó los tobillos y abrió los muslos, proporcionándome una nítida vista de los húmedos pliegues en los que quería perderme.

Le tomé las piernas para girarla de lado de manera que las piernas le colgaran fuera del sofá. Atrayéndola hacia mí, me adelanté para colocarme de frente mientras intentaba reprimir el impulso de adentrarme en ella y no parar hasta que gritara mi nombre.

—Así de cerca es todavía más grande —musitó con un tono de admiración que me hizo sonreír.

—¿No será que la estás viendo a través de una lupa?

Se rio, y fue el sonido más malditamente dulce que había oído en mi vida.

Yo no acostumbraba a hablar durante el sexo. Y raramente me reía. Entraba y salía. Cumplía con mi parte. Me corría. Me sentía bien. Eso era todo. Pero aunque no había llegado todavía a la mejor parte, el sexo con Abby era diferente. Conectábamos más allá de las partes que encajaban entre sí. Eso me desarmaba.

Así que me concentré en lo que hacía mejor. Asegurarme de que ella lo pasara bien.

—Mírame —le ordené al tiempo que tomaba mi polla en la mano y presionaba la punta contra su clítoris. Describí círculos con ella, frotando sus húmedos pliegues una y otra vez hasta que jadeó y sacudió las caderas incontrolablemente.

—¡Qué gusto! —se incorporó sobre los codos para mirar y yo aumenté la presión, apretando los dientes para no pensar en la creciente tensión que sentía en los huevos.

Ya le había dicho que tendríamos tiempo para tomárnoslo con calma y así tendría que ser, porque en aquel momento solo podía pensar en estar dentro de ella.

—Más —masculló ella, con un hilo de sudor entre los senos, a la vez que empezaba a retorcerse.

—Como tú quieras, cariño.

Froté su clítoris una última vez y en cuanto arrancó su orgasmo, la penetré. Hasta lo más hondo, sumergiéndome en su prieto y húmedo chochito.

El paraíso.

Empujé con fuerza, usando el pulgar en su clítoris mientras ella gritaba, queriendo desesperadamente extraer de ella hasta la última gota de placer.

Se incorporó súbitamente, acercando sus senos a mi cara, y yo tomé uno de ellos en mi boca, succionado su prieto pezón mientras seguía moviéndome en su interior.

—Demasiado sensible —dijo entre jadeos, apartando el pezón de mis labios y apoyándose en las manos—. Qui-quiero ver.

Y la dejé.

Me deslicé dentro y fuera. Con más ímpetu. Más deprisa. Perdiendo la noción de todo excepto de querer mirarla mientras ella me miraba a mí.

Que me jodan si no fue lo más excitante que había visto en mi vida.

Las pelotas se me contrajeron y la mente se me quedó en blanco un instante antes de que la embistiera una última vez, tan profundamente como pude.

El placer más intenso que hubiera sentido nunca me golpeó. Aniquilándome. Dejándome la mente vacía. Exangüe. Con la única consciencia de aquella mujer.

Abby.

En algún momento debí de cerrar los ojos, porque cuando los abrí Abby me estaba mirando como si acabara de entregarle las llaves de la mejor pastelería de París.

—Ha sido alucinante —musitó, alargando los brazos hacia mí—. No tenía ni idea de que pudiera ser tan bueno.

—¿Solo «bueno»? —abrazándola, la estreché contra mí. Otra cosas que hacía por primera vez después del sexo. No acostumbraba a abrazar—. Voy a tener que mejorar en lo que queda de noche.

Aunque no podía ver su cara porque la tenía pegada a mi pecho, noté que sonreía.

Pero mientras continuaba acurrucándose contra mí como si no quisiera soltarme, empecé a sentir los primeros remordimientos.

Para mí, aquella sería una noche de sexo espectacular, que al día siguiente no significaría nada especial. Volvería a ser Tanner King, el tipo al que todo el mundo etiquetaba, el tipo al que todo el mundo juzgaba, el tipo a quien todo el mundo quería conocer, aunque fracasara en el intento.

Por muy excepcional que pudiera ser el sexo, aquella noche no me cambiaría.

¿Podría Abby decir lo mismo?

Capítulo 9

Abby

Me dolían partes del cuerpo donde jamás había sentido dolor.

Incluso quince horas después de haber dejado la cama de Tanner de madrugada, sentía contracciones en los músculos que me recordaban lo que habíamos hecho.

Y cuánto lo había disfrutado.

No supe si estar aliviada o molesta cuando Tanner no apareció en Le Miel. En cualquier caso, no podía dejar de sonreír.

Lo que habíamos hecho en el local y más tarde en su apartamento... desafiaba la lógica.

No debía de haberme acostado con Tanner. Pero no me arrepentía en absoluto. Cuando me llevó a la sala privada de la discoteca, supuse que me iría después de tomar una copa. Entonces se enfadó, se quitó la camisa, y perdí la cabeza.

No acostumbraba a comerme a los hombres con los ojos. Sin embargo, en el instante en que Tanner se quitó la camisa, quise ver más. Quise verlo entero.

Se ve que dije algo que le molestó, y su reacción fue quedarse con el torso desnudo. En ese momento debería haber llamado a un taxi; o reírme para quitarle importancia. O hacer cualquier cosa menos mirarlo babeando.

Se había tomado bien mi inocencia. Bromeó para que me sintiera cómoda, y se lo agradecí. Lo que me alegró menos fue que fuera tan estúpida como para desear más de él.

Cuando conseguí acallar la voz de la razón y mi yo animal me convenció de que me merecía una noche de puro sexo, debería de haberme conformado

con eso. Una noche.

Pero después de que me diera placer numerosas veces con su boca, sus dedos y su habilidoso y enorme manubrio, anhelé más.

Por supuesto, no dije nada. Muy al contrario, cuando me dio un beso de buenas noches, me comporté como el prototipo de la naturalidad, como si tuviera rollos de una noche todas las semanas. Si se dio cuenta de que mi desparpajo era fingido, no dijo nada.

Me fui a escondidas de madrugada mientras él dormía, y durante los veinte minutos que duró el trayecto a mi apartamento en la ciudad, encima de Le Miel, reviví cada instante de nuestra noche juntos y supe que actuar cuando viera a Tanner de nuevo como si lo que había sucedido aquella noche no significara nada iba a exigir unas habilidades interpretativas de las que carecía.

Bardley siempre se había burlado de mí por lo fácil que era adivinar lo que pensaba. Pero estaba equivocado. De haber sido así, habría visto en mi rostro a diario hasta qué punto lo detestaba.

Gracias a Tanner, había descubierto que yo no tenía la culpa de nuestra insípida vida sexual. ¿Cuántas veces me había llamado Bardley frígida o fría o cosas peores? O me había dicho que no le excitaba; que era tan inútil en la cama como en la cocina.

Respecto al sexo me había dado lo mismo, pero que me insultara como cocinera era un golpe bajo, sobre todo porque ya entonces sabía que era una gran cocinera.

Pensé: «que le jodan».

Gracias a la noche anterior había sustituido los recuerdos de una vida sexual mortecina por imágenes de un grandioso erotismo.

—Estás soñando despierta una vez más —Makayla me dio con la cadera—. ¿Estás segura de que no pillaste en Embue?

Noté que me ruborizaba, pero seguí limpiando mi superficie de trabajo con aparente indiferencia.

—No soy yo quien tiene algo que contar —dije, sonriendo de oreja a oreja—. Tú y como-se-llame estabais de lo más acaramelados cuando me marché.

Makayla hizo una mueca.

—Hay una razón por la que sales con un tío y luego lo dejas —alzó el dedo meñique y lo dobló—. Soy más lista que todo eso.

Me reí, preguntándome qué diría Makayla si le dijera lo lejos que estaba un

meñique de describir a Tanner.

—¿Y tú? —Makayla sonrió a la vez que se secaba las manos en un paño de cocina—. ¿No seguirás fantaseando con nuestro sexy jefe?

Si ella supiera...

—No digas tonterías.

—Es una pena que hoy no haya venido. Anima la tienda —Makayla apretó los labios y se los golpeó con el índice. No se parece a Remy en nada, ¿verdad?

Eso era verdad. Aunque Remy y Tanner fueran hermanos de sangre, era difícil encontrar dos hermanos más distintos.

—Desde luego que no —dije, aliviada por que Makayla cambiara el tema de la noche anterior por uno menos comprometido.

—No me refiero solo al aspecto —Makayla hizo una pose de hombre forzudo—. Tanner es como un tío duro y decidido, y Remy es dulce y amable.

Tanner podía ser dulce y amable cuando importaba, y la noche anterior lo había sido. Muchas veces.

—¿Sabes algo de su pasado?—Makayla se apoyó en la encimera—. Yo apenas conozco a Remy, pero tú llevas aquí un año. ¿Qué tienes que contar?

Me encogí de hombros.

—Apenas hemos hablado de nuestros pasados.

Era verdad. Yo le conté lo justo a Remy sobre mi desastroso matrimonio y sobre mis sueños de convertirme en pastelera. Él me contó que había abierto la pastelería hacía muchos años, que nunca había conocido a la mujer ideal y que Tanner era la única familia que le quedaba.

Yo apreciaba nuestra amistad, sobre todo porque me había ofrecido un lugar para vivir y un trabajo cuando más lo necesitaba, pero ninguno de los dos hablaba demasiado de su vida privada. Y yo lo prefería así.

—Si Remy no te ha revelado nada, ¿puede que lo haga Tanner? —el exagerado guiño de Makayla me hizo reír—. ¿No te encanta su actitud de chico malo?

—Sí, es muy atractivo —opté por un mínimo de sinceridad para no despertar la curiosidad de Makayla.

Y que se empeñara en saber qué me había revelado Tanner. O si me había gustado.

Makayla resopló.

—¡Menudo eufemismo!

—¿Qué quieres que diga, que es tan jodidamente sexy que solo pensar en él me da un golpe de calor? —fingí abanicarme la cara y Makayla rio.

—Eso es más apropiado... —hizo una pausa, como si vacilara, antes de continuar—: Tengo que hacer una confesión.

Por un espantoso momento me pregunté si Makayla también se habría costado con Tanner. La idea hizo que me subiera un amargo sabor a la boca y que me sintiera como una idiota.

Por supuesto que a un tipo como él le gustaría una mujer como Makayla. Era una mujer explosiva. Aparte de hermosa, por dentro y por fuera.

—¿Qué pasa? —intenté sonar indiferente, pero el tono agudo de mi voz me traicionó.

Makayla frunció la nariz y no pudo ocultar el destello de sus ojos.

—Te vi anoche yendo a la sala VIP con don Macizo.

Exhalé, aliviada, el aliento que había estado conteniendo inadvertidamente.

—¿Así que todo este tiempo has estado intentando que te lo contara?

—Exactamente —Makayla formó un ángulo recto con el índice y el pulgar, como si fuera una pistola, y disparó—. Vamos, cariño, cuéntamelo todo. ¿Pasó algo entre vosotros?

Yo no había tenido nunca una «mejor amiga». En los pocos meses que conocía a Makayla disfrutaba charlando con ella. Me gustaba su actitud ante la vida. Su exuberancia, su calidez y su entusiasmo genuino por todo. Me encontré asintiendo con la cabeza, encantada de tener una mujer a la que contarle el secreto.

—Nos enrollamos.

Makayla dejó escapar un grito y dio unos saltitos.

—¿Os enrollasteis de daros uno besos o de...? —hizo gestos obscenos entrechocando las dos manos.

—De eso —noté que me ardían las mejillas—. Pero no puedes contarlo, ¿eh?

—Me alegro por ti, guapa —hizo el gesto de cerrarse los labios como si tuviera una cremallera, pero su silencio duró dos segundos mientras me miraba con evidente admiración—: Las calladitas sois siempre las peores.

Teniendo en cuenta cómo había gritado la noche anterior, no tenía nada de «calladita».

Makayla me golpeó el brazo.

—Quiero detalles.

Negué con la cabeza, resistiéndome a revelar nada más. No quería que Makayla le lanzara miraditas a Tanner, y aún menos que este creyera que yo no sabía mantener la boca cerrada.

Nunca me había caracterizado por exponer mi vida privada, y no pensaba empezar entonces.

—Lo siento, pero es información privada.

—Vale —Makayla suspiró con una sonrisa socarrona—. Me alegro por ti, cariño. Mereces pasártelo bien. Pero si tiene un hermano, aparte de Remy, cuéntamelo.

Señaló con el pulgar hacia abajo y añadió:

—Estoy de bajón. Profesional y sentimentalmente. He ido a ocho cástines en las últimas dos semanas y nada. Y mi media de citas es aún peor.

—Los productores están locos si no te contratan —dije, defendiendo a mi amiga aunque no tenía ni idea de hasta qué punto era una buena bailarina. Era evidente que podía incendiar la pista de baile al ritmo de la música disco, pero profesionalmente, no la había visto bailar—. En cuanto a los tíos, la mayoría tiene una piedra en la cabeza, pero tú eres preciosa y encantadora. Pronto encontrarás uno bueno.

Una desconcertante sonrisa de vulnerabilidad curvó sus labios.

—Espero que tengas razón, porque los períodos largos de sequía me sientan mal —mover las cejas arriba y abajo sugestivamente—. Necesito un buen hombre entre las piernas fuera del escenario para bailar creativamente sobre el escenario.

—¿No será ese el problema? A lo mejor en lugar de un buen hombre, necesitas uno malo.

Nos reímos y la abracé impulsivamente.

—Gracias por sacarme ayer por la noche. Lo necesitaba.

—¿Bailar o a un chico malo entre las piernas?

—Las dos cosas —dije, sonriendo con la misma picardía que Makayla—. Y ahora, si has acabado el interrogatorio, ¿te importa cerrar tú para que pueda ir a recuperar un poco de sueño?

—Claro —dijo, separándose de la encimera—. Así que te ha tenido despierta toda la noche, ¿eh?

—Y más.

La forma en la que Tanner me había tocado y acariciado —por todas partes

— me había dejado alucinada. Nunca había imaginado que el sexo pudiera ser tan bueno. Me había arrastrado al límite numerosas veces, excitándome y saboreándome, antes de lanzarme al vacío con una habilidad que solo era posible con años de práctica

Debería de haber sentido celos al pensar que había usado esa misma maestría en infinidad de mujeres en el pasado, pero solo me sentía agradecida. Muy, muy agradecida.

—Vamos. Cerremos antes de que empiece a odiarte —Makayla sonrió y me golpeó con la cadera—. Y un consejo: no le des demasiadas vueltas a lo que pase con don Macizo. Está solo de paso, así que disfruta de ello mientras dure.

No tenía ni puñetera idea de lo que «ello» era. Lo había etiquetado la noche anterior como un rollo de una noche. Pero por lo que había leído en las revistas, lo habitual no era que tuvieras que ver a tu rollo de nuevo. En mi caso, tendría que enfrentarme a Tanner a lo largo de las siguientes semanas.

¿Sería tan buena actriz como para actuar como si no hubiera pasado nada y borrar las imágenes de él lamiéndome entera?

Aún peor, ¿era eso lo que quería?

Me excitaba con solo pensar en lo que habíamos hecho la noche anterior. ¿Cómo de intenso sería el impulso de tirármelo cuando lo tuviera delante?

¿Tendría la fuerza de voluntad suficiente como para rechazar una nueva oportunidad de disfrutar de un placer extraordinario?

Asumiendo que Tanner aparecería en el trabajo al día siguiente, pronto lo averiguaría.

Capítulo 10

Tanner

En cuanto abrí los ojos supe que Abby se había ido.

Debería de haber estado encantado. Nunca dejaba que las mujeres pasaran la noche conmigo. De hecho, muy raramente llevaba a ninguna a mi casa. En todos los años que había pasado en Sídney podía contar con los dedos de la mano los ligues a los que había llevado a mi ático.

Pero Abby no era un ligue.

Era... ¿Qué? ¿Un rollo de una noche? ¿Un polvo? ¿Un maldito error? Técnicamente, todo ello, lo que daba lugar a una pregunta: ¿por qué demonios me sentía tan desilusionado por que se hubiera ido?

No solo eso. Aquella noche había dormido mejor que en años. Normalmente me gustaba tener la cama solo para mí, odiaba que alguien invadiera mi espacio personal. Sin embargo, después de follar por quinta vez, Abby se había acurrucado contra mí y me había gustado, hasta tal punto que me había quedado profundamente dormido; tan profundamente que no la había oído marcharse.

Mierda. ¿Por qué había tenido que escabullirse como una maldita fugitiva?

Me levanté irritado y fui a darme una ducha. Solo, cuando tenía grandes planes para los dos en mi gigantesca ducha con chorros laterales. Esos chorros abrían un abanico de posibilidades. Especialmente con lo receptiva que era Abby. Podría haberla girado contra la pared y hacerla inclinarse; haber ajustado los chorros para dirigirlos hacia su dulce punto; haberla tomado por detrás...

Maldiciendo, abrí el agua fría. Helada. Masturbarme no disminuiría el deseo que sentía palpar en mis venas como el insistente redoble de un

tambor. Solo lo conseguiría perdiéndome en Abby, pero eso no era posible. Ni en ese momento ni nunca más.

La noche anterior había sido una aberración. Tenía que serlo.

Había jurado no tocar a la pupila de Remy, pero eso se había ido a la mierda cuando se insinuó como una ávida virgen. Debería de haber tenido más fuerza de voluntad, pero no la tuve. No haber echado un polvo en meses me había provocado un cortocircuito en el cerebro. En el grande y en el pequeño.

Esa era una excusa patética, porque podría haberla detenido. Debería de haberlo hecho. Pero no lo hice, y tenía que asumir las consecuencias.

Fundamentalmente, la de tener que verla a diario y no tocarla.

Era un completo idiota. Sabía que no podíamos repetir. Sería un desastre descomunal.

Las mujeres como Abby no tenían rollos de una noche. Les gustaba ser cortejadas, los ramos de flores y todas esas chorradas, por mucho que dijeran lo contrario. Sobre todo si hacía un año que no estaban con un tío.

Eso era increíble. ¿Cómo era posible que una mujer preciosa, que había salido de un matrimonio desastroso, no hubiera querido purgar su pasado? Cabía la posibilidad de que su ex la hubiera maltratado hasta el punto de que Abby rechazara a los hombres durante un tiempo. En cualquier caso, yo había salido beneficiado, porque la forma en que había reaccionado a cada una de mis caricias me había dejado alucinado.

Eso era lo más perturbador. Las imágenes de la noche anterior que se sucedían en mi cerebro. Ella echada boca abajo, yo penetrándola desde detrás. Ella con las piernas abiertas, yo lamiéndola. Ella montándose como una amazona. Ella clavándose las uñas en la espalda y mordimiéndome el hombro y lamiéndome la polla tentativamente, como si fuera la mejor golosina que hubiera probado en su vida.

—¡Joder! —mascullé, secándome con la toalla y vistiéndome en un tiempo récord.

No podía ir a la pastelería, al menos no aquel día. No podía verla mientras tuviera en la mente solo pensamientos eróticos, como si se tratara de una película porno en bucle.

Se daría cuenta. Y entonces...

Si la noche anterior mi fuerza de voluntad había estado bajo mínimos, una vez había descubierto lo explosivos que éramos entre las sábanas, ¿sería

capaz de resistirme? Lo dudaba. Lo que significaba que necesitaba tiempo y espacio para recuperar la perspectiva.

Eso exigía mantenerme alejado de Le Miel.

Tomé una botella de batido de plátano del frigorífico y salí. Había un montón de trabajo amontonado en el Embue que podría haber hecho la noche anterior de no haberme distraído. De la mejor manera posible. La forma en la que Abby se me había insinuado en la sala privada...

Maldición, lo mejor sería encerrarme en el despacho y evitar pasar por esa sala. Tener una fuerza de voluntad frágil era una cosa. Exponerme deliberadamente a una situación arriesgada, otra.

Intentaría comportarme adecuadamente con Abby, pero no era un santo, y sabía que mantenerla a distancia hasta que Remy se recuperara acabaría conmigo.

Llegué al Embue, aparqué en el espacio reservado para mí y entré en el club. A pesar de todos los años que habían pasado, seguía produciéndome un placer inmenso ser el dueño de aquel lugar. Que fuera próspero. Que su éxito siguiera aumentando.

A pesar de todas las predicciones negativas de mi querido padre, nunca había cumplido la de ser un fracasado.

¿Cuántas veces me había dedicado sus despectivos comentarios, reprendiéndome, minando mi autoestima al tiempo que alababa a Remy cuando estaba ausente, sabiendo el dolor que me causaba? ¿Cuántas veces me había dado las cortezas del pan mientas él comía las mejores rebanadas? ¿Cuántas veces me había dado un ala de pollo chuchurría mientras él se comía una jugosa pechuga?

Después de que mamá muriera, en las raras ocasiones en las que Remy estaba en casa, también él pensaba que papá era un gilipollas, pero justificaba sus cambios de humor y su ira por la tristeza. Pero yo sabía bien que se equivocaba, porque papá reservaba su veneno más letal para mí.

Ya antes de que mamá muriera, yo me sentía indigno. Porque no servía para nada. Porque no hacía nada bien. Me trataba como si fuera un ciudadano de segunda clase, pero solo cuando no estaban ni mamá ni Remy para presenciarlo.

No lo entendía. Siempre había pensado que la culpa la tenía yo, que tenía una tara innata que solo podía ver mi padre. Hasta el día en que murió mi madre y oí la discusión que la arrastró a la muerte. El día en el que el viejo

cabrón desveló el origen de su odio, y en el que juré que no permitiría que sus insultos y su desdén volvieran a herirme.

Porque el problema no lo tenía yo, sino él. Sus absurdos complejos y las sospechas que habían conducido a mi madre a la muerte, y que me determinaron a no parecerme en nada a él.

El día que murió me alegré. Acudí a su funeral por respeto a mi hermano. Remy nunca comprendió mi odio latente hacia nuestro padre, y yo nunca le había contado la verdad. Era mejor que al menos unos de los dos guardara buenos recuerdos.

Además, él era cinco años mayor que yo y estaba haciendo un curso de formación como pastelero al tiempo que terminaba el bachillerato, así que estaba ausente a menudo y no era testigo de la tortura sistemática a la que papá me sometía a mí. El hijo al que culpaba de haber tenido una vida desgraciada.

Nada de eso importaba ya. No podía herirme. Pero cada vez que recorría uno de mis locales le agradecía que hubiera despertado en mí la determinación y la ambición de llegar a ser mucho mejor de lo que él jamás me creyó capaz.

—Hola, Tanner, no esperaba verte hoy por aquí —Hudson Watt, mi encargado y mi amigo más antiguo, me dio una palmada en la espalda cuando entré en la zona del bar—. ¿No tenías que estar haciendo unos pasteles o unos cruasanes o alguna de esas sofisticadas chorradas?

—Hay unas cuentas que pensaba haber revisado anoche pero que se quedaron pendientes, así que he decidido venir a pasar el día.

Hudson me dedicó una de sus sonrisas burlonas, como cuando en el colegio yo intentaba librarme de hacer un trabajo para historia elaborando una compleja mentira y él me pillaba.

—¿Qué? Estuviste un poquito ocupado anoche, ¿no? —Hudson llenó un vaso de agua, le añadió una rodaja de lima y la deslizó sobre la barra hacia mí—. Aquí tienes. Debes de estar deshidratado después del intercambio de saliva con la guapa rubia con la que te encerraste en la sala privada.

—¿Es que tienes doce años? —me bebí el agua—. No sé de qué estás hablando.

—Venga, tío, no me vaciles —Hudson me dio en el brazo—. Te he visto camelarte a más chicas para que se quitaran las bragas que he puesto yo mojitos. Y teniendo en cuenta que llevo diez años trabajando aquí, te aseguro

que he puesto miles.

Me reí.

—Estaba enseñándole el local a Abby. Luego la llevé a casa.

—¿A la suya o a la tuya?

Podía haber mentido a Hudson, pero estaba en lo cierto. Habíamos sido amigos mucho tiempo. Si alguien me conocía, con todos mis defectos, era él.

—A la mía —me pellizqué el puente de la nariz para relajar la tensión que se acumulaba tras los ojos—. No debería de haber sucedido.

Hudson arqueó las cejas.

—Es la primera vez que te oigo expresar arrepentimiento postcoital.

—Mentira. ¿Te acuerdas aquella vez que quedamos con aquellas horrendas alemanas? Fue un desastre.

Hudson rio.

—No cambies de tema. Por lo que vi, esa Abby tenía un montón de clase. ¿Demasiado fría entre las sábanas?

Todo lo contrario. Abrasadora. El tipo de mujer que se metía en la cabeza de un hombre y no la abandonaba por más que él lo intentara. Y yo lo había intentado. Y de qué manera. Pero seguía ahí cada vez que dejaba mi mente vagar por un instante. De frente y de espalda. Desnuda. Sensual. Anhelante.

Mierda.

—Abby trabaja con Remy, y no debía de haber dejado que sucediera.

—¿Por qué no? —Hudson sonrió maliciosamente—. Por como vi que se colgaba de ti cuando os ibais a toda velocidad, me pareció que estaba encantada contigo.

—Es demasiado complicado —dije, sacudiendo la cabeza—. Pero ¿cómo te va a ti?

—No te vas librar así de fácilmente —Hudson miró la hora—. Estaba a punto de ir donde Jim para hacer una sesión de entrenamiento rápida antes de volver y hacer las cuentas. ¿Quieres acompañarme para que pueda darte una paliza?

—¿Sigues yendo al gimnasio de Jim?

Aquel lugar me había salvado la vida cuando era pequeño. A los catorce años, Hudson me había llevado al destartado gimnasio de las afueras de Kings Cross, donde los chicos podían boxear como entretenimiento, para hacer ejercicio o para liberarse de su frustración.

Yo me había dedicado a lo último.

Cuando no podía contarle a nadie en casa cómo me maltrataba papá, me desahogaba donde Jim. Primero con el saco; más adelante en combates de esparrin con otros adolescentes. Había resultado catártico poder desfogarme físicamente en un lugar seguro, y no había vuelto en más de una década.

—Sigue siendo el mejor gimnasio de boxeo —Hudson amagó un gancho de zurda hacia mí y yo fingí caer hacia atrás—. Venga, te sentará bien. Te has distraído varias veces en cinco minutos, y eso significa que estás colgado por esa chica.

No se imaginaba hasta qué punto. En lugar de apagar mi atracción, acostarme con ella solo había conseguido intensificarla.

—¿Quieres dejar esa gilipollez?

Hudson se rio y en aquella ocasión me golpeó de verdad en el hombro.

—Vámonos, colega. Será un placer machacarte.

—Ni lo sueñes, capullo.

Una hora más tarde, Hudson había hecho exactamente eso, pero yo me sentía mucho mejor por haber hecho ejercicio; y estar en el gimnasio de Jim tenía mucho que ver con que hubiera mejorado mi estado de ánimo.

Entrar allí había sido como volver a casa. El acre olor a sudor mezclado con linimento. Cuatro rings de boxeo iluminados por la luz natural que entraba por unos altos ventanales. Pesas y sacos de boxeo en la esquina más alejada con una anticuada barra de bar donde se servían zumos.

Aquella mañana había pocos hombres, estarían trabajando, que era lo que yo debería de estar haciendo, en lugar de dedicarme a huir de mi presente hacia mi pasado.

—Estás oxidado —dijo Hudson colgándose una toalla al cuello y pasándome otra.

—Y tú tienes michelines —dije, amagando un puñetazo en su plexo solar que él esquivó.

—Seguro que Abby no te dice eso a ti.

En esa ocasión, apunté a dar, pero él se echó a un lado con agilidad, riendo tan fuerte que uno de los entrenadores se volvió, sonriendo.

—En serio, tío, si te gusta tanto, haz algo al respecto.

Odié el rayo de esperanza que despertó en mí aquel comentario.

—¿Como qué, genio?

—Y yo qué sé. ¿Acaso tengo pinta de experto en mujeres?

—La verdad es que no —me sequé el sudor de la frente y me pasé la toalla

por el torso—. ¿Estás saliendo con alguien?

—No. Entre llevar el local y mi trabajo a tiempo parcial en el teatro, no me queda tiempo para una relación.

—¿Quién ha dicho nada de una «relación»?

Hudson resopló con sorna.

—Yo no soy como tú. Me gusta salir con una mujer más de cinco horas.

—Para que lo sepas, Abby se quedó a dormir.

En cuanto repliqué, me arrepentí de no haberme mordido la lengua.

—Lo dicho, colega: eso demuestra que no es como las demás.

—Déjame en paz, tío —dije, aproximándome a él con un fingido aire intimidatorio.

Como era de esperar, Hudson ni se inmutó. Permaneció allí como el grandullón rubio que había sido siempre. Leal hasta el exceso. El tipo de tío con el que podía contar.

—Oblígame, pequeñín.

Teniendo en cuenta que era más alto que él, era una provocación vacua, y que solía usar a menudo de pequeño, así que nos reímos.

—Volvamos al club para que puedas demostrarme que no me estás timando —tiré del lazo del guante con los dientes, diciéndome que debía de hacer aquello más a menudo.

El boxeo liberaba de todo tipo de frustraciones, incluidas las sexuales, mejor que cualquier otra actividad.

—Me parece bien —cuando Hudson se quitó los guantes y mientras me ayudaba con los míos, intuí que quería decir algo más pero que se reprimía.

—¿Qué pasa?

—Es este sitio —Hudson miró a su alrededor—. No vengo tanto como me gustaría, pero siempre que lo hago, el pasado se me cae encima. No comprendo por qué me expongo a ese sufrimiento.

Esa había sido otra cosa que nos había unido: nuestras infancias de mierda. Su padre lograba que el mío, por comparación, fuera un jodido santo.

—Corta el rollo sentimental, tarado, y volvamos al trabajo.

Hudson parpadeo rápidamente, como si regresara de un lugar que despertaba malos recuerdos, antes de recuperar su sonrisa característica. Suspiró aliviado.

—Tú primero, grandullón.

Mientras nos picábamos mutuamente, intercambiando el tipo de

provocaciones propias de los tíos, me di cuenta de que había hecho lo correcto al mantenerme aquel día alejado de la pastelería y de Abby.

Pero no podía ser un cobarde eternamente, y cuando llegara el día siguiente, tendría que volver, arrepintiéndome no haber complicado la situación y deseándola más que nunca.

Capítulo 11

Abby

Después de que Makayla y yo cerráramos tenía la intención de darme un baño caliente y acostarme pronto. Pero cuando entré en el apartamento no tuve la habitual sensación de comodidad que solía invadirme.

No podía olvidar la primera vez que Remy me había llevado allí y me había dicho que podía quedarme en él tanto como quisiera. Eso había sucedido hacía más de un año, el día que había dejado a Bardley y había entrado en Le Miel. Buscando el consuelo que representaban los dulces de Remy, solía acudir a su pastelería a menudo, usándola como vía de escape de mi casa. Pasé muchas tardes sentada en la mesa pequeña, al lado del mostrador, tomando un café y reprimiendo las ganas de comer más de un cruasán mientras estudiaba.

Remy solía salir de la cocina ocasionalmente y siempre se acercaba a charlar. Era tan bueno y generoso con su tiempo como lo era con sus magníficos dulces.

Nunca había tenido el valor de contarle que a mí también me encantaba cocinar y que para mí el suyo era el trabajo soñado. En lugar de eso, cuando me preguntaba, yo hablaba con entusiasmo de mi carrera de empresariales y de lo contenta que estaba teniendo que hacer malabares entre la universidad y mi matrimonio.

Si es que veía más allá de mi tensa sonrisa, jamás dijo nada. Así de amable era. Y ni siquiera el día aciago que tuve la fortaleza y las agallas de plantar a Bardley intentó sonsacarme información.

Impulsivamente, le había pedido trabajo y, cuando le conté mi historia, también me ofreció el apartamento.

No había vivido nunca sola, puesto que me había mudado directamente de la mansión de mis padres a la gigantesca casa que sus padres le habían regalado a Bardley cuando nos casamos. Tener la libertad de hacer lo que quisiera en mi propio espacio había sido emocionante para una chica como yo.

Así que me había mudado con las pocas maletas que había llenado cuando me fui de casa, pagué a Remy seis meses de alquiler por adelantado —una ridiculez, la verdad, dados los precios de los alquileres en aquella zona de la ciudad— y establecí mis propias rutinas.

Vivía la vida que yo quería.

Pero aquel día estaba inquieta y después de recorrer el apartamento arriba y abajo varias veces, decidí ir a dar una vuelta en coche. Esa era otra cosa que me gustaba hacer y que no había tenido la oportunidad de practicar en el pasado: conducir por puro placer.

Papá tenía un chófer que me dejaba y recogía del colegio, y Bardley se trasladaba rugiendo en su coche deportivo, cuando no alquilaba un coche privado con conductor. A mi obtuso marido no le cabía en la cabeza que a mí me encantara conducir, y me tomaba el pelo si salía de la ciudad el fin de semana sin ningún destino en particular.

Así que lo hacía raramente, porque aguantar sus comentarios era insoportable. Además, era casi imposible dedicarme tiempo a mí misma cuando Bardley exigía que mantuviera su frenética vida social y que acudiera con él a todos los aburridos eventos —partidos de polo, regatas de vela, carreras de caballos— a los que asistía.

En el presente, durante el limitado tiempo libre que tenía, solía conducir porque sí. Por el placer de explorar sitios nuevos. Por el mero hecho de que podía hacerlo sin que nadie me dijera que era una idiota o cosas peores.

A casa.

No a la mansión del puerto donde había vivido veintiún años antes de casarme, sino a la afueras. Al lujoso Double Bay. Allí todo parecía más brillante, como si un hada hubiera cubierto todo de purpurina.

Vagué por los bulevares flanqueados por frondosos árboles, pasando por sucesivas filas de espectaculares casas palaciegas con jardines de césped de color esmeralda perfectamente recortado, pistas de tenis y casetas de piscina que podrían haber cobijado a una familia entera.

Tiendas de moda a las que solía acudir cuando no pestañeaba al ver el

precio de cuatro dígitos de un par de zapatos, ni titubeaba en apuntarme a la lista para recibir el último bolso de diseño.

Cafés a los que solía ir con mis amigas para no hacer nada más que hablar de los últimos tratamientos faciales con caviar y de las rupturas más recientes entre los famosos. Amigas a las que les había importado una mierda que dejara a Bardley. Amigas que ni siquiera me habían llamado.

Pasé por la playa Redleaf, una porción preciosa de la línea de costa de Sidney Harbour, en cuya arena había pasado largas horas en más de una ocasión, deseando poder nadar como los nadadores que aprovechaban la piscina que se formaba en marea alta, pero temerosa de mencionar el tema a Bardley por si se reía de mí por querer aprender a nadar tan mayor para superar el miedo al agua.

Apreté con fuerza el volante al atisbar un gran edificio encalado y rodeado de un frondoso jardín. El spa al que solíamos acudir mi madre y yo.

La emoción me atenazó la garganta cuando dirigí la mirada hacia la suntuosa entrada con relieves dorados, y me pregunté qué haría si apareciera a mi madre. Aunque no la vi por ninguna parte, me descubrí aparcando el coche y parando el motor.

Lo que era absurdo, puesto que, aunque la hubiera visto, no habría ido a saludarla. Al menos mientras siguiera royéndome el resentimiento y el dolor porque no se hubiera molestado en contactarme ni una sola vez en doce meses. Aparte de las angustiadas llamadas de teléfono iniciales en las que me suplicaba que reconsiderara la decisión de acabar mi matrimonio.

Llamadas en las que no me había preguntado cómo estaba, o dónde vivía o qué estaba haciendo para mantenerme económicamente, puesto que ya no tenía ingresos ni de Bardley ni de mis padres. Oh, no, en sus llamadas alternaba los esfuerzos por engatusarme con las regañinas

«¿Cómo has podido ser tan tonta, cariño? ¿Cómo es posible que hayas abandonado a tu marido, tu hogar, tus amigos? «¿A quién se le ocurre renunciar a una vida de lujo?». «Has humillado a tu marido y nos has mortificado a nosotros. Vuelve a tu hogar inmediatamente».

Esto último era lo más absurdo, porque yo jamás había creado un hogar con Bardley. O al menos, no uno de verdad. Habíamos sido dos amigos conviviendo en una casa gigantesca. Éramos más bien dos compañeros de piso que ocasionalmente mantenían rutinarias relaciones sexuales.

Claro que solo nosotros sabíamos la verdad. Para nuestra familia y

nuestros amigos, éramos la pareja más afortunada de Australia. Casados jóvenes. La prometedor unión de dos familias de la más alta alcurnia. Una vida glamurosa con todo aquello que el dinero podía comprar, con suficiente fortuna garantizada como para que nuestra descendencia viviera rodeada de lujo.

La farsa mejor urdida de todos los tiempos.

Yo me odiaba por haberla soportado tanto tiempo. Por ser una chica pusilánime y dócil que hacía lo que sus padres querían, incluido casarme con un hombre por el que solo sentía un tibio afecto.

Me dejé llevar por la euforia de tener a un hombre pendiente de mí. Porque eso era lo que Bardley había hecho: cortejarme con la intención decidida de casarse conmigo, tal y como sus padres le habían adoctrinado.

Mientras que él tenía el dinero en mente y aspiraba a una alianza familiar que consolidaría nuestras fortunas, yo confiaba inocentemente en que el matrimonio me proporcionara la pasión que anhelaba.

En lugar de eso, Bardley se transformó en el hombre insípido que siempre había sospechado que era, con una vena cruel que brotó en cuanto me puso la alianza en el dedo. Y yo empecé a desdibujarme, poco a poco, convirtiéndome en una persona sumisa, dispuesta a hacer lo que fuera para no despertar su ira.

¡Qué tonta!

Había sido espantoso ser aquella mujer sin carácter, aquella idiota sin opinión propia. Y al ver a una madre y a una hija salir, inclinando entre sí las cabezas mientras intercambiaban cotilleos, su rubio cabello resplandeciente bajo la luz del sol, me di cuenta en que en realidad no echaba en absoluto de menos mi vida pasada.

No podía comprender que mis padres no se pusieran en contacto conmigo, su absoluto desinterés en mi bienestar una vez había dejado de hacer lo que ellos querían.

Papá siempre había sido distante y estaba ocupado en sus negocios, así que era lo esperable en él. La única vez que me había prestado atención —de hecho, igual que mamá— era cuando hacíamos algo que le apetecía hacer a él. El resto del tiempo manifestaba su descontento conmigo por medio de silencios taciturnos que duraban varios días, con los que pretendía asegurarse de que yo aprendiera desde muy pequeña a hacerle feliz.

Así que no me extrañó que no quisiera saber nada de mí, pero que mamá

también me ignorara... Eso me dolía. Y mucho.

Yo había llamado un par de veces en los seis meses anteriores, en parte para restablecer el contacto y para oír una voz familiar. La doncella había evitado hábilmente pasar mi llamada en ambas ocasiones, así que no llegué a hablar con mis padres.

Ellos no me devolvieron la llamada.

¿Era una estúpida por seguir echándolos de menos? ¿Por asirme a una última brizna de esperanza de que algún día cambiaran de opinión? Quizá sí, pero eran mis padres y por peor que me hubieran tratado, una pequeña parte de mí ansiaba que algún día llegaran a comprenderme.

Una lágrima me cayó en el antebrazo, sobresaltándome. No me había dado cuenta de que estaba llorando. Secándome los ojos con el dorso de la mano, lancé una última mirada de nostalgia hacia el spa antes de arrancar el coche.

Debería de sentirme feliz. La noche anterior me había liberado de mi pasado de una vez por todas. Debería de estar celebrándolo. En cambio, no podía dejar de pensar en cuánto me gustaría poder combinar mi antigua y mi nueva vida.

Al menos la vuelta en coche había servido para algo.

Olvidar a Tanner.

Pero en cuanto volví hacia Le Miel, sabiendo que pronto tendría que enfrentarme a él, pensé que tal vez la nueva vida que tanto había anhelado me sobrepasaba.

Capítulo 12

Tanner

—Quedan pocas existencias de harina, lo mismo que de azúcar y mantequilla. Han entrado un montón de pedidos que están sin registrar. Y el expositor del escaparate parece montado por un bebé. ¿Qué demonios está pasando?

Miré enojado a Abby, enfadado por el brillo de resentimiento que vislumbraba en sus preciosos ojos azules, los mismos que solo dos días antes centelleaban de pasión.

Llevaba azuzándola —solo metafóricamente, una lástima— desde que había llegado, a las siete de la mañana. Pero tenía que seguir haciéndolo; debía mantenerme distante o no podría contener el impulso de tocarla.

Entrar aquella mañana y que clavara en mí sus ojos azules con una mirada de fría indiferencia, como si no hubiera pasado nada entre nosotros, hizo que quisiera inclinarla sobre el mostrador y penetrarla hasta que volviera la dulce y sensual Abby.

Esa era la Abby que me gustaba. La entregada, lasciva y húmeda. La que me deseaba desesperadamente. Pero esa Abby me gustaba más de lo que me convenía, y ese era el problema.

Así que puse cara de póquer y le devolví la expresión de indiferencia. Aunque solo era una pose. Una pose forzada que manteníamos con la esperanza de que no se nos notara a ninguno de los dos.

Había tenido la seguridad de que eso era lo que iba a pasar. Que Abby actuaría como si no hubiera sucedido nada. Desde el instante en que nos conocimos, había querido dejar meridianamente claro que no quería nada conmigo; su desdén había sido palpable. Lo que solo había servido para

tocarme el ego e incrementar mi interés en sacarla de sus casillas.

Era como si jugáramos un juego retorcido. Un tira y afloja. Una batalla de voluntades. Pobre Abby. Yo jamás había renunciado a un reto. Podía ser más testarudo que una mula. Porque había aprendido desde muy pequeño que la única manera de soportar el desprecio de mi padre era devolviéndole indiferencia.

Él no podía soportarlo. Nunca consiguió quebrarme. Nadie podía. Me había vuelto demasiado duro, demasiado cínico, demasiado correoso.

Desde luego, demasiado correoso para alguien como Abby.

Finalmente le haría daño, y eso no podía ser. Por ella, por Remy, incluso por mí.

Aunque no fuera más que un chico grande, Remy no podría superarlo. Pero me odiaría por haberme tirado a su chica de oro, y eso no podía consentirlo. Me daba lo mismo lo que pensarán los demás de mí. Excepto Remy. Su opinión me importaba. Él me importaba. Siempre me había importado. Así que mantendría aquella ridícula farsa por mucho que deseara a Abby.

—Le pediré a Makayla que revise los pedidos y el aparador. En cuanto a las existencias, hoy el envío llega más tarde. A veces pasa —me miró con ojos centelleantes, como si fuera algo que acabara de pisar. Algo viscoso que se le hubiera pegado a la suela de zapato y de lo que no consiguiera librarse por más que lo intentara—. Iré a ver en el almacén. Solemos tener reservas extras para emergencias.

—Bien —mascullé entre dientes, sintiéndome como un ogro mientras la veía alejarse y le miraba el culo.

No podía evitarlo. Recordaba las suaves curvas de sus nalgas. La sensación en las palmas de mis manos al recorrerlas. Cómo gritó cuando le mordí.

Se detuvo en la puerta del almacén y miró hacia atrás por encima del hombro.

Maldición, me pilló mirándola porque no alcé la mirada lo bastante deprisa.

Enarcando una ceja, dijo:

—Si estás de mal humor por culpa de lo que pasó entre nosotros y te sientes incómodo, olvídale —me dedicó una mirada glacial—. Yo ya lo he hecho.

—Mierda —me pasé la mano por el pelo y reprimí el impulso de dar una patada al mostrador más cercano.

Debería de haberla dejado sola para que se le pasara el enfado. Pero eso era lo que sucedía cuando uno nunca se daba por vencido: no habría podido impedir que mis pies la siguieran ni aunque lo hubiera intentado. Y no lo intenté. Quería que se retractara de lo que acababa de decir.

En la misma medida que yo había sido incapaz, Abby tampoco había olvidado nuestro tórrido encuentro. Así que solo podía haber dicho aquello porque se sentía herida.

Y yo no había pretendido hierirla.

Me disculparía por comportarme como un cretino. Suavizaría las cosas para encarrilar la relación laboral. Ese era el plan.

Pero ese plan se hizo añicos en cuanto entré en el almacén y la vi asida a una mesa, con la respiración agitada, los ojos centelleantes y la barbilla alzada en un gesto desafiante.

—Fuera de aquí —gritó. Apretó los puños y golpeó la mesa.

A modo de respuesta, cerré la puerta de una patada. La cerré con llave.

—No te atrevas a acercarte —dijo, permaneciendo completamente inmóvil mientras yo avanzaba hacia ella. Cuando me aproximé, se cuadró de hombros y me miró con desdén. Ni siquiera parpadeó cuando me quedé a unos centímetros de ella—. Eres un maleducado, un idiota y un malhumorado...

Mi boca atrapó la suya. Nuestros dientes entrechocaron, nuestras narices se golpearon. Fue un beso desastroso para un hombre con experiencia, pero me dio lo mismo. Solo me importaba poder saborear de nuevo la dulzura de su boca. Enlazar mi lengua con la suya. Explorar los recovecos de su boca como si quisiera aprendérmela de memoria.

Sus manos se asieron a mi camisa para que me acercara a ella. Tiró del algodón, buscando la piel.

Yo entendía muy bien cómo se sentía.

En mi apartamento, dos noches atrás, había venerado su cuerpo. Me había tomado mi tiempo. La pausada exploración se había quedado grabada en mi cerebro. Cada hueco, cada curva. Cada punto de cosquillas. Cada milímetro erógeno que hubiera lamido, acariciado o frotado hasta hacerle enloquecer de placer.

En aquel momento, no había tiempo para delicadezas.

—Date prisa —gimió en mi oído, mordisqueándome el lóbulo de la oreja antes de recorrer mi barbilla con la lengua hacia mis labios.

La Abby sensual había vuelto y yo estaba estático.

Le bajé la cremallera. Luego las bragas. Y deslicé el dedo en la húmeda calidez de su sexo.

—Más —musitó ella. Y yo obedecí encantado.

Saqué un preservativo de mi cartera, me bajé la bragueta y me enfundé en un tiempo récord.

Quería estar dentro de ella. Ya.

Como tenía las bragas en los tobillos no pude abrirle las piernas, así que le di hice girarse y la incliné sobre la mesa.

Dejando expuesto su precioso culo.

—Te gusta hacerlo por detrás, ¿verdad que sí? —deslicé la mano hacia adelante para separarle los pliegues y acariciarle el clítoris—. La otra noche lo hicimos así dos veces.

—Hablas demasiado —me miró por encima del hombro con ojos centelleantes de pasión, provocándome.

La penetré de un solo empuje que le hizo ahogar un gemido.

—¿Mejor? —susurré, inclinándome hacia adelante para ajustar aún más nuestras posiciones.

Como respuesta ella gimió y movió el trasero.

¿Quería más? Se lo daría.

Me deslicé dentro y fuera. Primero despacio. Quería hacerla enloquecer hasta el punto que ella me enloquecía a mí. Pero no pude aguantar. Y menos cuando llevaba dos días fantaseando con aquello. Menos aún cuando la sensación de estar en su interior era todavía mejor de lo que recordaba.

Mi polla palpitaba con cada embate, la presión iba aumentando, y con el dedo aceleré los movimientos circulares en su clítoris hasta que Abby empujó con tanta fuerza contra mí como yo contra ella.

—Es fabuloso... —se tensó un instante antes emitir un prolongado gemido de placer al tiempo que su chochito se contraía en torno a mí.

Me corrí con tal intensidad que vi puntos negros.

Ella volvió a mirarme, pero en esa ocasión con una sonrisa burlona. Saciada. Yo sabía bien cómo se sentía.

—Espero que esto te ponga de mejor humor —dijo, irguiéndose lo bastante como para que yo tuviera que salirme y ocuparme del condón.

—No deberíamos haber hecho esto.

Supe que había sido un comentario inapropiado cuando su rostro se ensombreció, aunque disimulara al instante con una sonrisa falsa que yo

empezaba a odiar.

—No deberíamos hacer muchas cosas que son malas para nosotros, como comer los restos de los cruasanes, pero lo hacemos de todas formas.

Imprimió un tono de descaro al comentario, pero yo percibí dolor en sus palabras.

Maldición, lo había hecho otra vez. La había herido, cuando era lo último que quería hacer.

—Escucha, tenemos que hablar de esto...

—Que yo sepa, apenas hemos hablado. Eso era exactamente lo que quería —se subió los pantalones y la cremallera, elegante y digna, todo lo contrario de cómo me sentí yo al hacer el mismo gesto—. No tenemos que hablar de nada.

Dio media vuelta y yo le tomé la mano y tiré de ella para que se volviera hacia mí.

—He manejado esto mal y lo siento. Pero tenemos que encontrar una solución, Abby, o vamos a pasar unas semanas muy difíciles.

Me admiró que me mirara fijamente, intentando obligarme a que bajara la mirada.

—¿Qué es lo que lamentas exactamente? ¿Ser un gilipollas o no ser capaz de mantener las manos alejadas de mí?

Fue un buen golpe. Me gustó. Me gustaban los disparos directos.

—Las dos cosas.

Me alivió ver que sus labios esbozaban una sonrisa. Unos labios cuyas habilidades había experimentado dos noches antes, y bastó recordarlas para que volviera a empalmarme y a estar listo para una nueva ronda.

—No tienes que disculparte por el... sexo —joder, cuando se ruborizaba resultaba encantadora—. Lo he querido yo. De hecho, creo que deberíamos de seguir haciéndolo.

—¿Perdona?

Hubiera jurado que acababa de decir que debíamos seguir teniendo sexo. La idea era atractiva desde el punto de vista práctico, pero desde el teórico, era un error.

—Un rollo. Nada duradero. Sin ataduras —se soltó de mi mano antes de que yo pudiera reaccionar—. Me sentará bien. Conseguiré que me libere de mi pasado.

La indignación hizo que apretara los dientes. Así que eso era yo. Una

solución follable para acabar con su abstinencia de un año. Debería de haberme sentido halagado, y sin embargo, solo podía pensar en que de pequeño no servía para nada y que de mayor solo servía para un rollo pasajero.

Era el sueño de cualquier hombre, que una mujer expresara su deseo de tener sexo sin ataduras. Pero en la realidad, ¿cuántas veces salía bien? Las mujeres tendían a querer más. Más sentimientos. Más compromiso. Más. Pero Abby parecía diferente. Me había tratado con indiferencia, había estado concentrada en el trabajo. Como si le importara un bledo que yo estuviera decidido a mantenerla a distancia.

Así que quizá hablaba en serio cuando sugería un *affaire* sin ataduras. Debería de estar loco de felicidad. Sin embargo, no podía evitar sentir que, una vez más, no estaba a la altura.

—¿Quieres darte un paseo por el lado salvaje? ¿Coquetear con las clases bajas antes de volver a tu mundo?

Pareció sentirse culpable, pero acabó por negar con la cabeza.

—Somos diferentes, así que sí, parte del atractivo es ese toque de chico malo que tienes. Me gusta —se había ruborizado de nuevo; tenía las mejillas teñidas de un vivo rosa—. No tenía ni idea de que el sexo pudiera ser tan bueno, así que puede que sea cuestión de codicia, pero quiero más.

Se acercó a mí con gesto desafiante y, colocando una mano en mi pecho, añadió:

—Mucho más.

Apreté los dientes para reprimir el impulso de volver a inclinarla sobre la mesa.

—Solo sexo. ¿Sin líos ni complicaciones?

—No me gustan ni los líos ni las complicaciones —señaló alrededor con la mano—. Este sitio es mi vida. Quiero terminar mi formación, conseguir el título, adquirir tanta experiencia como pueda con tu hermano, ahorrar obsesivamente con la esperanza de llegar a tener mi propia pastelería algún día. Así que ¿tú y yo...? Somos un beneficio colateral con el que no había contado, pero que no voy a permitir que interfiera en mis planes.

—Me parece bien.

Abby había dado la explicación precisa. Palabra por palabra. Pero cuando llegara el fin, ¿se iría con la misma actitud?

—¿Y Remy?

Me miró desconcertada.

—¿Qué pasa con Remy?

—Mi hermano me va a romper las pelotas por liarme contigo.

—¿Tiene que saberlo?

—Nosotros no nos ocultamos nada. Remy siempre me ha apoyado. Estoy en deuda con él.

Mierda, ¿por qué se me habría escapado aquello? Debía mantener las distancias. El sexo era algo con lo que sabía manejar, pero había algo en Abby que conseguía reptar por debajo de mis defensas y que me movía a hacerle confidencias. Lo que era desconcertante, puesto que jamás había contado la verdad, ni siquiera a Remy.

Ese era otro de los efectos secundarios de haber tenido que soportar a papá tanto tiempo: me sentía avergonzado. Avergonzado de cómo era cuando él estaba cerca, avergonzado por haber aguantado tantos años su mierda; avergonzado porque alguien descubriera alguna vez hasta qué punto había sido un cobarde.

—Admiro tu lealtad —ladeó la cabeza, estudiándome con la penetradora mirada con la que casi conseguía amedrentarme—. Las familias deberían de permanecer siempre unidas.

El leve temblor en su voz, subrayado por una buena dosis de vulnerabilidad, me atravesó.

—¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—No —un monosílabo cargado de mudo dolor.

—De ahí las enormes expectativas que mis padres depositaron en mí. Lo que también explica que rompieran conmigo la primera y única ocasión en la que actué en contra de sus deseos —su risa seca careció de todo humor—. Les dio lo mismo que no quisiera una fiesta de princesa a los diez años. O un baile formal a los dieciséis. O hacer la carrera de empresariales —se le aceleró la respiración—. O casarme cuando tenía veintiún años con alguien que solo era un amigo. Siempre hice lo que me mandaban. Lo que esperaban de mí. Hasta que me marché —carraspeó y concluyó—: Me da envidia que estés tan unido a Remy.

—No deberías envidiarme —dije, sonando enfadado—. Remy y yo estamos unidos por necesidad.

Sus ojos centellearon con curiosidad.

—¿Qué quiere decir eso?

Mierda. Ya lo había hecho de nuevo: había dicho demasiado.

—Nada —miré la hora con gran aspaviento—. Tenemos que volver al trabajo.

Cualquier otra mujer me habría bombardeado a preguntas. Afortunadamente, Abby tenía más clase.

—Tienes razón —vaciló y sonrió con una timidez que hizo que algo vibrara en mi pecho—. Cuando acabemos, ¿querrás venir a mi apartamento? Hago unos *fetuccini* carbonara para chuparse los dedos.

Debería de haber dicho que no. Porque Abby no me estaba invitando solamente a pasta, y los dos lo sabíamos. Pero había sido completamente honesta al decir lo que quería, y había presentado las condiciones del trato sin tapujos. Teniendo en cuenta que me había comportado todo el día como un imbécil, intentado lidiar con mi desbocado deseo por ella sabiendo que no podía poseerla, tenía más sentido que aceptara un acuerdo adulto como el que ella me ofrecía a enfrentarme a varias semanas cargadas de frustración.

—Tengo debilidad por la pasta —di un paso hacia ella y posé la mano en su cintura. Con el pulgar le acaricié la franja de piel entre la camisa y los pantalones—. Y por ti.

—Bien. Me alegro de que hayamos aclarado las cosas —me besó en la mejilla, un gesto que encontré desconcertantemente tierno y que hizo que sintiera de nuevo una presión en el pecho.

Cuando abrí la puerta y la seguí hacia la cocina, tuve la certeza de que la situación entre nosotros estaba lejos de estar aclarada.

Y eso me acojonaba.

Capítulo 13

Abby

Era una locura.

Era lo que quería.

Lo había pedido.

Pero mientras me afanaba en la cocina para que la pasta quedara al dente, rallaba parmesano y abría una botella de Riesling, sabía que por más que actuara con indiferencia ante la inminente visita de un hombre guapísimo a mi apartamento, por dentro estaba hecha un flan.

Tanner había accedido a tener un rollo.

Mis ovarios seguían saltando de alegría todavía dos horas después. Además, había dejado escapar algunos detalles de su pasado, lo que había hecho que yo dejara de verlo exclusivamente como un magnífico trozo de carne para considerarlo un hombre con alma.

Bueno, quizá eso sonaba superficial. Ya sabía que debajo de aquella superficie llena de tatuajes había capas más profundas, pero cuando me dijo que Remy y él estaban unidos por necesidad... el dolor que había teñido su voz me había emocionado.

Había querido abrazarlo, ofrecerle un consuelo que no tenía derecho a darle. Pero había atisbado en sus ojos la batalla interna que libraba, una especie de agonía íntima que yo no podía llegar a comprender. Así que cambié de tema. Volvimos al trabajo y me fui treinta minutos antes de la hora de cierre para poder ducharme y preparar la cena.

Yo no había tenido citas de adolescente. Bardley había sido el primero en todo: mi primer novio, mi primer amante, la primera persona con quien viví. Él no valoraba mi cocina, siempre se reía de mi «tendencia hogareña».

Prefería comer en los restaurantes de moda de Sídney o pedir sofisticados cáterin. Así que después de la primera semana de matrimonio yo había abandonado la cocina y, como consecuencia, me había ido deprimiendo.

Nunca había experimentado el placer de cocinar para un hombre que me gustara, un hombre que prefiriera tomarme a mí de postre antes que las tartaletas de limón que había subido de la pastelería. De hecho, mientras ponía la pasta en una fuente y la rodeaba de ensalada y parmesano, me pregunté si llegaríamos a acabar el plato principal.

Lo que había pasado en el almacén... explicaba por qué le había propuesto un *affaire*. Habíamos estado evitándonos todo el día y estaba segura de que su mal humor tenía más que ver con su empeño en mantenerse alejado de mí que con cualquier otra razón.

Así que lo reté, confiando en que picara el anzuelo. Porque trabajar junto a Tanner después de la tórrida noche que habíamos pasado juntos era una pura tortura. Que me rozara al pasar a mi lado, aspirar su perfume cítrico, percibir el calor que irradiaba de él, observar sus fuertes manos mientras intentaba cerrar una puerta de horno defectuosa... Había sido consciente de su presencia cada minuto del día.

Y lo había deseado como no había deseado nada en toda mi vida.

Nunca había sido del tipo de personas que deseaban cosas. Supongo que esa era la consecuencia haber tenido todo servido en bandeja de plata desde pequeña. Había asumido que eso era lo normal, ser mimada y consentida aun sin pedirlo. Así que desear a Tanner con cada célula de mi cuerpo era una novedad, y había lidiado con ella lo mejor que pude: concentrándome en el trabajo y cocinando como una obsesa. Preparando todos los pedidos de día y más; desbordando las bandejas del escaparte con mis personales cruasanes de almendra, *bugnes* y *chaussons aux pommes*.

Como de costumbre, lo habíamos vendido todo. Casi nunca podíamos atender la demanda, pero aquel día solo dos clientes se fueron sin cruasanes, en lugar de los treinta habituales.

Estaba encantada de lo bien que había ido el día a pesar de la ausencia de Remy, cuando Tanner me había provocado buscando pelea. Y la había encontrado. Sabía que no se achantaría y que me seguiría al almacén. Donde había explotado. El recuerdo me aceleraba las pulsaciones y tenía que apretarme con la mano entre las piernas para frenar las continuas palpitaciones. No servía de nada y estaba segura de que, cuando Tanner

llamara a la puerta, probablemente me lanzaría sobre él.

Eso era lo que pasaba cuando se había tenido sexo mediocre y escaso. Experimentar el de verdad, te convertía en insaciable. Lo habíamos hecho cinco veces la noche que habíamos pasado juntos; y una aquel día. Sin embargo, solo era capaz de pensar en tenerlo dentro de mí. Fantaseaba con la siguiente vez. Y con la siguiente.

Me había transformado en un hombre.

Una llamada fuerte a la puerta me sobresaltó y me puso las manos sudorosas. Me las sequé en el sencillo vestido de algodón que llevaba puesto, flexioné los dedos y sacudí los brazos. Como un boxeador calentando para un extenuante combate.

La expectativa hizo que mi cuerpo temblara mientras iba hacia la puerta pausadamente. Como si hacerme la difícil fuera a servir de algo...

Cuando abrí, me quedé sin habla. Tanner se había quitado la camisa de manga larga que había llevado todo el día y vestía una camiseta blanca ceñida que permitía apreciar cada músculo de su torso. Podía incluso ver los trazos más tenues de sus tatuajes, unos tatuajes que no había llegado a explorar del todo y cuyos más mínimos detalles quería llegar a aprenderme. Sus hombros estiraban el algodón y, con las manos metidas en los bolsillos, sus bíceps se abultaban atractivamente.

Me esforcé por no quedarme mirándolo fijamente. Era de mala educación. Pero cuando posé la mirada primero en sus hombros y la fui deslizado hacia abajo, ya no pude apartar la vista. Al llegar a los bolsillos del pantalón, vi el considerable abultamiento entre ellos y se me secó la boca.

Tragué saliva a la vez que intenté pensar en algo ingenioso para decir, algo que no fuera: «Tómame ahora mismo».

—Algo huele bien —dijo, dando un paso adelante y ocupando el umbral de la puerta mientras que yo solo podía pensar en que ocupara mi interior. Se inclinó y me besó la mejilla—. La pasta también.

—Adelante —dije con voz quebradiza. Tanner entró y cerré la puerta—. Espero que estés hambriento.

—Famélico.

Una única palabra emitida en un tono cavernoso que me puso el vello de punta y la carne de gallina.

Apoyé la espalda en la puerta al tiempo que él colocaba los brazos a ambos lados de mí, atrapándome. Como si yo hubiera querido moverme aunque

podiera... Me miró fijamente con sus negros ojos refulgentes y en ese instante supe que tendría que recalentar la cena.

—Yo también —dije con voz aguda antes de lanzarme sobre él.

Riéndose, se tambaleó hacia atrás. Me dio lo mismo. Literalmente, intenté trepar sobre él, enlazando una pierna a su cintura y sujetándome a sus hombros. Lo necesitaba. Lo deseaba. Desesperadamente.

Sin dejar de reír, me sujetó por la cintura.

—¿No vamos a comer primero?

—Claro —musité, mordiéndole el lóbulo de la oreja para mostrarle cuál sería mi aperitivo. Él. Cada uno de sus deliciosos centímetros.

Gimió quedamente y yo, envalentonada, me pregunté qué otra partes podría devorar. Mientras que Tanner me lo había comido varias maravillosas veces la otra noche, yo no me había aproximado a él con la boca, excepto por un par de lametones tentativos por temor a lo grande que me resultaba en la mano.

Pero aquella noche era yo quien iba a apoderarse de lo que quisiera.

Lo quería a él.

Le hice ocupar mi posición y lo empujé contra la puerta. Le saqué la camiseta de los pantalones. Se los desabroché y le bajé la cremallera. Me agaché hasta arrodillarme a sus pies.

—¿Qué estás haciendo? —dijo en un gruñido apenas audible, posando una mano sobre mi cabeza.

—Tomando un aperitivo —le dediqué una sonrisa, esforzándome en que resultara pícaro para fingirme segura cuando en realidad era la primera vez que hacía una mamada.

A Bardley el sexo oral le parecía de mal gusto, así que nunca lo habíamos practicado. Me alegré. Así convertía en aun más especial hacérselo a un hombre que me gustaba.

—Nena, me estás matando —dijo con los ojos vidriosos, observando cómo lo liberaba de los calzoncillos.

La tomé, grande y endurecida, en la mano y la acaricié, desde la base hasta el extremo. Me incliné para chupar la punta, asombrada por su tamaño al verla de tan cerca. Sintiéndome totalmente fuera de mi elemento.

—Solo para que lo sepas: es la primera vez que hago esto.

Los dedos de Tanner tiraron de mi cabello y yo hice una mueca.

—Qué dem...

—Así que puede que no lo haga demasiado bien.

Tanner juró entre dientes.

—Abby, cada vez que me tocas me pones a cien, así que, haz lo que hagas, cariño, va a ser espectacular.

Envalentonada por la confianza que tenía en mí, le rodeé el capullo con los labios y succioné suavemente. Tanner volvió a jurar. Relajando los labios, le lamí. Describí movimientos circulares con la lengua. Saboreé la suave piel aterciopelada que cubría el acero, aspiré el tenue sabor a almizcle. No podía metérmelo entero en la boca porque era demasiado grande, pero fui deslizándolo la boca arriba y abajo, chupando, y empecé a adquirir cierta soltura. Si los jadeos de Tanner eran indicio de algo, estaba disfrutándolo.

—Nena, necesito estar dentro de ti. Necesité... follarte —me agarró el cabello con fuerza al tiempo que yo aceleraba el tempo.

Se corrió con un profundo gemido que me hizo sentir como una diosa de la sensualidad.

Nunca había entendido los artículos que había leído en las revistas donde las mujeres hablaban entusiasmadas del poder que ejercían sobre los hombres en el dormitorio. Para mí, arrodillarse delante de un hombre para darle placer con la boca tenía más que ver con la sumisión. Pero hacérselo a Tanner me hizo sentir bien en un sentido que no había anticipado: si podía conseguir que a un hombre le flaquearan las rodillas, podría hacer cualquier cosa.

Cuando me puse en pie, Tanner me miró como si le hubiera hecho el mejor regalo posible.

—Nada mal para una novata, ¿eh? —no conseguía quitarme de los labios una sonrisa burlona.

—¿Nada mal? —Tanner tiró de mí para estrecharme contra su pecho—. Eres fabulosa.

No sé cuánto tiempo permanecimos así, yo con el rostro pegado a su pecho, aspirando su adictivo aroma; él, estrechándome con fuerza. Pero cuanto más tiempo pasó, más difuso se hizo para mí el límite entre un rollo puramente físico y otra cosa. No tenía demasiada experiencia con los hombres. No sabía si aquello era normal o no. Pero la forma en la que Tanner me estaba abrazando, como si no quisiera dejarme ir, me hizo sentir... especial.

Ese era un sentimiento muy peligroso cuando implicaba a un hombre.

Sabía que solo nos unía una atracción mutua. Dos personas que coincidían

en el momento oportuno para apagar su sed.

Pero por un instante, acurrucada en sus brazos, me resultó imposible no desear algo más.

Capítulo 14

Tanner

—Está es sin la menor duda la mejor pasta que he comido en mi vida — aparté el plato con un suspiro de satisfacción—. Eres una cocinera fantástica.

Abby se ruborizó.

—Eso se lo dirás a todas.

—Solo a las que me proporcionan un inmenso placer con la boca antes de servirme una comida como esta.

Se ruborizó aún más intensamente, pero sus ojos brillaron con un destello triunfal.

—Me alegro de que te haya gustado —dijo en tono modoso, pero con un reflejo de picardía en sus ojos grandes y azules con el que me indicó que no se refería solo a la pasta.

Me encantaba aquella faceta de su personalidad. Osada y segura de sí misma. Provocativa y vacilona. La que daba rienda suelta a una sensualidad que me daba la impresión de haber practicado raramente.

Pensar que había sido el primer cabrón lo bastante afortunado como para recibir su primera mamada... ¿Qué clase de tarado había sido su marido? ¿Un eunuco? ¿Cómo era posible que no hubiera querido experimentarlo todo con aquella increíble mujer?

Por mi parte, eso era lo que quería. Y lo tendría. Iba a guiarla por una travesía erótica que jamás olvidaría.

Había querido comérselo en la misma puerta, devolverle el favor. Pero ella había anunciando que la comida iba a enfriarse y que tendríamos todo el tiempo del mundo más tarde. Accedí porque contribuía a intensificar lo que estaba por venir. Y porque tenía la mente en blanco por el impacto de

haberme corrido en su boca. Me había pasado la cena empalmado y aunque no mentí cuando dije que era la mejor pasta que había tomado en mi vida, estaba ansioso por comérmela a ella.

—¿Has hablado hoy con Remy?

Eso bastó para que mi libido se apagara.

—Sí, los médicos están contentos con cómo evoluciona, pero está ansioso por volver al trabajo.

—Lo más seguro es que no se fie de nosotros —dijo, sonriendo maliciosamente—. Teniendo en cuenta a lo que nos hemos dedicado, no me extraña.

—Voy a ir a visitarlo mañana.

Después de lo que había pasado en el almacén, había decidido contárselo. Podía mentir a cualquier persona menos a Remy.

Sin embargo, lo había hecho la mayor parte de mi vida. Mientras mamá vivió, ella había amortiguado entre papá y yo, pero cuando ella murió, no tuve más remedio que mentir a Remy en las escasas ocasiones que nos veíamos en casa.

Recordaba aquellas noches con nitidez, cuando volvía tarde después de haber hecho horas extra en la panadería y tenía una montaña de deberes para hacer. Me preguntaba qué tal me había ido el día, si me iba bien en el colegio, luego picaba algo y se iba su cuarto. Siempre se creía la mentira de que no tenía problemas. Si intuía que pasaba algo, probablemente lo atribuía a que yo echaba de menos a mamá.

Jamás sospechó la espantosa realidad y yo no se la dejé saber. Remy era un gran tipo y no quería que se sintiera mal, ni siquiera cuando el viejo cabrón la palmó, haciéndonos a todos un favor.

Algo en mi tono debió alertar a Abby de mis pensamientos sombríos, porque se puso seria.

—¿Vas a contarle lo nuestro?

Me mordí la lengua para no responder: «no hay un «lo nuestro»», porque la habría herido profundamente.

Asentí con la cabeza.

—Si me pregunta por ti, que lo hará, y me mira a la cara, lo adivinará —entrelacé los dedos sobre el regazo para dejar de toquetear nerviosamente el borde del mantel—. Por si no lo has notado, se me pone cara de tonto en todo lo referente a ti.

Una sonrisa suavizó sus comisuras, que se habían tensado por la inquietud.

—¿Eres consciente de que somos dos adultos y de que lo que hagamos en nuestro tiempo libre no es de su incumbencia?

—Lo sé. Pero no quiero ocultarle algo tan importante.

Maldición, ese había sido el comentario equivocado, porque Abby podía interpretarlo como que nuestra relación era importante, cuando de hecho me refería a que el que nos hubiéramos liado, teniendo en cuenta que éramos su hermano y su pupila, tenía importancia para Remy. Porque eso era a lo que me refería, ¿no?

Afortunadamente, Abby no dijo nada al respecto.

—Si estáis tan unidos ¿cómo es que apenas has venido por aquí en todo el año?

—Viajo mucho por trabajo. Actuar como asesor para dueños de locales distribuidos por todo el mundo lleva mucho tiempo.

Era una respuesta vaga y los dos lo sabíamos.

—Si necesitas decírselo, díselo —dijo, encogiéndose de hombros—. Siempre que no intente interferir cuando terminemos.

Yo sabía que teníamos fecha de caducidad. Entonces ¿por qué se me atragantó la pasta en el pecho, indigestándome?

Me separé un poco de la mesa, reprimiendo el impulso de echarme atrás cuando todavía estaba a tiempo.

—No tiene por qué opinar, y como has dicho, los dos estamos en esto como adultos, así que el final no tiene por qué complicarse —concluí.

No me creí su forzada y luminosa sonrisa ni por un instante. Los dos nos engañábamos. Por más veces que dijéramos que aquello era puramente físico y que el final sería limpio y claro, cuanto más tiempo pasáramos juntos, mayor sería el riesgo de que surgieran problemas.

Lo mejor que podía hacer era acabar en ese mismo momento. Escapar antes de que Abby se convirtiera en algo más que un rollo.

Pero en ese instante se puso en pie y, tendiéndome la mano, preguntó:

—¿Listo para el postre?

—¿Te refieres a esas tartaletas de limón que he visto en la encimera o a otra cosa?

Sus labios se curvaron con picardía.

—Pensaba que las tartaletas sabrían mejor más tarde —hizo una pausa teatral e, inclinándose hacia adelante, murmuró—: En la cama.

Me levanté tan precipitadamente que la silla golpeó la pared.

—Cuando nos conocimos, pensé que eras una remilgada niña bien que jugaba a ser pastelera.

Enarcó una ceja.

—Y yo que tú eras un playboy egoísta y arrogante que solo pensaba en sí mismo. ¿Qué quieres decir?

—Que puede que seas una princesa jugando a repostera, pero que no tienes nada de remilgada —la recorrí con mirada lasciva—. Y eres excepcional en la cama.

—Lo mismo digo —dijo, alzando el rostro con el gesto altivo que había conformado mi primera opinión de ella—. ¿Te animas a venir a la cama conmigo para ver si somos excepcionales juntos?

No me había resistido apenas. Solo una resistencia simbólica. Pero la ocasión de retirarme de lo que fuera que había entre nosotros había pasado hacía mucho tiempo. Lo que sucediera desde ese momento, era de mi absoluta responsabilidad.

Porque la decisión dependía de mí.

Yo lo sabía; Abby lo sabía.

Ella había sido sincera desde el principio, catalogándome como un instrumento para purgar su pasado. Pero yo no había actuado de la misma forma.

Porque Abby era mucho más que puro sexo para mí.

La estaba utilizando. En un sentido que haría que no quisiera volver a saber nada de mí si llegaba a enterarse.

—No me dejes colgada ahora, mal chico —se acercó sensualmente, enganchó el dedo en la cintura de mi pantalón y tiró de él—. Sea lo que sea que estás pensando, olvídale. No vamos a implicarnos emocionalmente, así que déjate de dudas, o de sentirte culpable o de lo que sea que estés haciendo, y ven a enseñarme tu precioso cuerpo.

Exhalé lentamente, liberándome de la tensión que se me acumulaba en los hombros.

—Nunca hubiera imaginado que te gustaran los tatuajes.

—Son increíbles —dijo, quitándose la camiseta y tirándola a un lado—. Podría pasarme horas estudiándolos.

Permanecí inmóvil mientras recorría mi piel con las yemas de los dedos, explorando, deteniéndose, igual que había hecho la primera noche en la sala

privada del club. Como entonces, el deseo me cegó.

No comprendía qué me pasaba. Abby era preciosa, pero yo había salido con mujeres espectaculares. Era inexperta, cuando algunos de mis ligues habían sido máquinas sexuales que conocían a la perfección la anatomía masculina.

Pero había algo en ella que me afectaba profundamente, como no me había afectado ninguna otra mujer.

—¿Cuál es tu favorito? —se me puso la carne de gallina cuando detuvo los dedos sobre el trébol de cuatro hojas de mi omóplato izquierdo y lo lamio.

—Este.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que lo veo, me da suerte.

Me reí al tiempo que ella, inesperadamente, me abrazó desde detrás.

—Me encanta que dejes de fruncir el ceño.

—¿Lo frunzo mucho?

—Casi todo el tiempo —dijo, abanicándome la espalda con su aliento—. Hace que parezcas temible cuando en realidad eres un gatito.

—¿Quién dice eso?

—Yo —me soltó y caminó hacia delante de mí con un brillo travieso en la mirada—. Y ya es hora de que me hagas ronronear.

No necesité que lo dijera dos veces. Pillándola de sorpresa, la tomé en brazos y dio un grito. Se abrazó a mi cuello. Me mordisqueó el hombro. Mordiscos placenteros que estaban al límite del dolor, lo que acentuaba la fina línea por la que caminábamos.

Lo que estábamos haciendo nos hacía sentir bien pero, si las cosas se torcían, podía llegar a convertirse en una pesadilla.

Empujé la puerta de su dormitorio para abrirla, entré y deposité a Abby en la cama delicadamente. ¿Quería ronronear? Me aseguraría de que lo hiciera.

—¿Cómo sabías que este era el dormitorio?

—Pasé aquí una noche durmiendo la mona —me quité los pantalones y los calzoncillos y me puse un condón.

Una vez más, me sorprendió que no manifestara ninguna curiosidad. Había supuesto que preguntaría por qué me había quedado allí; por qué había aparecido borracho en la pastelería. Pero no dijo palabra. Se limitó a flexionar el dedo hacia mí al tiempo que retrepaba en la cama hasta reclinarse en las almohadas.

—Eres el hombre más hermoso que haya visto en mi vida —se acomodó, colocando las manos tras la nuca y observándome con descarada fascinación—. Podría mirarte toda la noche.

Cuanto más me contemplaba con aquella adoración desinhibida, mejor me sentía. Como si fuera capaz de matar dragones por ella. Como si pudiera llegar a ser el tipo de hombre que ella se merecía. Pero eso eran chorradas y en cuanto lo pensé, supe que tenía que hacer añicos esa fantasía. Porque no era más que eso. Algo que podía tener la apariencia de ser maravilloso, pero que era irreal. Yo no era el hombre adecuado para Abby, por mucho que, durante un breve instante, lo deseara intensamente.

—Y yo podría follarte toda la noche.

Si mi crudeza le molestó, no lo demostró. Permaneció echada, con una sonrisa bailándole en los labios mientras su inquisitiva mirada se deslizaba desde mi pecho por mi vientre hasta mi polla.

—Si es así, ¿a qué estás esperando?

Empecé por sus pies. Le masajee las plantas. Le tiré de los dedos. Fui subiendo hacia sus tobillos con suaves caricias que le hicieron suspirar de gusto y retorcerse como una culebra. Sujetándole los tobillos, tiré de ella hacia abajo y le abrí las piernas.

No llevaba bragas.

—¡Qué detalle! —gateé sobre la cama hacia ella y le subí la falda del vestido, exponiendo su desnudez a mis ojos.

Pliegues húmedos, lubricados por la magnitud del deseo que sentía por mí. El sentimiento era plenamente mutuo.

—Me encanta que me mires —musitó Abby, retorciéndose cuando deslicé un dedo en su interior—. Haces que me sienta hermosa.

—Porque lo eres, cariño.

Metí otro dedo al tiempo que con el pulgar le buscaba el clítoris y describía círculos lentos sin dejar de observar las expresiones cambiantes de su rostro, entre el éxtasis y el asombro, que hacían que sus ojos brillaran y su boca se abriera, relajada.

Manteniendo el contacto visual, bajé la cabeza para saborearla. A Abby le encantaba, y proporcionarle placer, fuera de la clase que fuera, se había convertido en mi prioridad.

Gocé de sus gemidos mientras yo pasaba la lengua por su clítoris, entre sus pliegues, repitiendo el movimiento una y otra vez hasta que empezó a jadear

y arquearse contra mí.

—Ahora —suavizó la orden con un apenas audible—: Por favor.

—Tus deseos son órdenes —dije, intensificando los movimientos de mi lengua.

Se corrió violentamente, alzando las caderas de la cama al tiempo que gritaba mi nombre.

—Menos mal que la pastelería ha cerrado hace una hora o los clientes estarían haciendo cola a la puerta para comprar lo mismo que tú has comido —subí hasta echarme a su lado y le bajé los tirantes del vestido de los hombros—. Podrías bautizar tu próxima creación como Orgasmo Sonoro.

Masculló algo ininteligible mientras yo le quitaba el vestido y lo echaba a un lado, dejándola completamente desnuda. Completamente hermosa.

—¿Qué dices? ¿Que ya quieres otro? —dibujé lentamente un círculo alrededor de un pezón antes de pellizcarlo cuando se endureció—. Está bien, si eso es lo que quieres...

—Te quiero dentro —me sujetó la mano, intentando trasmitirme un mensaje con la mirada que no llegué a comprender.

Se parecía mucho a gratitud mezclada con otra cosa, algo que no quise descifrar por si me acojonaba. Más de lo que ya lo estaba.

—Hecho —dije, poniéndome el preservativo y haciendo que se girara sobre el costado para que estuviéramos frente a frente—. Me gustan las mujeres que saben lo que quieren y que se atreven a pedirlo.

—Y a mí me gustas tú —musitó, enganchando una pierna a mi cadera y acercándose—. Cada centímetro de ti.

Sin dejar de mirarla, me deslicé dentro de ella de un solo movimiento, y Abby suspiró a la vez que la pasión hacia brillar las motas verdes de sus ojos.

Estaba tan prieta, encajaba en ella tan bien, que supe que jamás olvidaría aquel momento. Jamás olvidaría a Abby.

Debía desviar la mirada, tenía que impedir que leyera en mi alma, pero mientras nos mecíamos lenta, sensualmente, fui incapaz de apartar la vista de ella.

No hablamos. No susurramos obscenidades. No pedimos nada transgresor. Solo nos concentramos en el sonido de nuestra lenta respiración mientras nos fundíamos en uno.

Con una lentitud exquisita. Exhalaciones de puro placer.

Lentos y profundos embates que me hacían perder el sentido y anhelar

más.

Cuando las primeras contracciones de su orgasmo se cerraron en torno a mí, cambié el ángulo de mis caderas levemente, hundiéndome en ella con tanta fuerza que nuestras cabezas entrecucharon.

—Oh, mierda... —Abby se corrió con un profundo gemido, el sonido más sexy que hubiera oído en mi vida. Se me endurecieron los huevos y la seguí un segundo después. Con el cuerpo en tensión. La mente en blanco. Asombrado por la intensidad y la ferocidad con la que quería volver a repetir en cuanto fuera humanamente posible.

—Yo más bien diría que es el paraíso —dije, sorprendiéndome al darme cuenta de que seguíamos mirándonos. Y en ese momento lo tuve claro.

Lo que acabábamos de hacer no era solo sexo.

Habíamos dado un paso más allá.

La intimidad, el contacto visual, el anhelo de permanecer en su interior. Todo ello conducía a la misma conclusión.

Problemas.

Capítulo 15

Abby

Normalmente empezaba a hornear a las seis de la mañana.

Aquel día empecé a las cinco.

Cuando me desperté a las cuatro, Tanner roncaba suavemente y tuve la oportunidad de observarlo a mi antojo. El Tanner dormido no tenía nada que ver con el Tanner despierto.

Dormido, sus facciones se suavizaban y parecía más joven. Despierto, la tensión se acumulaba en sus labios y en los músculos de su cuello. Dormido, esbozaba una sonrisa, y su cabeza descansaba completamente relajada sobre la almohada.

No pude evitar preguntarme si siempre habría estado tan tenso o si le habría pasado algo para que pareciera estar alerta todo el tiempo.

Había dejado caer otro comentario respecto a su infancia y a su relación con Remy, y lamenté que este no me hubiera contado más cosas de su hermano pequeño.

Apenas sabía nada de Tanner King, y hasta entonces no me había importado. Disfrutar de un sexo espectacular con un tío en una relación pasajera no incluía hacerse confianzas.

Pero la noche anterior lo había cambiado todo.

No sabía si se debía a que hubiéramos estado en mi espacio. Era el primer hombre al que invitaba a mi apartamento. O a haberle preparado la cena y que alabara mi cocina. O que me dijera que nunca había pasado la noche en casa de una mujer, que aquella era su primera vez. O la forma en que habíamos conectado la primera vez que lo hicimos en mi cama. O la segunda. Quizá la tercera.

Fuera por el motivo que fuera, estaba metida en un lío. Porque el supuesto rollo pasajero empezaba a significar más para mí.

Quería conocer los gustos de Tanner.

Objetivamente, no había cambiado nada. En cuanto Remy pudiera ponerse en pie y volviera al trabajo, Tanner se marcharía. Pero el día anterior le había oído hablar con Makayla sobre los dos nuevos locales que quería abrir en Sídney, lo que quería decir que dejaría Le Miel, pero seguiría en la ciudad.

Después de la noche anterior, la idea de una relación breve había adoptado la forma en mi cabeza de algo con posibilidades de ser un poco más... largo.

Podía mentirme a mí misma y pensar que se trataba solo de sexo. De fantástico, estupendo y extenuante sexo. Pero había dejado de mentirme a mí misma desde el día en que abandoné a Bardley tras reconocer el desastre en el que se había convertido mi vida por adaptarme a los demás y tratar de convencerme de que eso era lo que yo quería.

Así que no iba a mentirme. Lo que significaba que tenía que aceptar el hecho de que corría el peligro de enamorarme de mi sexy rollo. Tendría que aguantarme e interpretar bien mi papel siempre que estuviera con él para impedir que viera más allá de mi máscara de chica osada. Porque estaba dispuesta a implicarme a nada que atisbara una oportunidad, y si había aprendido algo en el poco tiempo que conocía a Tanner, era que no tenía el menor interés en una relación más allá de lo pasajero.

Yo tenía mis objetivos claros y se lo había dicho. No tenía la menor intención de permitir que un posible enamoramiento abocado al fracaso desbaratara mis planes.

Ya había renunciado a muchas cosas en mi vida, había desperdiciado demasiados años siendo quien no era para satisfacer a gente a la que yo, en el fondo, le daba lo mismo. Los lazos afectivos daban lugar a dependencia, a sumisión y a obediencia, así que no permitiría que lo mío con Tanner fuera más allá del sexo.

Avanzar, eso tenía que ser lo más importante para mí. Tenía que ser egoísta y pensar solo en mi propio interés, sin permitir que nada ni nadie me distrajera.

Tanner King, con todo su sexy y tatuado esplendor, representaba una gigantesca distracción al acecho.

Pero yo impediría que lo fuera.

Después de un cuarto de hora en el que me permití fantasear, imaginando que despertaba a diario junto a su magnífico cuerpo, me había levantado de la cama y me había vestido tan sigilosamente como pude. Tanner no se había movido, así que le había dejado junto a la cama una bandeja con el desayuno y una nota. No le resultaría extraño que empezara a trabajar a las cinco, pero cabía la posibilidad que le ofendiera que le recomendara que se fuera por la escalera de atrás si quería evitar el cotilleo al que daría lugar que lo vieran marcharse.

La verdad era que no podía exponerme al interrogatorio al que me sometería Makayla sobre Tanner si entraba con la misma ropa que llevaba el día anterior. Especialmente, porque no sabría qué contestar.

Aceptar que había sido tan estúpida como para estar al borde de enamorarme de él era una cosa; confesárselo a otra persona, era otra muy distinta. Podía vivir con mi secreto, pero no con las incesantes bromas de Makayla, si es que se enteraba.

Por el momento, tenía que concentrarme en mi rutina matutina para poner mi cabeza en orden y dejar de pensar en el sexy hombre que dormía en mi cama, esperando un despertar que no olvidaría el resto de su vida...

—Mierda —mascullé al caérseme un pegote de mantequilla al suelo.

El intrincado proceso de laminar la masa para hacer mi línea de bollería requería concentración y habilidad, características de las que había carecido mi primer intento de la mañana.

Así que empecé de nuevo. Envolví una masa ligera en una capa de mantequilla. La extendí. La doblé. Volví a extenderla. Repetí el proceso una y otra vez hasta conseguir una masa con numerosas capas que adquiriría una textura ligera y hojaldrada que se derretiría en la boca tras ser horneada.

Remy decía que mis cruasanes de almendra, mis bollos de leche y mis *chouquettes* estaban a la altura de los mejores de Francia. Yo sabía que con sus exagerados cumplidos pretendía animarme, y los aceptaba con circunspección, aunque al mismo tiempo rezaba para llegar a ser algún día la mitad de buena que mi mentor.

Por eso me esforzaba a diario, experimentando y probando, buscando una textura más ligera o un sabor más rico en mantequilla. Le Miel vendía todas las existencias a diario, así que no debía de estar haciéndolo mal. Y a menudo nos encargaban cruasanes de almendra, que eran mi exclusiva

responsabilidad.

Había progresado tanto en un año que me costaba reconocermelo. Menos mal que había tenido el valor de dejar atrás a aquella sumisa y pusilánime persona que había renunciado a sus sueños para satisfacer los de otros.

Esa era otra de las cosas que me proporcionaba el sexo con Tanner: empoderamiento. Un embriagador sentimiento de poder que erradicaba a la mujer tímida del pasado.

Hacer mi primera mamada me había resultado intimidatorio, pero la forma en que Tanner reaccionó, cómo me miró después... me hizo sentir más poderosa que nunca antes en mi vida. Por mucho que estuviera arrodillada en una posición sumisa con el objetivo de darle placer, era a mí misma a quien había satisfecho.

Nunca me había sentido tan viva. Tan dominante. Era una sensación embriagadora para la mujer felpudo que había sido en el pasado.

Cuando le propuse inicialmente a Tanner que tuviéramos un *affaire*, no había anticipado que el despertar de mi lado sensual haría que me sintiera tan bien. Al conseguir que mi cuerpo reviviera, Tanner me había dado algo que siempre había anhelado: coraje. Control sobre mis decisiones. La seguridad en mí misma de poder hacer lo que quisiera cuando quisiera sin tener en cuenta a nadie más.

Algo que siempre había ansiado tener pero que nunca había tenido el valor de alcanzar. Pero claro, eso era más fácil con Tanner porque no había entre nosotros un vínculo afectivo fuerte. No me sentía obligada a estar de acuerdo con él en todo, porque nuestra relación se centraba en lo físico.

Que era por lo que aquella mañana me había asustado y había bajado tan temprano. Porque por más veces que me dijera que éramos dos adultos que se sentían atraídos mutuamente, embarcados en una relación pasajera, después de cómo habíamos conectado la noche anterior y del deseo que había surgido en mí de conocerlo mejor, tenía la leve sospecha de que podríamos llegar más lejos.

Y eso me aterrorizaba.

Si seguíamos intimidando, ¿estaría arriesgándome a convertirme de nuevo en la persona dócil y pasiva que ponía las necesidades de los demás por delante de las suyas? ¿La mujer que se sentía bien satisfaciendo primero a los demás? Un hombre como Tanner odiaría ese tipo de docilidad sumisa, y yo me odiaría si volvía a caer en ella.

Mierda.

Me concentré en extender y doblar la masa con capas de mantequilla, abstrayéndome en la rutina para ahuyentar mis preocupaciones, intentando relajarme. Me gustaba el aspecto metódico de la repostería, saber que siguiendo con precisión un proceso, el resultado final era un producto comestible.

La rutina me sirvió para calmarle, algo que ansiaba para poder dominar las caóticas y desenfrenadas sensaciones que me recorrían cada vez que Tanner asomaba a mi cabeza.

Estaba ahí. Casi todo el tiempo. Tanner con el torso desnudo, desafiante, en la sala privada del club. Tanner acercándose a mí con paso decidido en el almacén. Tanner relamiéndose los labios de salsa carbonara. Tanner desnudo y saciado, tumbado en mi cama como si fuera suya.

Maldición.

Abrí el horno para meter la primera tanda de cruasanes y el calor que irradiaba hizo que las mejillas me ardieran aún más.

Cocinar me reconfortaba, pero como distracción del tío bueno que estaba acostado en el piso de arriba, dejaba mucho que desear.

Había llegado el momento de tomar medidas más drásticas.

Conseguiría que por fin me saliera el *croquembouche* aunque me dejara la piel en ello.

Cualquier cosa que me hiciera olvidar el deseo de subir al piso de arriba y dedicar toda mi atención a la piel de Tanner.

Capítulo 16

Tanner

Me molestó salir a hurtadillas del apartamento de Abby como un fugitivo, pero no era un idiota. Abby no quería tener que enfrentarse al interrogatorio de sus compañeros de trabajo, y eso era lo que pasaría si yo entraba en Le Miel vistiendo la misma ropa que el día anterior.

A Makayla no se le escapaba ni el más mínimo detalle. Tenía ojos en la espalda y yo no envidiaba al hombre que al que le echara la red. Las rompelotas con carácter no eran mi tipo. A mí me gustaban más las tranquilas y reservadas que se transformaban en gatitas sexuales a la más leve caricia.

Mujeres como Abby.

Dejarme el desayuno preparado era típico de ella, un gesto considerado que revelaba un mudo sentimiento. Desafortunadamente, había habido muchos de esos gestos durante la noche.

Una vez llegamos al dormitorio apenas hablamos. Claro que las palabras eran superfluas, puesto que los dos sabíamos lo que estaba pasando. Habíamos cruzado el umbral de una relación de amigos con derecho a roce y nos habíamos adentrado en un peculiar y nebuloso territorio que ninguno de los dos quería catalogar. Personalmente, prefería no darle nombre. Ella debía de pensar lo mismo; por eso había abandonado la cama a una hora inhumana.

Así que devoré el cruasán de chocolate, bebí el zumo de naranja y me escabullí por la escalera trasera, con la nota que me había dejado grabada en la cabeza.

Gracias por anoche. Espero que te gustara la cena.

*Tenemos que repetir pronto.
La escalera trasera está tranquila por la mañana.
Hasta luego,
Abby*

Curioso, ni una «x» representando un beso. Creía que todas las mujeres salpicaban sus notas con besos. Pero claro, ya había llegado a la conclusión de que Abby no se parecía a las demás mujeres.

El «tenemos que repetir pronto» me hizo anhelar que llegara aquella noche con un entusiasmo que no era bueno que sintiera. No estaba saliendo con Abby. No teníamos una relación. Pero la cena había sido fantástica y quería devolverle el favor, invitándola a mi restaurante favorito en Sídney.

Era la primera vez que quedaba con una amante de la buena comida y, dado que pertenecía a una familia adinerada, habría cenado en los mejores restaurantes de la ciudad. Así que la llevaría a mi garito favorito: un restaurante tailandés pequeño en las callejuelas traseras de Kings Cross, un lugar al que estaba seguro que Abby no había ido.

No sería una cita romántica. Solo un amigo devolviéndole el favor a una amiga que había cocinado para él. Así de simple.

—¡Menuda imbecilidad! —mascullé a mi reflejo en el espejo mientras me afeitaba, algo que no había hecho desde hacía varios días.

La barba incipiente no era algo que me importara, pero Remy siempre me reprendía por ello, desde que empecé a tener vello facial. Y teniendo en cuenta que aquel día iba a darle suficientes motivos como para romperme las pelotas, no quería añadir otro más a la lista.

El recorrido al hospital llevaba cincuenta minutos en hora punta, lo que me daba tiempo de sobra para pensar en una excusa razonable para explicar por qué me había enrollado con su protegida. Para cuando aparqué y entré en el hospital, no se me había ocurrido nada más que la verdad.

Abby estaba muy buena y no había podido evitar acostarme con ella.

Seguro que eso le iba a encantar a mi hermano.

Asomé la cabeza por la puerta y vi a Remy con el control remoto en la mano, zapeando con desinterés.

—Hola, patán, ¿cómo estás?

—Ahora que veo tu cara de idiota, mucho mejor —apagó la televisión y, al incorporarse en la cama, hizo una mueca.

—¿Todavía te duele?

—Es la única manera de que me den de lo bueno —se dibujó círculos en la sien—. La morfina hace que me pasen cosas divertidas por la cabeza.

Me reí y le di un abrazo con suavidad.

—Estás más animado que el otro día, y eso es una buena señal.

—Los médicos dicen que soy un paciente modélico —frunció a nariz—. Personalmente, me cuesta tomarme en serio a un punk con bata blanca y estetoscopio en el cuello que parece que hubiera terminado la escuela infantil hace una semana.

—A ti todo el mundo te parece joven, viejo carcamal.

Se señaló el tobillo haciendo una mueca.

—Teniendo en cuenta que cuando me ponga de pie voy a tener que usar bastón, eso es precisamente lo que voy a ser.

—Uno tiene la edad de la mujer a la que acaricia —dije, preguntándome cuántos años tendría Abby.

—Desafortunadamente, hace tiempo que no acaricio a nadie.

Cuando Remy me observó con expresión especulativa, supe lo que iba a añadir aun antes de que abriera la boca.

—¿Y tú? ¿Te estás portando bien?

—Estoy dedicado plenamente a la pastelería, si es a eso a lo que te refieres.

No lo era, y los dos lo sabíamos. Así que me precipité a añadir:

—Todo va bien. Los clientes entran a raudales. El producto se agota. Las cuentas cuadran. Las existencias han sido repuestas. El personal está contento.

Unos más que otros, aunque Remy no necesitaba saber de qué manera yo había puesto una sonrisa en los labios de Abby.

—Te estás tirando a Abby —dijo, cargando cada palabra con decepción al tiempo que negaba con la cabeza—. Tío, te pedí que no la tocaras.

—¿Cuándo te he hecho caso?

—Hace muchos años —Remy me miró fijamente, haciéndome sentir más culpable de lo que ya me sentía—. Como respuesta, no me vale, prueba otra vez.

Recordé la cantidad de veces que había escuchado a Remy cuando intentaba calmarme después de uno de mis enfrentamientos con papá, aunque no supiera qué había provocado mi enfado. La ocasión en la que me persuadió de que me quedara en lugar de huir, cuando me encontró escondido

en el cobertizo, una semana después de que mamá muriera. O cuando me aplacó con sus sabios consejos el día del funeral de papá, pintando un futuro de color rosa para nosotros porque tenía dieciocho años y podía acceder al fondo fiduciario que mamá había tenido la previsión de abrir.

De no haber sido por ese dinero y por la influencia apaciguadora de Remy, no sé qué habría sido de mí.

Le debía la verdad. Al menos respecto a Abby.

—Ya sé que no debía de haber tonteado con Abby. No soy tan idiota como...

—Permíteme que lo dude.

—Pero los dos estamos de acuerdo en cuanto a los términos de la relación, así que no le haré daño.

—Eres un capullo —Remy me miró con desaprobación—. Tú no la viste el día que entró en Le Miel desorientada, perdida y triste. No me ha contado demasiado, pero su marido debe de ser un cabrón, para tratar a una mujer tan dulce como lo hizo, y para que Abby lleve todo este tiempo evitando a los hombres.

Remy me señaló con el dedo, frunciendo el ceño con profundo enojo.

—Así que si te ha dejado que te acerques, incluso aunque sea a distancia, para ella tiene mucho más significado que para ti. Y tú vas a cagarla, tal y como haces siempre.

Me recorrió un escalofrío. Remy era la persona a la que siempre acudía. Siempre me había apoyado. Así que ¿qué quería decir?

—¿Te importaría explicarte, hermano? —la crispación de mi voz no contribuyó a relajar la tensión que había cargado el ambiente entre nosotros.

—Nunca has tenido una relación significativa con una mujer. En cuanto cualquiera de ellas quiere acercarse a ti, cortas la relación. A eso me refiero —Remy se presionó la frente, como si empezara a dolerle la cabeza—. Abby es distinta, y si le haces sufrir porque eres incapaz de mantener la bragueta cerrada, yo mismo te daré una paliza.

—Eso sí sería una novedad —dije, sonando compungido y debidamente arrepentido.

Remy no había pegado a nadie en toda su vida. Yo, en cambio, había repartido justicia con mis puños con regularidad. La rabia contenida y una

frágil autoestima eran una mezcla explosiva, sobre todo cuando los demás niños descubrieron qué botones presionar para hacerme saltar.

—No tengo el menor interés en animarte a que siga adelante, pero por si te interesa, cuando has entrado he pensado que habías rejuvenecido una década

—Remy me miró fijamente, ladeando la cabeza levemente—. Hay algo diferente en ti. Pareces menos... estresado, o algo así.

—¿Será que trabajar en una pastelería me sienta mejor que estar en una discoteca?

Remy se rio de mi evasiva.

—Los dos sabemos que esa no es la razón.

—Ya —admití de mala gana, queriendo sonsacarle información sobre Abby, pero consciente de que Remy no me dejaría en paz si veía hasta qué punto me interesaba—. Abby es especial.

Remy enarcó las cejas.

—¿Especial para ti?

—En general, quiero decir —la aclaración sonó poco creíble. Continué—: Los ratos que he pasado con ella he sido más feliz que en mucho tiempo.

Remy me observó con gesto especulativo.

—Vas a estar por aquí varios meses, ¿no?

Asentí con la cabeza, intentando no prestar atención al rayo de esperanza que despertó esa reflexión. Yo ya me había planteado la posibilidad de seguir explorando lo que había entre Abby y yo más allá del breve romance que habíamos acordado. Pero ella no había dado la menor muestra de estar interesada, y yo no pensaba ser quien lo sugiriera.

Ya había sufrido una dosis de rechazo suficiente como para durarme toda una vida.

—¿Así que Abby y tú podríais ser algo más que una historia pasajera?

—Abby y yo tomaremos nuestras propias decisiones, muchas gracias —le sonreí cuando puso cara de ofendido—. En cuanto a ti, viejo, recupérate pronto.

Remy sonrió, pero seguía mirándome con pesadumbre, como si no llegara a creerse mi tono despreocupado.

—Tanto tú como Abby significáis mucho para mí. No la cagues, ¿vale?

—Haré lo posible para evitarlo —le hice un saludo militar—. ¿Algo más, capitán?

Remy vaciló, como si quisiera añadir algo. Finalmente, sacudió la cabeza.

—Abby es importante para mí tanto profesional como personalmente, así que cuídala.

Su solemnidad fue contagiosa. Asentí.

—Lo haré.

Una promesa que tenía toda la intención de cumplir si Abby me dejaba.

Capítulo 17

Abby

No tuve la oportunidad de preguntarle a Tanner si le había gustado el desayuno, ni de agradecerle que se escabullera sobre las seis, porque a las nueve y un minuto Makayla entró en la página web de Le Miel y vio que teníamos un gigantesco pedido para la reunión de unas señoras en Bondi. El tipo de encargo que habría puesto a Remy de los nervios porque abría la puerta a negocios futuros. El tipo de encargo que proporcionaba los beneficios de una semana en un solo día.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —Makayla imprimió el pedido con gesto de preocupación—. Un encargo como este suele requerir que Remy y tú trabajéis como locos. Y aun así, es un milagro conseguirlo.

Debería rechazarlo. Era una locura que tan siquiera me planteara hacer aquel trabajo. Además, solo pensar en aceptarlo me había hecho estremecer instintivamente. Hacía un año había dejado de ser la persona que pretendía complacer a todo el mundo, había puesto todo mi empeño en aprender a decir que no.

Pero miré hacia el ordenador y en cuanto vi la cara de Remy en la esquina de la página de inicio de la web, mis temores se desvanecieron.

Aceptar un reto difícil por el hombre que me había dado una oportunidad cuando más la necesitaba no era servil; era una forma de ayudar a un amigo que lo necesitaba, una manera de devolverle el favor. Estaba en deuda con Remy y tenía la certeza de que él preferiría que me enfrentara a aquel reto en lugar de rehuirlo.

—¿Para qué hora lo necesitan?

Makayla me miró como si me hubiera vuelto loca por tan siquiera

planteármelo.

—Entrega a las dos y media para un té a las tres.

—Mierda —mascullé, recorriendo la lista a la vez que calculaba el orden de prioridades—. Podemos usar los cruasanes que he preparado esta mañana si ponemos un letrero en el escaparate anunciando que se han agotado. Luego puedo hacer las tartaletas de frambuesa, las empanadas de manzana, los *pains au chocolat* y los buñuelos...

—Estás loca. No puedes con todo eso —Makayla se mordió el labio inferior y sacudió el papel ante mis ojos—. En serio. Vamos a tener que subcontratarlo a...

—Remy nunca haría eso. Odia poner su nombre a productos que no ha hecho él.

—Lo sé, pero ¿qué quieres que hagamos? Estamos jodidas.

Oí pisadas a mi espalda.

—¿Cuál es el problema, señoras?

El corazón me dio un salto con algo muy parecido a la alegría al reconocer su voz. Me volví hacia Tanner.

—Tenemos un pedido enorme. Representa un buen ingreso. Y no puedo hacerlo sin Remy.

Tanner me miró con el ceño fruncido y los ojos ensombrecidos por una profunda emoción que se pareció mucho al miedo; pero entonces parpadeó y se pasó la mano por la cara. Cuando la retiró, sus labios se apretaban en un gesto de determinación, como si hubiera tomado una decisión de la que nadie podría apartarlo.

—Yo puedo ayudar —dijo, remangándose y haciéndome salivar al dejar a la vista sus tatuajes—. ¿Qué necesitas que haga?

Aunque agradecía su oferta, no podía quitarme de la cabeza la sensación de que Tanner se sentía incómodo. Me apesadumbró que se debiera a mí y a la intimidad que habíamos alcanzado la noche anterior.

—A no ser que seas un chef repostero secreto, es imposible que lo consigamos.

—Sé cocinar —se frotó las manos—. Pongámonos a ello.

—Admiro tu tenacidad, pero con todos mis respetos, saber hacer un entrecot y hacer repostería de la calidad de Le Miel son dos cosas muy distintas.

Enarcó una ceja.

—¿Dudas de mis habilidades?

Hizo sonar «habilidades» como si pusiera en cuestión su destreza fuera de la cocina, Makayla dejó escapar una risita a mi espalda.

—Esto no es una broma, Tanner. La reputación de Remy estaría en la cuerda floja si no pudiéramos...

—Por eso mismo, deja de hablar y pongamos manos a la obra —entró en la cocina, dejándome boquiabierta e incapaz de apartar la vista de su magnífico trasero.

—Algo me dice que, con el calor que desprendéis entre los dos, no vais a necesitar hornos —dijo Makayla siguiendo también a Tanner con la mirada con expresión especulativa—. Escucha, no tenemos nada que perder. Déjale que ayude. Haz lo que puedas y si no llegas a todo, estoy segura de que podremos sustituir las tartaletas de frambuesa por las de limón que ya están preparadas, y los *pain au chocolat* por los cientos de *pain au lait* que has hecho esta mañana a no sé qué hora de la madrugada.

Me miró entornando los ojos y añadió:

—Aunque se me escapa por qué estabas aquí en lugar de amasando el cuerpo de un magnífico ejemplar masculino.

No podía estar más de acuerdo con ella.

—No hay tiempo para charlar —dije. Y mi brusquedad hizo reír a Makayla—. Escribe a la persona que aparece como contacto en el encargo y pregunta si aceptan que introduzcamos algunos cambios.

—Sí, jefa —Makayla hizo un saludo militar y luego me empujó hacia la cocina—. Ve a cocinar con ese delicioso hombre.

—Esto solo puede conducirnos al desastre —mascullé, arrastrando los pies.

Tanner me gustaba. Me gustaba su actitud, que estuviera dispuesto a ayudar en una ocasión como aquella. Me gustaba menos tener que ocuparme de él mientras intentaba concentrarme en realizar la más refinada repostería en el menor tiempo posible.

Al entrar en la cocina, me sorprendió verlo con el delantal y el gorro y las cantidades correctas de azúcar, mantequilla, harina y huevos alineadas delante de él.

—¿Qué estás haciendo?

—Cruasanes —dijo, como si fuera lo más normal del mundo que un dueño de locales nocturnos pudiera preparar bollería *viennoiserie*. Pero seguía

teniendo una expresión angustiada, como si le aterrara estar en la cocina, que me inquietó—. Remy me enseñó cuando era adolescente, así que puedo hacerlos sin problema.

Me ahuyentó con un gesto de las manos.

—Tú ocúpate del resto.

Me quedé mirándolo atónita mientras cortaba un trozo de mantequilla y la añadía a la proporción precisa de harina.

—Nena, sé que te encanta observarme, pero estás perdiendo el tiempo —se espolvoreó las manos con harina y me lanzó un beso, formando una nube de harina en el aire—. Tenemos un pedido que preparar.

Atónita, me dirigí a mi superficie de trabajo y trabajé metódicamente en los dulces que tenía que preparar a la vez que intentaba dejar de mirar de soslayo a Tanner, que parecía un completo experto en la preparación de la masa del cruasán perfecto.

No di crédito cuando me presentó dos bandejas con cincuenta cruasanes cada una, equilibrados y de idéntico tamaño entre sí.

—¿Cien serán bastantes? —preguntó, metiendo las bandejas en el horno y poniendo el temporizador.

—Sí —dije sin poder ocultar mi admiración—. ¿Hay algo que no sepas hacer?

—Tregar el puente Harbour —arrugó la nariz—. Me dan miedo las alturas.

—Tengo mucha suerte de que no temas meter los brazos en harina hasta los codos —dije, dando los últimos toques a las tartaletas de frambuesa—. No puedo creer que hayas hecho todos esos cruasanes.

—Soy un hombre de numerosos talentos —dijo, expandiendo el pecho en un fingido gesto de bravuconería—. Tal y como tú misma has comprobado —se colocó detrás de mí y me dio un beso en la nuca que hizo que me estremeciera de placer—. Te pones muy sexy cuando te concentras.

Se apretó contra mí para hacerme notar hasta qué punto me encontraba sexy, y yo gemí a la vez que frotaba el trasero contra él.

—Más tarde —farfulló él, mordisqueándome el cuello y el lóbulo de la oreja antes de buscar mis labios para darme un rápido beso—. Ya he mosqueado a Remy lo bastante esta mañana. No empeoremos las cosas echando a perder este encargo.

—¿Ya has pasado a verlo?

Me rodeó para ponerse delante de la superficie de trabajo y percibí un

brillo de preocupación en sus ojos.

—Sí, la hora de visita empieza a las ocho, pero he ido a las siete.

—¿Le has hablado de nosotros?

Tanner asintió con la cabeza, pero los surcos que se marcaban en las comisuras de sus labios se acentuaron.

—Ha ido tal y como había previsto: él advirtiéndome de que me alejara de ti; yo asegurándole que no te haría daño.

—Si es así ¿cuál es el problema?

Tanner vaciló antes de sacudir la cabeza.

—Ninguno. Mi hermano tiende a preocuparse, siempre ha sido así. Piensa que esto se puede complicar más de lo que tú y yo prevemos.

No quise decirle que estaba de acuerdo con Remy.

Clasificar a Tanner como el rebelde tatuado que podía utilizar como juguete sexual para purgar mi pasado había estado bien inicialmente. Pero después de cenar con él la noche anterior, pasar la noche con él y, en aquel momento, verlo hacer unos perfectos cruasanes como si los hiciera cada día de la semana, supe que corríamos el serio peligro de pasar de un rollo pasajero a un terreno nebuloso y complejo al que no podía poner nombre, pero que en cualquier caso llevaba escrito «complicación» con letras luminosas.

—Pero en este momento nuestra única complicación es quién va a hacer los *pains au chocolat*, y qué piensas hacer si los míos resultan ser mejores que los tuyos.

Su chulería me hizo reír. Señalé su puesto.

—Tú empieza. Yo me ocuparé de los buñuelos.

—Me encanta que te pongas mandona —dijo guiñando un ojo.

Me puse roja y le ahuyenté con la mano.

—Tenemos tres horas para hacer lo que queda pendiente. Manos a la obra.

—Y esta noche, haremos lo que nos queda pendiente —dijo él con una voz grave y sensual que me hizo desear que me inclinara sobre la mesa y me invadiera como solo él sabía.

—Primero, a trabajar —dije, aclarándome la garganta y notando que me temblaban las manos al tomar la harina.

—Hablando de esta noche, me gustaría invitarte a cenar fuera —dijo en tono informal, como si pedirme una cita fuera un acontecimiento cotidiano—. Nada especial, pero es mi restaurante tailandés favorito, y pronto será el tuyo

si te gusta la comida de fusión asiática picante.

—Me parece genial, gracias.

No sé cómo conseguí sonar como si nada, cuando por dentro estaba dando saltos de alegría.

—¿Te recojo a las siete y media?

—Vale.

Desde ese momento apenas hablamos porque nos concentramos en crear una repostería digna de la fama de Le Miel. Pero yo era todo el tiempo consciente de la presencia de Tanner, del gran chico malo pastelero que trataba la masa con una delicadeza que despertaba en mí un deseo voraz.

¿Podía haber algo más sexy que un hombre que sabía manejarse en la cocina? Para mí, no. Me gustaba un hombre capaz de usar con determinación un cuenco y una espátula, un hombre que sabía combinar azúcar, huevos y harina y crear algo mágico, un hombre como Tanner.

Tanner me gustaba. Mucho. Y aquel día había condensado mis sentimientos en una aterradora e insensata bola de anhelante deseo en mi interior.

La forma en que se había ofrecido voluntario, que hubiera convertido un episodio potencialmente angustioso en una situación divertida, cómo había tomado las riendas, todo ello era increíblemente atractivo.

Pero era algo más que su aspecto o cómo actuara. Tanner era un buen hombre por más que hiciera lo posible para aparentar lo contrario, con sus tatuajes y su actitud amenazadora. Me atraía a un nivel subliminal que era incapaz de analizar o explicar.

Lo deseaba. Quizá para un plazo más duradero que un romance breve. Lo que me llevaba a preguntarme: ¿qué pasaría cuando llegáramos al final de nuestro acuerdo si queríamos cosas distintas?

Había tenido el valor de dejar plantado a mi marido y había creído que podría dejar a Tanner con la misma determinación. Pero mientras la teoría era sencilla, la práctica era más complicada.

No había pretendido dejar que llegara a ser un problema. Había querido una historia divertida, sin líos, que me sacara de mi aburrida rutina. Había querido experimentar sexo ardiente con un tío bueno. Pero al intuir que habíamos dado un paso más allá... Tenía que admitir que estaba preocupada.

Había avanzado tanto en un año... No quería que una relación pudiera volver a convertirme en la mujer complaciente, dispuesta a todo por hacer

feliz a mi pareja.

Comprometerme me aterrorizaba. Tenía objetivos. Si Tanner permanecía en mi vida más allá de unas semanas, ¿renunciaría a ellos? No quería llegar a averiguarlo.

Remy tenía razón al estar preocupado.

Tanner y yo éramos una pura complicación en potencia.

Y yo no podía hacer absolutamente nada al respecto.

Capítulo 18

Tanner

—No me lo puedo creer —leí con incredulidad el cartel colgado en la cristalera de mi restaurante favorito, que anunciaba que estaba cerrado por obras—. No he pensado en reservar porque es uno de esos sitios a los que llegas y siempre encuentras mesa.

—No te preocupes —Abby posó la mano en mi brazo—. Podemos cenar en otra parte.

Eso era verdad, pero yo había querido enseñarle un sitio que para mí era importante, y ver cómo se comportaba en ese entorno. No era una prueba en sí misma, sino una manera de convencerme de que aunque conectáramos en un plano físico, jamás podría haber entre nosotros nada duradero.

Por lo visto el universo me estaba castigando por ser deshonesto y tendría que recurrir al plan B. Si lo hubiera tenido.

—En serio, no me importa dónde vayamos —me palmeó el brazo y retiró la mano—. Ha sido un día largo, así que me irá bien picar algo y acostarme pronto.

—Lo que quieres es desnudarme lo antes posible —dije sonriendo cuando se ruborizó—. Eres de lo más predecible.

—Te equivocas —dijo ella alzando la cabeza desafiante. Podría haberme engañado de no haber atisbado un brillo pícaro en sus ojos—. Tengo hambre, pero si quieres que compremos algo y vayamos a mi apartamento...

Era la mejor invitación que había recibido, pero con aquella cita quería comprobar algo, y eso era lo que me proponía hacer.

—¿Qué te parece si vamos a por pescado con patatas fritas a la playa Manly?

Si mi sutil cambio de tema la sorprendió, no lo manifestó. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Manly está muy lejos en coche.

—Iremos en ferri.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Te puedes creer que he vivido en Sídney toda mi vida y no he montado nunca en el ferri de Manly?

—¿Nunca?

Desvió la mirada y sus hombros se hundieron levemente.

—Un chófer me llevaba a todas partes. Primero el de papá; luego el de Bardley.

—Bardley. Sigo pensando que es un nombre de mierda —dije con desdén, irritándome por la punzada de celos que sentí al oírle nombrar a su ex.

—Desde luego —rio y me tomó la mano—. Tampoco he comido nunca pescado con patatas en la playa, así que por mí encantada.

¿No le daría un ataque a su familia si supiera que su pequeña princesa estaba en una cita sin la más mínima sofisticación, que solo incluía comida simple y un ferri? Eso me hizo preguntarme si echaba de menos su vida pasada.

Podía ser que odiara a su ex, pero tenía que ser difícil haber vivido rodeada de lujo y luego dejarlo atrás. Teniendo en cuenta cuánto había trabajado aquel día y sumado a su pequeño apartamento, estaba claro que tenía que tratarse de una gran caída respecto a su vida previa. Y eso hizo que la admirara aún más.

—¿Echas de menos tu vida anterior?

Abby se tensó. Íbamos de camino al coche.

—¿A qué se debe esa pregunta?

—Curiosidad —abrí la puerta del coche y esperé a que se sentara para cerrarla y ocupar el asiento del conductor—. Pasar de chóferes a ferris populares es bajar de nivel.

Tardó una eternidad en contestar, como si estuviera preparando una respuesta apropiada.

—Echo de menos a mi familia y a algunos amigos. Pero ese tipo de vida nunca tuvo importancia para mí.

En eso diferíamos. Todos los lujos que yo podía permitirme eran testimonio de lo lejos que había llegado en la vida. De hasta qué punto había

demostrado que mi padre se equivocaba.

No se trataba de que diera mi riqueza por sentada o que hiciera alarde de ella, pero me regodeaba en el éxito que tanto esfuerzo me había costado conseguir.

—¿Permaneces en contacto con alguien del pasado?

Nos detuvimos en un semáforo y miré a Abby de soslayo. Apretaba los labios y se había cruzado de brazos, protegiéndose de... ¿Los recuerdos? ¿La tristeza? ¿De mí?

—No.

Una respuesta breve y cortante que claramente significaba que no quería hablar, así que guardé silencio hasta que llegamos al atracadero, compramos los billetes y subimos al ferri.

Pero no podía dejarlo pasar. Llegar a saber algo de su pasado me facilitaría las cosas cuando acabara lo que fuera que había entre nosotros. Abby me gustaba. No quería hacerle daño. Saber más allá de lo superficial me permitiría dejarla más delicadamente.

—¿Te has planteado ponerte en contacto con tu familia?

Esperaba que me lanzara una mirada asesina. En lugar de eso, observó pensativa la Casa de la Ópera.

—Sí. Pienso en ponerme en contacto con mi madre. La echo de menos —desvió la mirada de las velas blancas y la fijó en mí—: Pensarás que soy estúpida, pero hasta aparqué el otro día delante de un spa al que solíamos ir juntas por si la veía de lejos.

—No me parece ninguna estupidez —le pasé el brazo por los hombros y la estreché contra mí—. Yo echo de menos a Remy cuando estoy fuera. Es normal. La familia nos afecta de formas peculiares.

—¿Sabes? No llego a creerme que ella no haya intentado localizarme —apoyó una mano en mi muslo en un gesto íntimo que me conmovió.

Abby confiaba en mí. Lo bastante como para hablar del pasado. Pero ¿era yo merecedor de esa confianza?

—Todo un año sin que tan siquiera me haya llamado —sacudió la cabeza—. ¿Qué tipo de madre hace algo así?

Teniendo en cuenta que todo lo que yo tenía de la mía eran buenos recuerdos, especialmente de nuestros momentos felices en la cocina, no podía hacerme ni idea. Pero tenía que ofrecerle algún consuelo o nuestra cita iba a fracasar. Y pronto.

—Supongo que tu padre es quien lleva la batuta. ¿No cabe la posibilidad de que tu madre esté haciendo lo posible para mantener la paz y no provocarlo?

La mirada que me dirigió desde debajo de sus largas pestañas estaba cargada de respeto.

—Papá es el jefe y se le obedece, pero no tendría por qué enterarse.

—Si se parece algo a ti, me cuesta imaginarla actuando a espaldas de él. Tú tienes demasiados principios como para hacer algo así, y puede que ella también.

—Deja de sonar tan razonable —dijo ella, atemperando el tono de reproche con una sonrisa—. En cualquier caso, ya hemos hablado bastante de mi deprimente familia —dejó de sonreír y se removió en el asiento, incómoda—. Yo no sé nada de tu familia, aparte de que tus padres murieron cuando eras pequeño.

Me tensé y el muslo se me contrajo involuntariamente bajo la palma de su mano. Ella me acarició la pierna a modo de consuelo. Si supiera que haría falta una vida entera de aplacamiento para aliviar el dolor que me causaba pensar en mis padres.

—¿Eso es todo lo que te ha dicho Remy?

Abby asintió con la cabeza.

—Me contó que vuestra madre murió cuando él tenía quince años; y tu padre cuando tenía veinte —la pena le oscureció los ojos—. Eso quiere decir que tú tenías diez años cuando perdiste a tu madre... Tuvo que ser muy duro.

—Ni te lo imaginas.

Mamá había sido mi heroína, mi roca, mi escudo. Ella mantenía a papá alejado de mí porque intuía su odio, a pesar de que él nunca hacía nada abiertamente delante de ella.

Y yo culpaba a diario al viejo cabrón por haberla conducido finalmente a la muerte. Por mí.

—Háblame de ella —dijo Abby con suavidad, su tono cargado de una dulce persuasión, como si averiguar más sobre el pasado de mi familia fuera a ayudarme a entenderme.

Como si eso fuera posible.

Pero yo le había incitado a hablar de su familia, así que lo menos que podía hacer era darle algunas pinceladas de la mía.

—Papá apenas me dedicaba tiempo, así que mamá y yo estábamos muy

unidos. Ella me enseñó a cocinar. Cómo elegir un buen mango. Como quitarle el corazón a las manzanas hasta que los dedos se me quedaban doloridos —una felicidad agridulce me invadió a medida que enumeraba recuerdos—. Era francesa. Muy elegante. Tenía mucha clase. Se maquillaba y usaba perfume a diario, incluso cuando me llevaba a la guardería. Todo el mundo la adoraba. Excepto papá. No había sabido cuál era el motivo de que su matrimonio se agriara hasta que oí las dolorosas acusaciones que él le había hecho el día que murió. Pero había estado en clara minoría, porque todo el mundo quería a mamá.

—Suenas maravillosa —dijo Abby, sonriendo—. ¿Por eso parecías angustiado cuando me has ayudado a completar el pedido? ¿Estar en la cocina te recuerda a ella?

Asombrada por lo intuitiva que era, asentí.

—Era maravillosa. Y cada vez que entro en una cocina, incluso en la de mi casa, lo siento aquí —me di un puñetazo en el corazón, deseando que ese simple acto me librara del permanente dolor que sentía cada vez que pensaba en mamá y en cuánto la echaba de menos.

—¿Y tu padre?

—Era un capullo —las palabras escaparon de mis labios sin que pudiera detenerlas.

Su mano volvió a acariciarme el muslo.

—¿En qué sentido?

—Me odiaba con toda su alma.

Abby separó los labios, sorprendida.

—Pero si eras un niño. ¿Cómo puede odiar un padre a su propio hijo?

No podía contarle la verdad cuando no se la había contado a nadie, ni siquiera a Remy. Así que opté por una versión descafeinada.

—Su matrimonio entró en crisis. Yo era idéntico a mi madre. Supongo que eso le desagradaba.

Abby arrugó la nariz, disgustada.

—No acostumbro a criticar a gente que no conozco, pero tu padre debía de ser una buena pieza.

—Ese es un eufemismo descomunal —mascullé.

Se suponía que con aquella cita pretendía poner de manifiesto nuestras diferencias, no que intimáramos más compartiendo confidencias. Tenía que corregir el rumbo. Rápidamente.

—En cualquier caso, Remy es la única familia que me queda y me compensa con creces.

Pude ver en su mirada que lidiaba contra el deseo de seguir haciéndome preguntas. Pero finalmente dijo:

—Dime a cuántas mujeres has traído al ferri antes que a mí.

Sorprendido y aliviado por que cambiara de tema, sonreí.

—Incluyendo hoy, a una.

Abby dejó escapar un encantador resoplido de incredulidad.

—¿No me crees?

—Tengo entendido que has sido un mal chico desde que llegaste a la adolescencia y supongo que has tenido montones de novias —me clavó el dedo en el pecho—. Así que no trates de negarlo.

—No estoy negando nada. Solo que no he traído a ninguna de ellas al ferri.

—¿Qué afortunada soy! —dijo, aleteando las pestañas con una teatral coquetería.

—El afortunado soy yo —musité, preguntándome qué pensaría si pudiera ver la mitad de los pensamientos que daban vueltas en mi cabeza—. Sé lo que es esta historia para ti: una forma de dar un paso adelante. Una forma de dejar el pasado definitivamente atrás.

Le apreté los hombros.

—Me alegro de que me hayas elegido para conseguirlo.

Una peculiar expresión cruzó su rostro momentáneamente. ¿Arrepentimiento? ¿Enfado? ¿Esperanza? Pero desapareció tan deprisa que no pude analizarla.

Se acurrucó contra mí al tiempo que el ferri avanzaba pesadamente por el agua. Hablamos ocasionalmente de temas intrascendentes. Asuntos triviales que me importaban un bledo, pero que mantenían la conversación a salvo. A salvo de emociones o sentimientos, o de pensamientos más profundos. Como hasta qué punto quería que Abby disfrutara de aquella sencilla cita y, quizá, de ver mi verdadero yo. Mi yo debajo de los tatuajes y de la actitud chulesca. El yo que podía enamorarse de una chica como ella, si eso fuera posible.

Pero pertenecíamos a mundos diametralmente opuestos, y si había aprendido algo de mi padre era que yo no estaba hecho para las relaciones.

Cuando él murió, juré utilizar toda mi amargura y mi resentimiento y dolor para concentrarme en ser un hombre de éxito. Un hombre con reconocimiento social. Un hombre merecedor de todo lo bueno que tenía la

vida. Establecer una relación con una mujer como Abby implicaría dejar de ser el número uno. Ya no podría preocuparme solo de mí mismo y que ella me diera igual. Tendría que hacerle un hueco a mi lado, permitir que viera en lo más profundo de mi interior, donde todavía habitaba el niño asustado y acomplexado.

No estaba preparado para que eso pasara.

—Ya hemos llegado —dije por decir cuando el ferri atracó y los pasajeros empezaron a desembarcar.

—¡Qué bien! Estoy hambrienta.

Me tomó la mano como si fuera lo más natural del mundo mientras pedíamos en el chiringuito, y me la apretó cuando los dos confesamos la pasión compartida por el pescado barramunda a la brasa y las patatas con doble de sal.

Ojalá las cosas fueran tan sencillas: que los gustos similares en la comida pudieran ser los cimientos de algo más permanente entre nosotros. Porque eso era lo que me desconcertaba en medio de mis cavilaciones. Mientras que no quería una relación que exigiera compartir los aspectos más privados de mí mismo, me apetecía prolongar nuestro acuerdo tanto tiempo como permaneciera en Sídney.

Pero había percibido la forma en que empezaba a mirarme y, por mucho que me gustara, no podía quitarme de la cabeza la idea de que Abby empezaba a cobijar sentimientos hacía mí, lo que solo podía acabar en sufrimiento.

Llevé en la mano el cucurucho con la comida mientras íbamos hacia la playa, a tiempo de ver ponerse el sol en un horizonte teñido de tonos malvas y añiles.

—¡Guau! —exclamó, soltándome la mano y sentándose en la arena—. Sé que tienes muchos talentos, pero preparar este atardecer debe de haber sido difícil incluso para alguien como tú.

—Por ti haría cualquier cosa —mascullé, alegrándome de que no me oyera.

Claro que había querido que lo pasara bien, que viera los pequeños placeres con los que yo disfrutaba, pero también había pretendido convencerme de algo: de que no teníamos nada en común y de que Abby preferiría cenar en un restaurante con estrellas Michelin a una experiencia como aquella. Pero viendo su desbordante felicidad cuando abrió el

cucurucho, sacó un trozo de pescado y se lo llevó a la boca junto con unas patatas solo contribuyó a que me gustara aún más.

—¡Qué delicia! —farfulló con la boca llena. Y me eché reír. Con un tipo de risa que no me había salido en mucho tiempo. Una risa colmada de una felicidad genuina por estar en aquel instante con aquella mujer.

—¿Qué te hace tanta gracia? —se limpió los labios con un pañuelo de papel que sacó del bolso—. Deja que adivine: no tengo nada que ver con tus esqueléticas novias modelos que solo comen ensaladas.

—Una característica por la que te estaré eternamente agradecido —le ofrecí patatas, y me alegró ver que tomaba un puñado—. ¿Qué te pasa con mis novias? ¿Estás celosa?

—¡Bah! —se llenó la boca con las patatas para evitar contestar, y yo sonreí.

—No pasa nada porque te guste, ¿sabes? Les ha pasado a miles de mujeres antes que a ti.

Enarcó las cejas teatralmente.

—¿Miles? ¡Qué mal gusto!

Reí. Me divertía que nos vaciláramos.

—Bueno, puede que haya exagerado un poco.

—Uf —se pasó la mano por la frente—. Menos mal. Puedo lidiar con cientos; pero con miles, lo dudo.

—Es curioso que me veas como un playboy superficial —me incliné hacia atrás, apoyando las manos en la arena—. Es verdad que no establezco relaciones duraderas, pero eso no significa que me acueste con cualquier mujer que se me acerque.

—Solo las que dejan caer las bragas a tus pies —dijo impertérrita, pero con los ojos chispeantes de picardía.

Me encantaba verla así, traviesa y bromista.

—Las únicas bragas que me interesa quitar estos días son las tuyas —miré deliberadamente sus senos antes de deslizar la mirada y mantenerla fija donde estaba la correspondiente prenda.

—¡Para! —dijo en un crispado siseo, a la vez que se mecía sobre la arena.

—¿Por qué? ¿Te estoy poniendo cachonda?

Me miró a los ojos con la boca entreabierta.

—No pasa nada por admitirlo. Voy a contarte un secreto: estoy medio empalmado cada vez que te tengo cerca; y cuando no estás, cada vez que

pienso en ti.

—Oh —susurró quedamente al tiempo que desviaba la mirada hacia mi ingle.

Como era de esperar, me empalmé y el bulto tensó la tela de la entrepierna de mis vaqueros.

—Te lo dije: deberíamos de haber comprado algo para comer y habernos ido a mi apartamento. Ahora nos queda un largo viaje en barco.

—Jodido ferri —mascullé.

—Sería mucho más placentero que me follaras a mí —dijo, sonrojándose violentamente al pronunciar la palabra «follar».

—¡Para! —gruñí—. ¿Por qué eliges este momento para empezar a decir obscenidades?

Abby se puso en pie de un salto, se sacudió la arena del trasero y sonrió burlona.

—Quizá sea mejor que tomemos un taxi en lugar de esperar al ferri.

—Tienes razón —dije yo, recogiendo la basura y tirándola en un cubo cuando salimos de la playa—. Más te vale ajustarte el cinturón, nena, porque voy a pedirle a al conductor que bata el récord de velocidad en tierra.

Sonrió con coquetería, se puso de puntillas y me besó en los labios.

—Gracias por la cena. Ha sido la mejor cita de mi vida.

Sin decir palabra, paré un taxi y, tras ayudarla a acomodarse, subí precipitadamente en mi afán por estar a solas con ella y demostrarle con hechos y no con palabras hasta qué punto había disfrutado yo la cita.

Capítulo 19

Abby

Solía esperar ansiosa al día de la semana que iba a la universidad, el día que rompía con el ritmo enloquecedor de Le Miel y absorbía la teoría que sustentaba la creación de la repostería.

Me encantaban las clases, tomar apuntes, las sesiones prácticas. Ver mis cuadernos de notas cubiertos con mi caligrafía, intercambiar recetas con mis compañeros de clase, disparar preguntas a los chefs invitados.

Todo me entusiasmaba. Pero aquel día estaba distraída, terriblemente distraída. Y la culpa la tenía el dueño de varias discotecas, alto y tatuado, aficionado a los dulces y a mí.

La noche anterior había sido increíble. Una velada relajada, repleta de risas y de amor. Haciendo el amor, quiero decir. No era tan estúpida como para confundirlo con otro tipo de amor.

Mientras estábamos en la playa, Tanner había estado más relajado que nunca. Había en él una dulzura que resultaba tan atractiva como su lado más desabrido. Me gustaba conocer sus distintas facetas como si fuera quitándole capas a una cebolla y descubriendo las complejidades que se escondían debajo.

Habíamos ido a mi apartamento después de un pícnic en la playa y habíamos pasado horas en la cama antes de quedarnos dormidos abrazados. Cuando se fue, a las cinco de la mañana, parecía cambiado. Incluso parecía reacio a irse. Como si, en cierta manera, se hubiera amansado.

Me había asustado un poco. No podía consentir que Tanner desbaratara mis planes. Ya había renunciado a demasiadas cosas en el pasado, y una vez conseguido el divorcio y habiendo recobrado la libertad, debía seguir

adelante y hacer lo que más me convenía a mí.

Por más que fuéramos incendiarios entre las sábanas y que deseara a Tanner en muchos sentidos, tener con él algo más que pasajero estaba abocado al desastre.

Sabía lo que sucedería. Y acabaría sintiéndome emocionalmente implicada y dispuesta a hacer lo que fuera necesario para que mi hombre estuviera contento, y eso despertaría mi rencor hacia él, de manera que uno de los dos tendría que romper la relación. Y yo me encontraría catapultada a doce meses antes, recomponiendo mi vida a la vez que intentaba sanarme, y en el proceso, maldiciéndome por ser tan pusilánime.

Después de lo que me había costado llegar donde estaba, no podía fallarme a mí misma. No lo haría.

Decidida a olvidar las posibles complicaciones con Tanner y a centrarme en las clases del día, impulsé la mochila para colocarla más alta en mi espalda y me encaminé hacia las imponentes verjas de hierro forjado recitando mentalmente el horario.

Iba tan concentrada, que al torcerme el pie en una grieta del sendero, me tambaleé.

Y estuve a punto de chocar con mi madre.

—Hola, Abigail —me ayudó a recuperar el equilibrio, mirándome entre temerosa y expectante al soltarme—. ¿Cómo estás?

—Bien —contesté mecánicamente, perpleja por verla allí, debatiéndome entre el deseo de abrazarla y el de estrangularla.

La había echado tanto de menos. ¿Me habría echado ella de menos a mí?

Un *tsunami* de emociones me inundó: rabia, tristeza, esperanza, arrepentimiento. Una combinación poderosa que provocó un temblor en mis manos que intenté dominar flexionando y estirando los dedos.

Había imaginado mi primer encuentro con mis padres numerosas veces mientras tomaba una copa de vino e intentaba ignorar una insistente vocecita en mi cabeza que me repetía hasta qué punto yo les importaba un bledo. En esas fantasías, mamá me abrazaba con todas sus fuerzas, como si no quisiera dejarme ir. Incluso papá se disculpaba y me suplicaba que lo perdonase.

Pero mamá no me abrazó. Todo apuntaba a que aquel era un encuentro planeado con un objetivo que se me escapaba.

—Pareces cansada —dijo, escrutando mi rostro con el tipo de intensidad que en el pasado solía irritarme.

¿Cuántas veces había tenido que aguantar que me reprendiera?

«Abigail, tienes que ponerte más crema hidratante en las líneas de expresión».

«Abigail, la protectora solar es esencial como parte del tratamiento de belleza. No querrás tener arrugas antes de los cincuenta...».

«Abigail, para cubrir esas ojeras tan oscuras necesitas un corrector más denso».

«Abigail, el tono coral de lápiz de labios hace que parezcas más pálida. Prueba con un rosa intenso».

Había soportado sus consejos de belleza porque eran su especialidad, igual que había aceptado sus críticas sobre todo lo demás, desde mi vestuario a mi corte de pelo. Era mi madre y me resultaba más fácil asentir que enfrentarme a ella y que me sometiera a uno de sus silencios. No podía aguantar que me ignorara.

Tenía gracia que eso fuera precisamente lo que hubiera hecho los últimos doce meses.

Si lo que había pretendido era darme una lección, había fracasado. Lo único que había aprendido era que debía de haber escapado de la influencia de mis padres y empezado a vivir mi propia vida hacía mucho tiempo. Y que no podía confiar en aquellos que estaban más cerca de mí, por mucho que yo los amara.

Rezando para que la emoción que atenazaba mi garganta no hiciera que me temblara la voz, dije:

—Estoy ocupada. ¿Podemos ponernos al día en otro momento?

Arrugó la nariz, dado que no podía fruncir el ceño relleno con Botox.

—No tendrías por qué estar ocupada. Trabajando en la pastelería, viniendo aquí una vez a la semana —indicó con la mano la universidad desdeñosamente—. Estás muy por encima de todo esto.

La sangre se me heló en las venas. La escena no tenía nada que ver con cómo la había imaginado. Ni palabras de consuelo, ni manifestaciones de cuánto me había echado de menos, ni abrazos.

No, era lo mismo de siempre: mamá diciéndome lo que debía o no debía hacer.

Me crucé de brazos, intentando aplacar el hondo dolor que me causaba su indiferencia.

—¿Cómo sabes dónde trabajo?

La respuesta no me importaba particularmente. Suponía que querían tenerme localizada para asegurarse de que no me dedicaba a la prostitución o a algo igual de degradante que pudiera manchar la reputación del apellido Prendigast.

—Sabes que a tu padre le gusta tener a todo el mundo controlado —me dio una palmadita en el brazo de pura condescendencia—. Nos importas...

—Corta el rollo, mamá. Si os importara, te habrías puesto en contacto conmigo durante este año. Aunque solo fuera para fingir que me querías algo, y no que todo era cuestión de apariencias —había ido alzando la voz y varios estudiantes miraron en nuestra dirección, así que tomé aire para calmarme—. Escucha, no tiene sentido que nos peleemos. Tengo que ir a clase, así que...

—Vuelve a casa —dijo con gesto adusto, mirándome con aversión. ¡Cómo iba a manifestar algo de afecto una Prendigast!—. No es demasiado tarde. Puedes salvar tu matrimonio con el pobre Bradley; retomar la vida que te corresponde; restaurar nuestro buen nombre...

—No lo entiendes —dije, contando mentalmente hasta diez para contener la creciente rabia me hacía temblar las manos—. Soy feliz. Llevo la vida que quiero, no la que quieres tú.

—No digas tonterías —replicó con una amargura que le torció los labios—. Te estás portando como una cría. Te lo has pasado bien un año, pero ya es hora de que madures.

Me quedé mirando a la mujer que me había dado a luz, con su exquisito traje de chaqueta azul celeste, su pelo con las mechas rubias perfectas, su maquillaje inmaculado y el bolso que pagaría dos años de mi alquiler.

Mi madre.

Que no comprendería el significado de esa palabra ni aun cuando fuera un perro que mordiera su perfecto trasero producto de la cirugía.

Hacía unos minutos, había tenido la esperanza de que estuviera allí para decirme que me comprendía, que finalmente entendía por qué había abandonado mi vida anterior, y que quería aceptarme tal y como era.

¡Qué idiota!

Una profunda desilusión me sacudió hasta la médula. Amaba a mis padres; lo único que esperaba era que ellos me amaran a mí. Pero eso no era amor. Y si era completamente sincera conmigo misma, ¿me habían amado alguna vez?

El amor no era ni controlador, ni dominante, ni airado. El amor no suponía

tener que asentir y doblegarse al peso de las expectativas ajenas. El amor no me abandonaba doce meses sin hacer el menor gesto para restañar las heridas.

El dolor que sentía en el estómago se extendió hasta mi pecho, expandiéndose hasta casi quedarme sin respiración. Tenía que huir, escapar de su palpable desaprobación.

Allí no había nada de amor, solo juicios negativos; y no podía tolerarlo ni un segundo más.

—Adiós, mama. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo.

Nunca sabré cómo fui capaz de articular esas palabras sin desmoronarme, pero lo hice, y conseguí sonar increíblemente tranquila a pesar de la rabia que sentía en mi interior. Un magma de emociones que amenazaban con desbordarse desde mis ojos como un torrente.

Mi madre se irguió, cuadrándose de hombros y preparándose para una batalla que no iba a tener lugar porque yo había dado el encuentro por concluido.

—¡Abigail, no te atrevas a marcharte!

Y eso fue precisamente lo que hice. Sin mirar atrás.

Capítulo 20

Tanner

—¿Qué demonios les has dicho a los médicos para conseguir que me dieran el alta antes de lo esperado? —Remy, sosteniéndose en muletas, me miraba el martes siguiente con una sonrisa resplandeciente y cara de renovada admiración por mí—. Aunque la verdad es que me da lo mismo. Estoy encantado de volver a casa.

—Y al trabajo, siempre que no te apoyes en el tobillo y te limites a supervisar —apunté, interpretando a la letra el papel de hermano solícito y sintiéndome un fraude por eso mismo.

Conseguir que dieran el alta a Remy del hospital no había sido un acto altruista por mi parte. Necesitaba que volviera a Le Miel.

Para poder marcharme yo.

Seguir trabajando junto a Abby después de aquella mañana era inconcebible.

Por primera vez en mi vida, cuando me desperté junto a la mujer con la que había pasado otra noche de sexo increíble, no había querido irme.

Había querido quedarme. En su cama. En su apartamento. En su vida.

Lo que significaba que tenía que marcharme. ¡Ya!

Yo no estaba hecho para un «para siempre». Siempre había alejado de mí a cualquiera que se acercara demasiado.

—No puedo agradecerte lo bastante que hayas estado al mando durante mi estancia en el hospital —Remy carraspeó mientras yo tomaba su bolsa—. Has estado fantástico.

—Guárdate la sensiblería para alguien que sepa apreciarla —dije o más bien gruñí. Salimos de la habitación y recorrimos el pasillo hacia la salida—.

¿Quieres que te deje en casa o en Le Miel?

—En la pastelería, por supuesto —blandió la muleta en un semicírculo—. El tobillo no me duele y estas cosas me van bien para las costillas, así que estoy perfectamente.

Me alegré de que uno de nosotros estuviera perfectamente. ¿Yo? No tanto. Tenía que desenredarme de la maraña que representaba lo mío con Abby, y cada vez que pensaba en cortar con ella se me retorcían las entrañas.

La quería en mi vida.

En algún momento la echaría de ella.

Lo que significaba que lo considerado y honesto sería acabarlo de inmediato, antes de que ninguno de los dos se implicara demasiado. Era demasiado tarde para mí. Ya había llegado demasiado hondo y estaba agitando las manos como un hombre que se ahogara, desesperado por alcanzar la boya más próxima, que resultaba ser que mi hermano volviera al trabajo.

—Espera aquí a que vaya por el coche...

—¿Qué pasa? —Remy me detuvo clavándome una muleta en el pie—. ¿Ha pasado algo malo entre tú y Abby?

—Para nada —dije, haciendo acopio de la latente habilidad actuaral que había llegado a perfeccionar de niño, convencido de que engañaría a Remy. Nunca había visto más allá de mi máscara de bravuconería. Ni la primera vez que yo había intentado ocultar las lágrimas, a los ocho años, cuando mi padre me gritó por parecerme a «esa zorra francesa que me tendió una trampa para que me casara con ella»; ni ninguna de todas las ocasiones, después de que mamá muriera, en las que me sometía a sus insultos y me hacía sentir incompetente e inútil.

En esos tiempos, me enfadaba con Remy por estar ausente, por no ver lo que pasaba, por no hacer nada al respecto. Lo odiaba por estar tan concentrado en su formación y sus estudios, o en sus sueños de llegar a ser dueño de una pastelería.

Pero según fue escalando la capacidad de torturarme de papá, me alegré de que Remy no hubiera estado presente para presenciarlo. Papá me había destrozado la vida; no quería que también estropeará la de Remy. Remy era un buen tipo. Cuidaba de mí cuando podía. Tenía suerte de que fuera mi hermano.

Cuando papa murió, Remy había sacado en una ocasión el tema de mi

evidente animosidad hacia nuestro padre. Acabé lanzando contra la pared la jarra de cerveza favorita de papá, haciéndola añicos y riendo histéricamente. Remy había pensado que la causa de mi ataque de furia era el dolor por la pérdida y la hiperactividad de las hormonas adolescentes de mis quince años. Afortunadamente, no había vuelto a mencionar el tema.

Así que invoqué mis detestadas dotes interpretativas para forzar una sonrisa resplandeciente.

—Ha sido genial trabajar junto a ella.

Entornando los ojos, Remy clavó una mirada en mí por la que supe que en aquella ocasión no me creía.

—No me refiero al trabajo, y lo sabes.

—Lo hemos pasado fenomenal —me encogí de hombros con fingida indiferencia, rogando que el dolor que sentía en el pecho se me fuera lo antes posible—. Todo está bien.

—¿«Lo hemos»? —preguntó en tono de reproche—. ¿Habéis acabado?

Sintiéndome como un capullo por mentir una vez más a mi hermano, asentí con la cabeza.

—Ya me conoces. No estoy hecho para durar.

—Eres un imbécil —Remy resopló con desdén; sacudió la cabeza—. Abby es una gran chica. Tú vas a quedarte en la ciudad. ¿Por qué no exploras hasta dónde llegáis?

Yo sabía exactamente adónde llegaríamos. Al desastre.

—Voy a por el coche —dije, echando a andar.

Ese era mi *modus operandi* y no pensaba cambiarlo.

Solo me quedaba confiar en que Abby lo comprendiera.

Capítulo 21

Abby

Disfrutando de la pausa en la frenética actividad de la mañana, me tomé un café en la cocina mientras repasaba las tareas de la tarde.

Pero cada vez que llegaba al tercer punto en la lista, Tanner aparecía en mis pensamientos y conseguía convertirse en el foco exclusivo de mi atención.

No tenía sentido seguir negándolo. Me había enamorado de él.

Y por la mañana había estado a punto de cometer el descomunal error de decírselo. Había resultado tan cómodo, tan fácil, despertar a su lado y charlar pausadamente sobre el día que teníamos por delante. Durante un instante, un instante agónico, había pensado que los dos sentíamos lo mismo. Me miró a los ojos, me tomó la mano y abrió la boca para decir algo.

Contuve el aliento, esperando que dijera que no quería que lo nuestro acabara. Que quería explorar nuestra relación. Que me quería a su lado por más tiempo que unas pocas semanas.

En lugar de eso, se llevó mi mano a los labios y me la besó, antes de rodar sobre mí y devorarme entera.

Era un maestro en distraerme con su cuerpo, logrando que el mío despertara como jamás había soñado que fuera posible. Así que me entregué al placer y decidí esperar al momento adecuado.

Se lo diría. Pronto. Y rezaría para que no saliera huyendo.

Se había ido de mi apartamento temprano, diciendo que tenía una cita, pero su comportamiento había sido particular. Casi como si hubiera erigido una muralla después del espectacular sexo que habíamos tenido al despertar.

¿Habría intuido mi inminente declaración? ¿Estaba cansado por lo poco

que habíamos dormido, una vez más? Al margen de lo que le pasase, yo contaba con que apareciera en cualquier momento para ayudar; entonces mantendría las cosas en un plano estrictamente profesional antes de invitarle a una cena íntima. Durante la que pondría las cartas sobre la mesa.

La puerta trasera crujió. Yo me erguí y me recogí mecánicamente unos mechones que se habían escapado de la redecilla.

Tanner cruzó el umbral con gesto impasible y manteniéndola abierta, esperó.

—Hola ¿qué...? ¿Remy? —grité al ver entrar a mi jefe en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Corrí a darle un abrazo, sorprendida y contenta de verlo.

—El médico me ha dado el alta anticipada porque estoy mejorando deprisa. Así que estoy de vuelta —miró alrededor con un teatral gesto de enojo—. Tienes suerte, aparentemente, todo parece estar en orden.

Le di una palmada en el brazo.

—Tanner y yo no hemos solo protegido el fuerte, además hemos cumplido con pedidos muy complicados y hemos obtenidos muchos beneficios.

—Recuérdame que te suba el salario —los ojos de Remy brillaban de agradecimiento—. En serio, chica, has hecho un trabajo excepcional y no podría estarte más agradecido —se volvió hacia Tanner, que no se había movido de la puerta—: A los dos.

—Otra vez con la blandenguería —dijo Tanner, poniendo los ojos en blanco y riéndose—. Vamos a instalarlo en un taburete o una silla para que pueda empezar a dar órdenes y comportarse como un peñazo de jefe.

Sonó la campanilla de la puerta que indicaba que alguien había entrado en la pastelería.

—Voy yo. Makayla ha salido a un recado y Shaun ha llamado diciendo que está enfermo.

Remy me indicó que me fuera con un ademán de la mano.

—Me alegro de que estés de vuelta —le di otro abrazo impulsivo antes de salir por el pasillo que llevaba a la pastelería.

Y me quedé parada al ver quién era.

—¿Qué haces aquí? —entorné la puerta que separaba la tienda de la cocina para evitar que Tanner y Remy me oyeran echar a mi madre—. Tienes que marcharte. Ahora mismo.

Tuvo mérito que permaneciera impertérrita ante mi destemplada orden.

—He venido a disculparme.

—¿Por qué? ¿Por no haber creído en mí en veintidós años? ¿Por intentar que fuera un clon de ti? ¿Por proyectar en mí tus expectativas y tratarme como basura cuando no cedí? ¿Por empujarme hacia un matrimonio sin amor? ¿Por tener el valor de pedirme que volviera a vivir una farsa por el bien de tu maldito ego?

La tristeza hizo que sus labios pintados de carmín dibujaran una curva invertida. Sacudió la cabeza.

—Y por muchas otras cosas. Este no es el sitio ni el momento. Estoy trabajando.

—Lo sé —miró alrededor, haciendo un gesto de aprobación con la cabeza—. Solía encantarme pasar junto a este sitio, pero nunca me atrevía a entrar por miedo a engordar solo con mirar los pasteles.

¿Mamá había pasado al lado pero nunca había entrado? ¿Cabía la posibilidad de que tuviera alma, después de todo? Pero de ser así, si realmente le importara, habría querido hablar y abrazarme, perdonarme. En lugar de eso había esperado doce meses eternos antes de asaltarme en la universidad, exigiéndome una vez más que me doblegara.

Me reventaba la chispa de esperanza que había prendido inicialmente al verla. Porque después de todo lo que había sufrido con mis padres, debía de haber escarmentado. Mamá no había conseguido convencerme de que me amoldara al estilo de vida Prendigast en el primer asalto; tocaba enfrentarse al segundo.

Se acercó al exhibidor y lo acarició con los dedos.

—Todo tiene un aspecto tan delicioso: esos *macarons* en miniatura, los cruasanes, las tartaletas. Estoy salivando.

—Los he hecho yo —dije, cuadrándome de hombros, esperando como mucho un cumplido desganado—. Es lo que más amo hacer.

—Tienes suerte de cumplir tus sueños —carraspeó, y se volvió para mirarme—. De hecho, por eso estoy aquí. Para ayudarte.

—No necesito que me ayudes.

No necesitaba nada de ella desde que me había abandonado cuando más la necesitaba, para solo aparecer a reñirme la semana anterior y tratar de convencerme de que, si volvía, «todo quedaría perdonado».

Como si necesitara su perdón.

Mamá suspiró y se alisó una imaginaria arruga del dobladillo de la

chaqueta.

—Sé que nada de lo que diga puede compensar que me haya mantenido alejada todo este año. Ni la forma en que te traté cuando te asalté en la universidad —movió la mano hacia las vitrinas—. Pero espero que mis actos hablen por mí mejor que cualquier disculpa que pueda elaborar.

La curiosidad atemperó mi rencor.

—Hablas como si estuvieras planteándome una adivinanza.

—He venido a ofrecerte una rama de olivo —respiró profundamente—. Si tu sueño es ser chef de repostería, quiero ayudarte a lograrlo. Así que estoy dispuesta a financiar tu propia pastelería. Donde sea. Pagaré el alquiler tanto tiempo como quieras. O compraré el edificio.

Mientras yo intentaba entender el sentido de las palabras que brotaban de la boca de mi madre, ella continuó:

—Sin ningún compromiso por tu parte. No pido que me perdones. Pero me gustaría volver a formar parte de tu vida. Compensarte por el tiempo perdido... —la frase quedó incompleta; siguió con un hilo de voz—: Creo que sentía celos de ti por tener el valor de valerte por ti misma; por no doblegarte, tal y como hago yo.

Sacudió la cabeza; su inmaculada melena rubia se meció sobre sus hombros.

—Llevo años diciéndome que no me importa que tu padre lleve las riendas, que tengo una vida plena y feliz. Pero al final, ¿qué tengo para demostrarlo, aparte de un vestuario de diseño, un deportivo y una melena perfecta?

No pude evitar sonreír. Mama siempre se había sentido muy orgullosa de su pelo.

—Si sirve de algo, Abigail, lo siento. Todo —dio un paso tentativo hacia mí, temiendo mi reacción.

Yo vacilé, anhelando cerrar el abismo que nos separaba, que el pasado se desvaneciera, pero aterrada de que volviera a decepcionarme.

—Abigail, por favor...

No pude ignorar la temblorosa súplica en su voz ni la generosa oferta. Así que avancé hacia ella y me cobijé en sus brazos. Las lágrimas me quemaron los ojos y dejé que brotaran mientras aspiraba el familiar aroma a rosas de mi madre y me entregaba a su reconfortante abrazo. Lo había necesitado; la necesitaba a ella. En cualquier caso, era mejor tarde que nunca.

Cuando nos separamos, tenía los ojos enrojecidos y parpadeó rápidamente para contener las lágrimas.

—Así que ¿qué me dices? ¿Te apetece ser tu propia jefa?

Su oferta me había dejado atónita, pero tenía que expresar mi rechazo de manera que lo comprendiera.

—No sabes cuánto agradezco tu oferta, mamá, de verdad. Pero quiero seguir aprendiendo de Remy y terminar mi formación aquí.

Cuando sus labios se fruncieron en un gesto de desilusión, añadí:

—Pero después, ¿quién sabe? Me encantaría tener mi propia pastelería.

—Eso es estupendo —me tomó las manos y me las apretó—. Siento haber tardado tanto en decirlo, pero estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, mamá. Viniendo de ti, me importa mucho.

Me miró con una sonrisa genuina mientras posaba las manos en mis hombros y estiraba los brazos para observarme.

—Tu padre es un viejo testarudo, pero confío en conseguir que cambie de idea.

—No apuestes nada.

Mi respuesta cortante hizo que se riera.

—Aunque no lo haga, espero que eso no afecte a nuestra relación.

—¿De verdad, mamá? —mi incredulidad era patente—. ¿Te has preguntado alguna vez porque era una niña tan sumisa y obediente?

Mamá se ruborizó y su mirada se ensombreció, pero la única manera de que nuestra relación pudiera llegar a consolidarse era siendo completamente sincera.

—Lo siento, mamá, pero me limitaba a copiarlo. Papá daba las órdenes. Tú hacías lo que él decía. Y si no estabas de acuerdo, él te sometía a uno de sus prolongados silencios. Como a mí —sacudí la cabeza, abatida por el recuerdo de quién había sido, y al mismo tiempo, orgullosa de haber llegado tan lejos—. Así que empecé a imitarte, y pronto me resultó más fácil asentir a todo que crear problemas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿No tuviste una infancia tan espantosa, no? Te queríamos. Te dábamos todos lo...

—La vida no consiste en tenerlo todo, sino en ser honesto con uno mismo —hice un movimiento semicircular con la mano—. Me siento más viva aquí de lo que jamás me había sentido antes.

Vi la expresión mortificada de mi madre, pero eso no me detuvo. Si quería que avanzáramos en el futuro, tenía que hacerle saber hasta qué punto lo había pasado mal.

—No te culpo a ti del todo, mamá, pero vivir en una casa en la que lo más fácil era obedecer a todo hizo que no supiera negarme cuando debía de haberlo hecho, como cuando accedí a casarme con Bardley.

Sus labios se fruncieron en un gesto de obstinación.

—Pero habíais crecido juntos. Él es tan buen chico, teníais tanto en común...

—Nunca lo amé y resultó ser un capullo controlador y un maltratador psicológico.

Ni siquiera pestañeó ante mi grosero vocabulario. En cambio, la vi empequeñecerse ante mis ojos, hundir los hombros, vencida.

—No sé qué decir...

—No te digo todo esto para hacerte sentir mal —le di una palmadita en el brazo—. Solo quería que supieras por qué he luchado tanto para ser independiente y por alcanzar mis sueños en lugar de vivir los de otros.

Asintió y sus ojos se aclararon con comprensión.

—Tú has sido sincera conmigo, así que yo voy a serlo contigo. No creo que tu padre cambie de actitud. Sigue enfurecido con tus «excentricidades» —acompañó la palabra con unas comillas dibujadas en el aire—. Pero haré lo que pueda para hacerle entrar en razón.

—Gracias, mamá.

En esa ocasión, me incliné para darle un breve abrazo. Tenía que reconocerle el valor de no haber negado mis acusaciones o que no hubiera dado media vuelta y se hubiera marchado sobre sus caros tacones. Quizá cabía la posibilidad de que retomáramos una relación maternofilial. Una de verdad, libre de autoritarismo, sumisión y mentiras.

—Entretanto, permaneceré en contacto contigo, y si necesitas cualquier cosa, llámame, ¿de acuerdo?

Me dio un beso en la mejilla, me dedicó una última mirada de desconcierto, como si no llegara a comprenderme del todo y abandonó la pastelería, dejando al partir un rastro de olor a rosas en el aire.

No habíamos quedado en nada concreto. No habíamos mencionado una cita para comer juntas. Por el momento, me bastaba. Conocía bien a mi madre y sabía que haberse presentado en la pastelería para ofrecerse a apoyarme

significaba haber dado un paso de gigante por su parte.

Era un comienzo.

Más tarde, reflexionaría sobre nuestra conversación. En aquel momento, tenía que preparar un montón de buñuelos y poner al día a Remy sobre los últimos acontecimientos.

Empezando por contarle cómo su hermano me había robado el corazón sin pretenderlo, y que no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

Capítulo 22

Tanner

En cuanto oí a la madre de Abby ofrecerle montar su propia pastelería, debería de haberme alejado de la puerta y vuelto a la cocina.

Cuando habíamos oído inicialmente que Abby alzaba la voz, Remy me había mandado a comprobar qué pasaba, pero me quedé parado al ver por la puerta entornada que Abby discutía con una mujer.

Tengo que admitir que me dominó la curiosidad al oír que Abby llamaba «mamá» a la mujer madura, inmaculadamente vestida y con una perfecta melena rubia.

Así que aquel era el dragón que había abandonado a su hija un año entero. No parecía tan temible. Pero también la mayoría de la gente pensaba que mi padre parecía un ángel y, sin embargo, tenía el alma de un diablo.

Me sentí muy orgulloso por cómo Abby se había encarado a su madre. Pero no parecía que esa fuera la primera vez que coincidían. Oí algo sobre haber asaltado a Abby en el exterior de la universidad.

Lo que significaba que me había mentido. Me había dicho que sus padres no la habían contactado en los doce últimos meses, sin embargo, era evidente que había visto a su madre. ¿Por qué me habría ocultado eso?

Si había necesitado una prueba de que solo me consideraba un rollo pasajero, esa lo era. Obviamente, no quería hacerme partícipe de sus asuntos familiares, puesto que lo nuestro tenía fecha de caducidad.

Una fecha que yo estaba decidido adelantar a aquel mismo día.

Permanecí en la puerta como una maldita serpiente hasta que fui testigo de su feliz reconciliación. Abby había perdonado a su madre. Había aceptado la pastelería. Sería acogida de nuevo en la familia. ¿Quién podía saberlo? Quizá

hasta encontraría otro gilipollas rico que perteneciera a su círculo social con el que enrollarse.

Nada de eso debía de importarme. El dolor que sentía en el pecho tenía que deberse a la acidez de los tres cafés que había tomado en el hospital.

En cierto sentido, la decisión de Abby me facilitaba las cosas. Había llenado mi cupo de ser el segundón durante mi infancia. En aquella ocasión, no pensaba quedarme para ser el segundo plato de nadie. Nunca más lo haría.

Dejándolas fundidas en un abrazo lloroso, me retiré de la puerta. Había llegado la hora de marcharme.

Cuando entré en la cocina, Remy estaba ojeando uno de los cuadernos de Abby, que estaba lleno de sus anotaciones y con recetas, recortadas de revistas y periódicos, intercaladas.

Yo le había tomado el pelo a Abby por la cantidad de cuadernos que tenía en su apartamento. Me había dicho que eran su obsesión y que la dejara en paz, pero me encantaba observarla mientras, sentada en su sillón favorito, pasaba las páginas con aire abstraído, mordiéndose el labio inferior y con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Le encantaba su trabajo y se notaba. Sería una gran chef pastelera, tan buena como para competir con Remy. Confiaba en que tuviera suerte. La pena era que yo no me quedaría lo suficiente como para ser testigo de su éxito.

—¿Qué ha pasado ahí delante? —Remy cerró el cuaderno y lo dejó en la encimera—. Abby sonaba disgustada.

—Es su madre.

Remy me miró boquiabierto, como si acabara de anunciar una visita de la reina.

—¿Está aquí?

Asentí con la cabeza y señalé hacia atrás con el pulgar.

—Se han reconciliado.

—Me alegro por ella —la inquietud que ensombreció el rostro de Remy no se disipó de inmediato—. Esa familia tiene que esforzarse mucho para compensar a Abby por haberla abandonado como lo ha hecho.

—Estoy de acuerdo —miré el reloj como si tuviera algo urgente que hacer—. Ahora que ya estás de vuelta, hermano, tengo un montón de trabajo para ponerme al día. Tómalo con calma. Me voy.

Debía de haber supuesto que Remy no me dejaría ir tan fácilmente.

—Pero vas a volver, ¿no?

Podía haberme inventado una mentira cualquiera. Pero se trataba de Remy. A él no podía hacerle eso.

—No.

Una negativa rotunda y cortante que quedó suspendida en el aire como una nube hedionda, pesada y opresiva. Cualquiera que la hubiera oído se habría puesto alerta.

—¿Te vas? —preguntó, su labio superior dibujando un gesto despectivo. No lo culpaba. También yo me despreciaba.

—Me quedo en Sídney, pero ya no voy a venir a ayudar —metí las manos en los bolsillos, alarmado al ver que me temblaban levemente. Había llegado el momento. Rompía con Le Miel. Y con Abby—. Todo está en orden. Iré a verte a casa, y si necesitas cualquier cosa, no tienes más que llamar.

—Huyes por miedo. Una vez más —me atacó Remy, lanzando cada palabra como un puñal—. Permite que adivine: ni siquiera vas a despedirte de Abby.

Sintiéndome como un despreciable cabrón, me encogí de hombros.

—La llamaré.

—¿La llamarás? ¡Qué jodidamente magnánimo! —dijo Remy con un desprecio que no era mayor que el que yo mismo sentía—. No puedo creer que pensara que habías cambiado; que esta vez sería distinta.

No debería de haberle preguntado a qué se refería. Pero cometí el error de dejar que la pregunta escapara de mis labios.

—¿Distinta en qué sentido?

—Parecías más animado, más feliz que nunca —parte de su enfado se diluyó al tiempo que su rostro se relajaba en un gesto que rozaba la antipatía—. Sabía que era por Abby. Te sentaba bien. Y juzgando por como ella se ha iluminado cuando has entrado por la puerta, diría que el sentimiento es mutuo. Pero vas a cagarla una vez más. A huir, tal y como acostumbras. A actuar como un grandullón al que no le afecta su pasado, cuando en realidad te consume.

—Estás diciendo gilipolleces —salté, negándome a reconocer el destello de miedo que despertaba en mí la acusación de Remy—. Y reserva la psicología barata para ti mismo.

—No. Esta vez vas a escucharme.

Nunca había oído a Remy hablar en aquel tono grave y letal. Frío como un

témpano. Escalofriante.

—Papá te traumatizó. Vale. Por alguna razón que desconozco te odiaba, y lamento no haber estado con vosotros lo bastante como para haberme dado cuenta a tiempo. Pero está muerto. Ya no puede herirte, así que ¿por qué consientes que lo haga?

Miré a Remy boquiabierto por la sorpresa. No le había hablado nunca de papá. Había hecho todo lo que estaba en mi mano para actuar como si no pasara nada cada vez que Remy cenaba con nosotros. Había fingido que todo iba bien mientras él perseguía sus sueños y yo vivía en casa con un monstruo que me responsabilizaba de todo lo malo que le había pasado en la vida.

Podía negarlo. Pero ¿qué sentido tenía? Además, podía sentarme bien descargarme de parte de la mierda que tenía contenida, más teniendo en cuenta que era el motivo de que fuera a mandar al carajo lo mío con Abby.

—¿Cómo lo adivinaste?

Remy se desfondó, envejeciendo ante mis ojos.

—El día antes de que papá muriera, llegué a casa antes de lo que esperaba. Os oí discutir. Oí algunas de las cosas que te dijo... —se le quebró la voz y tuvo que carraspear para poder continuar—. Me odié por no haberlo sabido, por no haber estado más atento. Iba a hablar con papá de ello, y contigo, pero al día siguiente sufrió el ataque al corazón y pensé que no tenía sentido escarbar en el tema cuando tú estabas claramente aliviado.

—Fue el mejor día de mi jodida vida.

Desafortunadamente, no me compensó por el peor episodio de todos. El día que oí discutir a mis padres, el día que descubrí por qué mi padre me odiaba, el día que mi madre había estado tan disgustada como para subirse al coche enfurecida, derrapó y chocó contra un árbol, muriendo en el impacto.

Los ojos de Remy brillaron con comprensión.

—¿Te pegó alguna vez?

Sacudí la cabeza.

—Nunca con los puños, solo con la cuchara de madera en el culo; pero lo otro era peor... —y me salió todo, como un forúnculo lleno de pus que explotara—. Me agarró un par de veces, me sacudió hasta que casi se me saltaron los ojos mientras me dedicaba los insultos habituales. Sobre cómo me parecía a mamá y por eso le recordaba constantemente que había cometido el mayor error de su vida al casarse con ella.

Tenía el pecho agitado por el esfuerzo de contener los sollozos.

—Pero no se detuvo ahí. Porque mantenerme impertérrito a su maltrato y preguntarle qué había detrás de su odio hacia mí fue como abrir una botella que contuviera un genio atrapado. Desafortunadamente para mí, de ella salió una mayor inquina, y te aseguro que el genio no me concedió tres deseos.

Quería contárselo todo a Remy, pero no podía. Si ya parecía horrorizado por mi confesión parcial, el resto lo destrozaría, y yo no quería ser responsable de algo así.

Una risa desdeñosa, carente de todo humor, explotó en mi boca.

—Cuando tú estabas, se comportaba con normalidad. Cuando no estabas, se dedicaba a alabarte y actuaba como si yo no existiera. A no ser que fuera para acusarme de ser tan inútil como mamá, claro está. Yo fingía que sus constantes humillaciones me daban lo mismo. Que era impermeable a lo que dijera. Pero todavía hoy siento que no valgo nada. Que todo el mundo puede ver que, en el fondo, soy pura escoria... —sonaba frágil, roto, y me mortificó.

Le había ocultado todo a Remy; no había querido preocupar a mi idolatrado hermano. Remy había sido mi roca, lo único constante en mi patética infancia. Que supiera hasta qué punto estaba hecho polvo... Debería de haberme sentido mejor al confesarme finalmente; pero solo me sentí cien veces peor.

—Joder, cuánto lo siento. No tenía ni idea... —dijo Remy con voz queda, a la vez que hacía una mueca de dolor y se pasaba la mano por los ojos—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—No tenía sentido que los dos creyéramos en esa mierda.

Aunque me picaban los ojos, no estaba dispuesto a llorar por el viejo cabrón. Que mi hermano me mirara como si acabara de clavarle un puñal en el pecho era otro asunto. Iba a ponerme a llorar como un bebé si seguía mirándome con los ojos rebosantes de lástima y de lágrimas.

—¿De verdad sigues sintiendo que no vales nada?

Esa era una pregunta que no quería contestar porque decirlo en alto me hacía sentir patético. En mis entrañas, seguía siendo un niño lleno de amargura, resentido y enfadado, e incapaz de hacer nada al respecto.

Cuando no respondí, Remy se hundió un poco más, como si se encogiera en sí mismo.

—Mierda, lo siento mucho, Tanner. Pero piensa en lo lejos que has llegado —Remy señaló hacia la puerta con los ojos llenos de las lágrimas que yo

había provocado. Yo. Eso me destrozó el corazón una vez más—. Ahí fuera hay una mujer increíble, que estoy seguro de que está loca por ti. Y vas a dejarla porque...

—Porque algún día será ella quien me deje. Su madre acaba de ofrecerle una pastelería propia —siseé entre dientes; la futilidad de todo aquello inundándome como una ola de agua helada—. ¿No lo entiendes? Jamás seré lo bastante bueno para alguien como ella.

Una lágrima rodo por la mejilla de Remy.

—Tú eres el mejor...

—Gracias, hermano, pero esto es lo que hay.

Tenía que irme antes de perder los papeles completamente. O peor, antes de que Abby volviera.

—Despídete de Abby de mi parte.

Salí por la puerta sin esperar a la respuesta de Remy.

Capítulo 23

Abby

Me sequé los ojos con los dedos porque no quería que Remy y Tanner me interrogaran por el motivo de mis lágrimas cuando entrara en la cocina.

No podía creerlo. Mi madre haciendo un gesto de generosidad. Pidiéndome que la perdonara. Queriendo estar en contacto conmigo sin pretender dirigir mi vida. A pesar de que los culpaba de tantas cosas, había echado de menos a mi familia y después de nuestro último enfrentamiento había abandonado toda esperanza de volver a pertenecer alguna vez a los Prendigast. Pero si mamá había abierto una ranura, confiaba en que papá la siguiera y que, en algún momento, volviéramos a ser una familia.

No como en el pasado, cuando yo temía expresar en alto mis opiniones o haciendo todo lo que se me ordenaba, pero de una forma madura en la que nos respetáramos los unos a los otros.

Al menos cabía esa esperanza.

Me detuve en la puerta de la cocina, tomé aire varias veces antes de componer una sonrisa y entrar. Pero encontré solo a Remy, abatido, con la cabeza apoyada en las manos y expresión de haber recibido una mala noticia.

Tanner no estaba por ninguna parte.

Me aproximé a él invadida por una espantosa aprensión.

—Hola ¿va todo bien?

Cuando alzó la cabeza y sus ojos llorosos me miraron colmados de dolor, tuve la certeza de que no. De hecho, algo malo había pasado en los minutos que yo había estado ausente, y me froté los brazos para contrarrestar el escalofrío que me recorrió la espalda.

—¿Dónde está Tanner?

Remy sacudió la cabeza con una actitud tan abatida que me dieron ganas de abrazarlo.

—Se ha ido.

—¿Os habéis peleado?

—No —dijo una palabrota, algo que no hacía jamás. Acerqué una banqueta y me senté a su lado—. Me cuesta decirlo, pero no va a volver.

Aturdida, me incliné hacia él.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no va a volver a ayudarnos? Es lógico, pero...

—Se ha ido, Abby —habló con dulzura, apenas en un susurro—. Y me ha pedido que te diga adiós de su parte.

Tardé unos segundos en entender a lo que se refería, pero cuando lo hice, tuve que apoyar la espalda en la encimera al sentirme invadida por el horror, la desilusión y, finalmente, la perplejidad. Un escalofrío helado y debilitante se extendió desde mi pecho al resto de mi cuerpo, haciendo que sintiera un cosquilleo en brazos y piernas que se transformó en temblor.

No contribuyó a anestesiar el dolor que me retorció las entrañas, provocándome ganas de vomitar.

—¿Qué ha pasado? Solo he estado fuera unos minutos.

No podía comprenderlo. Aquella mañana, en la cama, me había dado la sensación de que le importaba verdaderamente a Tanner. A las pocas horas, ¿se iba sin tan siquiera despedirse? No tenía lógica. Desafortunadamente, dudaba de que nada de lo que Remy pudiera decirme fuera a aclarar mi confusión.

—Tanner está aterrado, y cuando se siente superado, huye —Remy se pellizcó el puente de la nariz—. Siempre ha actuado así.

—¿Soy yo el motivo de ese terror?

Remy tuvo la decencia de mirarme a los ojos y asentir con la cabeza.

—Creo que sí. Nunca le había visto tan feliz. Por eso pensaba que esta vez sería diferente.

Una punzada de celos atravesó mi tristeza.

—¿Le ha hecho esto a otras mujeres?

—No, nunca había intimado tanto con ninguna otra mujer —Remy frunció profundamente el ceño—. Tú eres la primera, por eso pensaba que se quedaría y lucharía.

—No lo entiendo. ¿Está aterrado porque está feliz?

Remy asintió con pena, dibujando con los labios una curva descendente.

—Piensa que no es lo bastante bueno para ti.

—¿Qué? —me llevé la manos a las sienas sin poder dar crédito a lo que oía, al tiempo que intentaba conseguir entenderlo—. Tiene éxito, es rico y es atractivo. ¿Por qué no iba a ser lo bastante bueno para mí?

Una rabia contenida reemplazó a la indignación.

—Yo no me voy a ir a ninguna parte, así que ¿qué le ha hecho pensar que fuera a marcharme?

Remy me miró de frente con expresión sombría.

—¿Te ha mencionado a nuestros padres?

Asentí.

—Sí. Por lo que parece, adoraba a tu madre, pero vuestro padre era horroroso.

—Vale, así que sabes algo de eso... —Remy sacudió la cabeza—. No debo ser yo quien te cuente lo que acabo de averiguar, pero baste decir que Tanner ha vivido un verdadero infierno y que está herido... —se encogió de hombros, un gesto sencillo pero cargado de impotencia—. Ha afectado a su estado mental. Lo que explica que en cuanto heredó su parte, se rebelara y tuviera la determinación de independizarse y ponerse a prueba ante sí mismo y ante el mundo.

La imagen que evocó mi mente me rompió el corazón. Un niño que perdía a sus padres de pequeño y que quedaba sentimentalmente marcado por ello. Un niño con una dificultad innata para confiar en los demás, con la excepción de su hermano, que era su apoyo en cualquier circunstancia. Ese niño se había vuelto un hombre que continuaba rehuyendo la intimidad porque seguía desconfiando de los demás.

Pero yo no le había dado la menor señal de poder herirlo.

Excepto haber expresado claramente que nuestra relación solo podía ser pasajera.

Maldición. Básicamente le había dicho desde el inicio que era una de tantas personas en su vida que solo estaban de paso. No era de extrañar que saliera huyendo al ver que lo nuestro empezaba a ir a en serio.

Mascullé un juramento entre dientes.

—¿Qué puedo hacer?

Remy me dio una palmada en el brazo.

—¿Sinceramente? Nada. Sé por experiencia que una vez Tanner toma una decisión, nada ni nadie puede hacerle cambiar de ida.

Desvió la mirada, y su expresión esquiva incrementó mi inseguridad.

—Piensa que cuando abras tu propia pastelería, volverás a tu vida pasada y no lo querrás a tu lado porque su estilo no encaja en ella.

—¿Pero qué...? —sacudió la cabeza aturdida—. Pero si no voy a abrir mi propia pastelería. Bueno, puede que algún día, pero aquí estoy feliz.

La expresión de Remy se animó al mirarme.

—Pero Tanner ha oído la oferta de tu madre y le ha parecido que la aceptabas.

—Está equivocado —me masajee las sienes frenéticamente—. Eso es lo malo de escuchar a hurtadillas.

Remy consiguió componer una débil sonrisa ante mi enojado comentario.

—Entonces, ¿te quedas?

—Tanto tiempo como tú me quieras aquí —me incliné y le di un abrazo impulsivamente—. Me salvaste cuando más lo necesitaba. Jamás te traicionaría.

—Recuperar a tu familia no es una traición —dijo con dulzura—. Yo vi lo desesperada que estabas cuando te abandonaron.

—¿Estás seguro? Quiero dar a mamá el beneficio de la duda y creer en su generosa oferta, pero una parte de mí no puede evitar pensar que está intentando comprar mi perdón.

Remy asintió con el ceño fruncido en un gesto de concentración.

—Teniendo en cuenta lo que ha tardado en localizarte, puede que tengas razón. Pero es tu madre. Acepta el consejo de alguien que perdió a la suya demasiado pronto y que daría lo que fuera por haber pasado más tiempo con ella. No pierdas tiempo analizando sus motivos. Limítate a darle una oportunidad.

Le apreté una mano.

—Gracias. Eres un buen amigo.

—A tu disposición —se borró la sonrisa de sus labios al tiempo que volvía a fruncir el ceño—. En cuanto a Tanner, creo que tienes que darle tiempo. Espacio. Deja que reflexione. Que se le pase la rabia. Lo que sea que tenga que hacer.

Alzó la mano y cruzó los dedos.

—Y con suerte, en esta ocasión no se cargará lo mejor que le ha pasado en su vida.

Valoraba la opinión de Remy. Pero dado que yo había dejado una relación

y no había vuelto a mirar atrás, tendría que confiar en que Tanner no hiciera lo mismo.

Capítulo 24

Tanner

—Estás de un humor de perros —Hudson entró en mi despacho y se sentó en el borde del escritorio—. ¿Problemas con mujeres?

—Vete por ahí —mascullé, resistiéndome a hablar de Abby. En aquel momento o en cualquier otro.

—¡Qué amable! —Hudson tocó la pantalla de su móvil y lo volvió hacia mí—. ¿Qué te parece esto?

Si se trataba de trabajo, no tenía ningún problema. El trabajo me permitía permanecer centrado y activo. El trabajo era algo que podía comprender. Al contrario que el tumulto de sentimientos que me estaban reconcomiendo, alterando cada minuto que estaba en vela y la gran mayoría de mis sueños.

Habían pasado tres días desde que me había ido de Le Miel. Setenta y dos horas durante las que había combatido el impulso de llamar a Abby. Para darle una explicación. Para disculparme. Para hacer lo que fuera necesario y suavizar el dolor que debía de estar sintiendo.

Porque si padecía la mitad que yo, debía de estar sumida en una completa agonía.

Miré la pantalla.

—¿Una actuación en directo?

Hudson asintió.

—Es lo habitual en los locales de Las Vegas. Organizan actuaciones especiales en directo para atraer gente.

—Nunca nos hemos dado conocer como un local con música en vivo.

—Precisamente por eso sería una innovación —sacudió el móvil ante mis ojos y yo lo aparté de un manotazo—. ¿Qué ha pasado con el tío que estaba

siempre dispuesto a asumir riesgos?

Había asumido el riesgo de hacer un hueco a Abby en mi vida y estaba sufriendo las consecuencias. Arriesgarse era de idiotas.

—Hazme una propuesta. Prepara un presupuesto. Mándamelo por correo y le echaré un ojo.

—Esa es la actitud —Hudson señaló con el pulgar hacia arriba—. Y ahora: ¿qué te parece si salimos esta noche? Una noche solo para chicos que incluya alcohol en abundancia y chicas sensuales. ¿Qué me dices?

La idea de estar con otra mujer me ponía los pelos de punta. Lo que era una locura, puesto que Abby y yo habíamos acabado. No le debía nada. Pero era demasiado pronto.

—Gracias por la invitación, pero voy a trabajar hasta tarde.

Hudson se puso en pie y resopló.

—Escucha, aun a riesgo de que me des un puñetazo, llevas encerrado aquí los últimos tres días. Te enfadas con cualquiera que se atreva a acercarse. Tienes al personal aterrado. Y yo estoy hasta las narices de que me trates más como a un enemigo que como a un amigo.

Me señaló con el índice.

—Más te vale hacer lo que tengas que hacer para animarte de una puñetera vez, ¿entendido? Enfréntate a lo que sea que te tiene alterado. Arráncatelo del pecho. Resuélvelo.

Lo único que podía sacarme de aquel estado de ánimo era volver a ver a Abby y eso no iba a suceder. En toda mi vida.

—Gracias por los consejos, colega —dije con sarcasmo, indicando la puerta—. Ahora, márchate y déjame solo.

—Capullo —masculló sacudiendo la cabeza mientras iba hacia la puerta, donde se detuvo—. Por si sirve de algo, me caías mejor cuando estabas saliendo con esa Abby. Te hacía feliz.

Emití un gruñido y me puse en pie con los puños apretados.

Hudson alzó las manos en señal de rendición.

—Solo era un comentario —dijo. Y cerró la puerta tras salir.

Abby me hacía feliz pero lo nuestro había acabado.

Cuando antes lo asumiera, mejor.

Capítulo 25

Abby

—¿Qué te parece?

Lancé una mirada asesina a Makayla al tiempo que la espalda me daba el enésimo tirón.

—Que el pilates es para contorsionistas.

—Es tu primera clase. Con unas pocas más le habrás pillado el tranquillo —Makayla entrelazó los dedos y estiró los brazos hacia arriba—. Es fantástico para adquirir flexibilidad y fortalecer el vientre.

—Tendré que creerte —hice una mueca de dolor a la vez que conseguía levantarme—. Entretanto, hay un baño caliente esperándome en casa que lleva mi nombre.

—¿Te apetece salir esta noche?

Makayla me hacía regularmente esa pregunta desde hacía tres días. Los tres días que habían pasado desde que Tanner había desaparecido de mi vida, y yo le había dejado ir.

—Gracias, pero prefiero descansar —hice girar los hombros confiando en que no sufrir una contractura. Al día siguiente tenía que preparar un gran pedido de cruasanes.

—Salir una noche te sentaría bien —Makayla se puso una toalla al cuello y se secó la cara—. Te ayudaría a quitártelo de la cabeza.

En teoría era una buena idea. Desafortunadamente, sospechaba que iba a tener que esforzarme mucho más para conseguir olvidarme de Tanner.

—Eres una buena amiga, pero estoy bien, de verdad.

Una mentira descomunal, pero había conseguido no derramar ni una lágrima por el momento, y pretendía no hacerlo. Era más fácil mantenerme

ocupada en el trabajo; luego, por la noche, ver en la televisión series repetidas y caer en la cama rendida. Temía quebrarme si Makayla empezaba a hacerme preguntas sobre mi ruptura con Tanner o si escarbaba demasiado debajo de mi frágil superficie. Una vez eso sucediera, todo lo que mantenía taponado en mi interior se desbordaría, y eso sería desastroso.

—No hace falta que me mientas —Makayla se dejó caer en un banco pegado a la pared de cristal de la sala del gimnasio y dio una palmadita en el espacio que quedaba a su lado—. Me basta mirarte para ver cuánto estás sufriendo.

Hice una mueca al tiempo que me sentaba a su lado. Y yo que creía que había conseguido disimular.

—¿Tanto se me nota?

—Yo he pasado por lo mismo. Es un asco —Makayla se encogió de hombros—. ¿Te ha explicado por qué rompía?

—No hemos hablado.

Makayla enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando Remy volvió, él se fue; y no hemos hablado desde entonces.

Makayla me miró desconcertada.

—¿No lo has llamado para preguntarle qué ha pasado?

—No.

—¿Por qué demonios no lo has hecho?

—Por dignidad. Orgullo. Indiferencia. Elige tú.

—Estás loca —Makayla me dio con el codo—. ¿Han pasado tres días y no has querido verlo o hablar con él?

Sabía perfectamente cuándo había sido la última vez había estado Tanner, aparte de haberlo visto brevemente cuando llevó a Remy a la pastelería. La mañana en la que lo había dejado dormido, sexy, en mi cama. La mañana que me había tomado la mano, me había mirado a los ojos y había abierto la boca para decir algo, probablemente improvisado, antes de echarse atrás.

Como yo. Podía haberlo incitado, haberle dado otra oportunidad. En lugar de eso, me había ido disparada a la ducha y había esperado a que se fuera para salir del cuarto de baño. De haber sabido que aquella era la última vez que lo vería, ¿habría actuado de la misma manera? Probablemente no. En ese sentido, era una cobarde.

No sabía qué me había asustado más aquella mañana: si la posibilidad de

que Tanner dijera que quería tener una relación duradera conmigo, o que yo le dijera: «¡Desde luego!».

—Remy y yo hablamos. Me recomendó que le diera a Tanner un poco de tiempo para reflexionar.

—Mala idea —Makayla imitó un zumbido—. Los hombres como él revierten al más puro estilo hombre cavernícola, le dan vueltas a la situación, se inventan razones que apoyan su punto de vista, y nunca vuelven a llamar.

Una brizna de duda atravesó mi calma previa. Había asumido que Remy sabía qué era lo mejor. Me había ayudado a entender el estado de ánimo de Tanner, y yo había comprendido que necesitara tiempo para pensar.

Pero ¿y si el consejo de Remy no había sido acertado? ¿Y si me había equivocado, dando a Tanner demasiado tiempo?

Eso me hizo reflexionar. ¿Qué habría pasado si hubiera intentado ponerme en contacto con mi familia después de haberme marchado? ¿Se habrían mostrado más dispuestos a escuchar mi versión de la historia una vez hubieran superado el shock inicial de mi huida? ¿Habríamos logrado conservar algo parecido a una relación en lugar de aquella incómoda distancia que mi madre se había ocupado de romper finalmente?

Había estado tan ocupada interpretando el papel de víctima en el último año, demasiado ocupada culpando a los demás, como para darme cuenta de que yo podía dar el primer paso.

Conquistar mi independencia era una cosa. Pero había dejado que el dolor de ser juzgada, y a continuación, el de ser abandonada, condicionara mi punto de vista.

Una vez hubiéramos superado las protestas iniciales de mi madre por haber manchado el apellido Prendigast y haber deshonrado a la familia, habría podido intentar que comprendiera. Podría haber explicado lo oprimida que me había sentido toda mi vida. Cómo Bardley había convertido mi vida en un infierno.

Podría haberle confesado cómo verla obedecer a papá en absolutamente todo, había dado lugar a que yo hiciera lo mismo. Que odiaba su mal genio cuando se enfurecía en cuanto alguien mostraba el más mínimo desacuerdo. Que era más fácil decir que sí a cualquier cosa que me pidieran antes que verme sometida a su trato frío y distante, tal y como había pasado las escasas ocasiones en que había pretendido expresar un punto de vista propio. Que tratar de agradar a los demás se había convertido en algo tan enraizado en mí,

que había tardado un año en finalmente sentir que tenía agallas.

En lugar de eso, no les había dicho la verdad sobre cómo me hacían sentir. También a ellos les había dado tiempo y espacio. Igual que a Tanner.

Maldición. ¿Habría cometido un error descomunal?

—Escucha, cariño, tienes que hablar con él. Tres días es demasiado tiempo para dejar que un hombre tome una decisión —Makayla se giró para mirarme de frente la vez que se tiraba de la coleta, un gesto que yo ya había llegado a entender que significaba que estaba preocupada—. Quién sabe qué excusas se inventará para justificar que no estéis juntos —me dio una palmada en el brazo y sonrió con dulzura—. Y hazme caso, estáis hechos el uno para el otro.

Me alegraba que estuviera tan segura. Era una lástima que yo no lo tuviera tan claro.

—¿Por qué? ¿Porque ninguno de los dos es capaz de mantener una relación?

—Porque os he visto cuando estáis juntos —me dio con el hombro suavemente—. Es como si no hubiera nadie más en la habitación. Solo tenéis ojos el uno para el otro.

—Lees demasiadas novelas románticas —dije, sabiendo exactamente a qué se refería, porque así era cómo me sentía cuando Tanner estaba cerca.

Como si él solo me viera a mí.

Era una sensación embriagadora para una chica que siempre se había sentido ignorada. Tanner me hacía sentir deseada, valorada e importante como no me había sentido nunca. Y eso solo en un supuesto *affaire*.

¿Qué se sentiría teniendo una relación verdadera con un hombre así?

Teniendo en cuenta que quizá había truncado cualquier posibilidad de que eso pasara, lo más seguro era que nunca lo averiguara.

—Ve a verlo —Makayla volvió a darme un empujón, aquel más decidido—. Además, has luchado para independizarte de tu familia. Has luchado para conseguir tu sueño y dedicarte a la repostería. ¿Por qué no ibas a luchar por amor?

Mi respuesta instintiva: «no lo amo», se apagó antes de cruzar mis labios.

No había amado a Bardley y cuando lo dejé, solo sentí tristeza por haber aguantado tanto durante tanto tiempo.

No había visto a Tanner en tres días y me sentía como si me hubieran arrancado las entrañas, las hubieran pasado por un procesador y las hubieran

devuelto a mi cuerpo en desorden.

Si aquello era amor, ¿quería padecerlo?

Por otro lado, Makayla tenía razón. Había luchado denodadamente para llegar donde estaba. Me había enfrentado a las expectativas de mi familia, a las convenciones sociales y a un marido posesivo para conquistar la libertad.

Tanner se había convertido en una parte importante de mi vida por mucho que me hubiera esforzado en tomármelo solo como el chico malo ideal para tener un rollo que me ayudara a purgar mi pasado.

Si no presentaba una mínima batalla, me arrepentiría, y ya tenía bastantes motivos de arrepentimiento como para que me duraran toda la vida.

Makayla debió de ver algo en mi semblante, porque sonrió.

—Vete a casa. Ponte guapa. Déjalo sin palabras.

—Gracias —le di un abrazo, atenaza por la emoción.

Ella culebreó para soltarse y me ahuyentó con un gesto de la mano.

—Y no te olvides de que mañana quiero tener todos los detalles.

—Eso si llego a trabajar —le guiñé un ojo, consciente de que nunca dejaría plantado a Remy, pero confiando en dormir poco una vez Tanner y yo nos reconciliáramos.

—A por él, amiga mía —Makayla me hizo una señal de ánimo, señalando con el pulgar hacia arriba mientras yo intentaba aplacar la bandada de mariposas que aleteaban en mi caja torácica.

Me enfrentaría a Tanner.

Me aseguraría de que me prestara atención.

Yo tenía mucho que decir y conseguiría que él me escuchara.

Capítulo 26

Tanner

Durante dos horas, después de que Hudson se fuera, intenté concentrarme en el trabajo. Pero estaba distraído y acabé leyendo las mismas hojas de cálculo diez veces, numerosas solicitudes de trabajo para camarera que en mi mente se terminaron confundiendo en una y me quedé mirando en blanco los planos de un arquitecto para la renovación de un local.

Mierda.

Me puse en pie y me desperecé para relajar los músculos de la espalda con la sensación de haber perdido toda la tarde y de no haber resuelto nada.

Con un gruñido de frustración, tomé las llaves y el móvil. Quizá ir al gimnasio de Jim me ayudaría. Pero cuando ya salía del aparcamiento, la idea de una sesión de boxeo dejó de seducirme. Con el mal humor que tenía, corría el riesgo de arrancarle a alguien la cabeza, y eso no era bueno para nadie.

Me detuve en un semáforo, irritado conmigo mismo por estar tan indeciso. Normalmente, cuando tomaba una decisión, la llevaba adelante. Pero en mi cabeza tenía un torbellino de pensamientos turbios, casi todos centrados en cómo la había cagado una vez más.

Cuando el semáforo cambió a verde, una cosa que había dicho Hudson rugió como un oso gigante exigiendo que lo escuchara.

«Enfréntate a lo que sea que te tiene alterado. Arráncatelo del pecho. Resuélvelo».

Era más fácil decirlo que hacerlo. Me habría encantado enfrentarme al cabrón que me había torturado hasta el punto de que todavía oía en mi cabeza su voz humillándome. Desdeñándome. Rechazándome. Menospreciándome.

Un pensamiento absurdo se me pasó por la cabeza en medio de aquel ejercicio de autocompasión. Había una manera de enfrentarme a él. Haciendo algo que no había intentado nunca para dejar atrás el pasado. No llegaba a ser un encuentro cara a cara para poder partir de cero, pero sí sería un gesto que podía haber hecho hacía mucho tiempo.

Sintiéndome como un idiota, me encaminé hacia el pequeño cementerio en las afueras de Surrey Hills.

Solo había acudido allí en una ocasión, el día del entierro de papá. No había querido ir. Remy me había obligado, diciéndome que no quedaría bien que no apareciera y que podía alertar a los servicios sociales y hacerles pensar que él no podía controlarme y, por tanto, no era el tutor adecuado para mí.

La posibilidad de perder a la única persona que me importaba en la vida fue suficiente como para que me pusiera un traje que me quedaba pequeño y fuera al cementerio en el que se reunía un puñado de dolientes.

No me extrañó que hubiera tan pocos asistentes. Papá no tenía casi amigos. Casi nadie venía a visitarnos. Él no salía. Si hubiera socializado algo más, quizá no habría centrado su atención exclusivamente en mí, en el peor sentido posible...

Teniendo en cuenta que su odio por mí derivaba del que sentía hacia mamá, debía de haber convertido la vida de esta en un infierno, pero ella nos lo había ocultado. Nunca salíamos todos juntos; papá trabajaba muchas horas y cuando llegaba a casa de la obra, ya tarde, se sentaba en el sofá, delante de la televisión, más interesado en las noticias que en Remy y en mí.

Para entonces, habíamos hecho los deberes en la cocina con mamá, ocupada en hacer cosas y entretenida escuchando nuestras anécdotas del día. Nos daba a probar lo que estaba cocinando y nos hacía reír con sus impulsivos abrazos, que se hicieron más frecuentes cuanto más se fue distanciando de nosotros papá.

Tenía el vago recuerdo de que los raros domingos que estaba en casa, Remy y yo jugábamos en el patio trasero mientras él y mamá hablaban dentro de casa. Aunque mamá no aguantaba mucho en el interior y solía unirse a nosotros donde jugamos al pilla-pilla o a *cricket*.

Hasta aquel fatídico día en el que oí que levantaban la voz y mi primer instinto fue proteger a mamá. Ella nunca gritaba, así que cuando su voz me llegó hasta el extremo más alejado del patio, supe que algo iba mal. Remy

estaba en la fiesta de un amigo, así que solo dependía de mí la decisión de seguir arrancando malas hierbas o de ir a asegurarme de que mamá estaba bien.

Opté por lo segundo. Y lo que oí me ayudó a comprender muchas cosas.

Me escondí detrás de la puerta al tiempo que la pelea se acaloraba, paralizado por el shock, lamentando no ser mayor para poder dar un puñetazo a mi padre y noquearlo por decir cosas tan horrorosas.

Las lágrimas me quemaban los ojos, pero me negué a llorar. Tenía que ser fuerte. Para mamá.

Ella me vio cuando salió por la puerta trasera con los ojos rojos e hinchados y los labios temblorosos. Me estrechó en un abrazo, apretándome contra sí como hacía siempre, y noté que temblaba. Me dijo que tenía que ir a dar una vuelta en coche y que me traería uno de mis polos favoritos.

Nunca volvió.

Su coche se salió de la carretera y chocó contra un árbol a apenas dos kilómetros de casa. La policía no había sido capaz de explicar la causa del accidente, pero yo la sabía. Estaba tan afectada por las repugnantes y viles acusaciones que le había lanzado mi padre, que no había podido concentrarse en la carretera.

Afortunadamente, las marcas de los frenos y la huella del derrape de las ruedas indicaban que había tratado de evitar el árbol, porque yo no habría podido soportar la idea de que estuviera tan desesperada como para haberme abandonarme con el monstruo.

Aquel día, cuando se subió al coche, recuerdo que me dio miedo que me dejara solo con papá después de lo que había oído a escondidas.

Entonces no tenía ni idea de que aquella hora se convertiría en cinco años espantosos, durante los que tuve que aguantar los insultos que el viejo cabrón decidiera dedicarme ese día, mientras yo me lamentaba de que hubiera sido mamá y no él quien había muerto.

Asombrado de descubrir que tenía los ojos húmedos de lágrimas, aparqué e intenté recuperar la compostura antes de dirigirme al cementerio.

Papá no tenía una bonita lápida de piedra. Remy había optado por una placa pequeña con su nombre, fechas de nacimiento y fallecimiento y RIP. ¡Descanse en paz, una mierda! Confiaba en que estuviera retorciéndose en el infierno, recorriéndolo a saltos para esquivar las llamas.

Me detuve ante la placa, mirándola con odio y reprimiendo el impulso de

darle una patada. ¿Por qué iba él a descansar en paz cuando por su culpa yo no tenía ninguna paz?

—Eras un buen elemento —dije, metiendo las manos en los bolsillos y balanceándome sobre los pies, como si me preparara para una pelea—. Eras un cabrón mezquino y rencoroso que hizo de mi vida un infierno. Que es donde estás tú ahora y donde espero que te quemes.

Era una estupidez hablar con un trozo de piedra, pero en cierta forma resultaba catártico. Así que continué.

—¿Te acuerdas de aquella vez que me encerraste en el sótano porque no me comí el brócoli? Pues te salió el tiro por la culata, porque en cuanto me dejaste salir mojé tu cepillo de dientes en el agua del váter.

El recuerdo de mi primer acto de rebeldía cuando tenía diez años, pocos meses después de morir mamá, me hizo sonreír.

—¿Y la vez que te hiciste una pila de tortitas con fresas y a mí me diste un cuenco con orejones? Baste con decir que no había solo azúcar en el azucarero y que en tu intestino se coló una buena porción de polvo de tiza.

Había deseado muchas veces que hubiera sido arsénico.

—En cuanto a los golpes habituales en el culo con la cuchara de palo, tengo un tatuaje en cada nalga con tu más valiosa posesión, unas estúpidas orquídeas. Así, las aplasto cada vez que me siento.

Podía ser infantil, pero aquellas flores habían sido mi primer tatuaje, y me hizo sentir tan bien que quise hacerme más.

—Sabía que habrías odiado los tatuajes, así que cada vez que me hacía uno, era una manera de hacerte un corte de mangas —ahuyenté un pájaro que se posó en la placa—. Cada vez que estaba en la camilla, con la aguja atravesándome la piel, te imaginaba hecho un basilisco, y no sentía el menor dolor.

Continué sin pausa:

—Te odio por haber minado mi confianza en la gente. Por hacerme creer que no valía nada. Por hacerme creer que no era bueno para nada ni para nadie. ¿Pero sabes una cosa? Me va bien. De hecho, mejor que bien. Y Remy es un gran tipo. Somos felices. Y sé que esa es la mejor forma de venganza, porque tú estás ahí abajo y ya no puedes hacerme daño...

Terminé la frase y noté que tenía las piernas increíblemente débiles y los brazos entumecidos, como si estuviera a punto de desmayarme. Me puse en cuclillas, incliné la cabeza y respiré profundamente varias veces hasta que se

me pasó el mareo.

Se merecía mucha más bilis, pero me sentía exhausto y no quería acumular más odio.

Había acabado.

¿Me sentía mejor? Quizá. Liberarme del pasado solo podía hacerme bien.

No pensaba volver. Había dicho todo lo que necesitaba decir. Y ¿quién sabía? Tal vez gracias a eso tendría el valor de enfrentarme a Abby y explicarle por qué no podía estar con ella. Era lo menos que podía hacer.

Aquella noche, no. Aquella noche tenía que volver al club, sumergirme en el trabajo y terminar el whisky añejo que tenía reservado para un día especial.

Y tal y como me sentía, aquel día lo era.

Me incorporé y, mirando a la placa, dije:

—Nos vemos en el infierno.

Me marché sin mirar atrás.

Capítulo 27

Abby

Me sentía como una idiota.

Haberme enfundado en una minifalda negra, un top verde de escote halter y botas con tacón de aguja, además de una buena cantidad de rímel y pintalabios coral, cuando Tanner me había visto desnuda...

Pero la ropa y el maquillaje me daban una seguridad que necesitaba para acercarme a la zona de VIP del Embue.

—Tengo que ver a Tanner King —dije a un segurata musculoso, impostando mi mejor voz de diva.

Me miró como si no tuviera derecho a estar allí y menos a exigir ver a su jefe.

Echó una ojeada a la tableta electrónica que llevaba en la mano antes de mirarme con desdén.

—No está en la lista.

—El jefe querrá verla —dijo un hombre desde detrás, desenganchando la cuerda y corriendo la cortina—. Sígueme, Abby.

—Ah, gracias —pasé sin mirar al mazas, y sonreí al hombre alto y rubio que tenía un asombroso parecido con el guapo actor británico Tom Hiddleston—. No nos conocemos, ¿verdad?

—Soy Hudson Watt, el encargado de este antro de perdición —me estrechó la mano—. Y el mejor amigo de Tanner, aunque él te diga lo contrario.

—Encantada de conocerte —dije. Y cuando nos detuvimos delante de la puerta de la sala privada de Tanner sentí que las malditas mariposas alzaban el vuelo—. ¿Estás seguro de que es una buena idea? ¿No está ocupado?

—Querida, necesita verte tan desesperadamente que ni siquiera lo sabe — con una sonrisa pícaro, Hudson llamó dos veces a la puerta con los nudillos, pasó una tarjeta por la ranura de seguridad, y la abrió.

Mientras me empezaban a temblar las manos, él asomó la cabeza y anunció:

—Tienes visita.

Antes de que pudiera plantearme si había sido una buena idea aparecer allí sin previo aviso, Hudson abrió la puerta de par en par y me empujó suavemente hacia dentro.

—Buena suerte —murmuró de manera que solo yo lo oyera. Y cerró la puerta.

Dejándome delante de Tanner, al que miré como una pánfila paralizada por la sorpresa.

Todas las ingeniosas frases iniciales que había practicado de camino se borraron de mi mente en cuanto él avanzó hacia mí. Los hombros rectos, el cuello rígido, el entrecejo fruncido con líneas profundamente marcadas

No parecía contento de verme.

Logré emitir un patético: «hola», un segundo antes de que me asiera y sellara mis labios con los suyos.

Yo podía haber protestado, podría haber mencionado el hecho de que teníamos que hablar, podría haberle acusado de ser un cobarde y un idiota por haberse marchado sin despedirse. Pero en cuanto su lengua entró en mi boca y Tanner me empujó contra la puerta, se borró de mi mente cualquier intención de rechazarlo.

Eso era lo que quería. Deseaba a Tanner. Como no había deseado nada en toda mi vida.

El deseo me consumió mientras él se bajaba la bragueta, se ponía un condón y me subía la falda. Me aferré a él, desbordada por las sensaciones al apartar él a un lado mis bragas y penetrarme.

Contuve el aliento cuando me invadió y saboreé la exquisita fricción de sentirlo deslizarse fuera y dentro de mí. Primero despacio. Después, acelerando. Cada vez me penetraba con más fuerza. Con embates poderosos. Empujándome al límite más deprisa que nunca.

Enganché una pierna a su cintura e, interpretándolo como una invitación a que me levantara, me sujetó por las nalgas mientras me embestía como un hombre poseído.

Me golpeé la cabeza con la puerta al echarla hacia atrás al tiempo que se me contraían los músculos, el placer recorriendo cada milímetro de mí ser cuando Tanner acopló nuestras caderas de manera que, al mecerse, rozaba la parte más sensible de mi cuerpo.

Con cada embate, en mi cuerpo saltaban chispas ardientes que me consumieron cuando estallé en un orgasmo que brotó desde lo más hondo de mi interior.

Tanner continuó su asalto con prolongadas y profundas acometidas que hicieron que echara de menos no tener algo que morder para evitar ensordecerlo. Cambió el ángulo. Volvió a adentrarse en mí. Una. Dos veces. Y yo estallé en una espiral fuera de control al tiempo que él absorbía mi grito con un beso.

Tanner me siguió un instante después, empujando tan profundamente que estuve a punto de desmayarme con un placer rayano en dolor y un gemido salvaje y primario.

Antes de que pudiera decir algo que contribuyera a distender la situación, Tanner se salió de mí y no tuve más remedio que bajar la pierna. Sin mirarme, fue al cuarto de baño, volvió al poco y se sentó al escritorio como si no hubiera pasado nada.

Indignada por su frialdad, me estiré la ropa y crucé la habitación hasta plantarme delante de él.

—Mírame.

Ignoró mi orden y siguió mirando la pantalla del ordenador como su contuviera el secreto de la inmortalidad.

—Maldito seas —golpeé el escritorio con la palma de la mano y Tanner, sobresaltándose, me miró a los ojos finalmente.

Lo que vi en los suyos me dejó sin aliento.

Desprecio. Arrepentimiento. Y una vulnerabilidad que me dio ganas de acunarlo y no dejarlo ir nunca.

Se le contrajo la garganta al tragar antes de que dijera:

—Tienes que marcharte.

—Es una pena pero no soy como tú y no tomo la salida fácil de huir como un niño asustado —apoyé una nalga en el escritorio, lo bastante cerca como para poder oler alcohol en su aliento—. No pareces estar borracho, pero hueles a destilería.

—No lo estoy. He tomado cuatro tragos.

—¿Para adormecer el dolor?

—Para espabíllame y poder trabajar toda la noche —fingió un bostezó y se desperezó, mirándome con el ceño fruncido y un gesto desafiante que me hizo pensar en un león provocando a su víctima antes de saltar sobre ella—. Me estás incomodando.

—Y tú me estás incomodando a mí con esta estúpida farsa —señalé con el pulgar la puerta—. Preferiría creer que lo que acaba de pasar se debe a que no puedes quitarme las manos de encima, pero creo que ha sido más bien una manera de demostrarte algo.

El miedo centelleó en sus ojos antes de que desviara la mirada.

—No sabes de qué estás hablando. Soy un tío salido. Tú eres una muñeca. Entre las sábanas somos incendiarios. Pensaba que habías venido para un último polvo, así que te lo he dado.

Intentando contener el creciente dolor que sentía en el pecho, conseguí decir con desdén:

—Si estás intentando espantarme para que me marche de aquí, sigue intentándolo.

Me incliné hasta poner la cara a la altura de la suya.

—Te tengo pillado.

Tanner se levantó y dio unos pasos para poner un poco de distancia entre nosotros.

—Escucha, tú sabías desde el principio el tipo de hombre que soy. No me implico emocionalmente. No me comprometo. Y te aseguro que no continuó nada que haya llegado a su fecha de caducidad.

Se giró con la rabia marcada en sus labios.

—Remy volvía; lo nuestro acababa, así que lo hice lo más fácil posible para ambos. Nada de prolongar la despedida. Ninguna promesa vacía de una amistad eterna —imitó el sonido de un corte—. Una ruptura limpia.

—¿Así que me hiciste un favor y debería agradecértelo? —aplaudí lentamente mientras avanzaba hacia él, proyectando calma exterior cuando por dentro era pura lava de ira—. Bravo. Gracias por convertir algo especial en algo asqueroso gracias a tu actitud de gilipollas.

Sus ojos se abrieron pasajeramente con sorpresa antes de que recuperara su máscara de indiferencia.

—Nena, hemos tenido un sexo espectacular. Eso no tiene nada de especial.

—¡Tú eres idiota! —dejé escapar una risa seca, carente de humor, mientras

reprimía el impulso de abofetearlo—. ¿Quieres saber lo que pienso?

—No —replicó, apretando los labios con gesto de aburrimiento a la vez que miraba a su alrededor para evitar mirarme a mí. Cobarde.

—Te gusta ocultarte tras esa fachada de chico malo, pero internamente eres un caramelo.

Bueno, carecía de la rotundidad de las frases que había ensayado, pero al menos conseguí captar su atención y que volviera a mirarme, aunque fuera contrariado.

—Apostaría cualquier cosa a que te hiciste los tatuajes para conseguir tener esa imagen, porque eso es lo que crees que eres —dulcifiqué el tono al ver que se le tensaba la mandíbula. Quería conseguir que reaccionara, pero no sabía hasta dónde podía tensar la cuerda—. Pero no eres malo, Tanner. Nunca podrías serlo, y me gustaría que te quedaras conmigo lo bastante como para poder demostrártelo.

—Ya te he dicho que estoy ocupado —dijo, malinterpretando deliberadamente lo que le acababa de decir.

—No me hagas sentir más estúpida de lo que ya me siento viniendo aquí para sincerarme contigo —se me quebró la voz al desvanecerse parte de mi impostada osadía.

¿Y si me había equivocado completamente respecto a nuestra relación?

Pasaron unos segundos antes de que su semblante se contrajera en una mueca y, aliviada, grité mentalmente: «Aleluya». Era un avance.

—Lo siento —dijo apoyándose en la parte de atrás del sofá y pasándose una mano por la cara—. Soy una mierda.

—Eres un hombre fuera de su zona de confort —me acomodé a su lado sin tocarlo por más que deseara hacerlo—. Pero te prometo que seré delicada contigo.

Tanner se encogió como si le hubiera dado un puñetazo.

—Al contrario que yo. Joder, no puedo creerme que te haya asaltado como un demente. Y tenías razón. Quería ahuyentarte para siempre. Demostrarte hasta qué punto soy un capullo. Pero me he olvidado de la parte de la película en la que no consigo saciarme de ti y... Me he vuelto loco. Lo siento.

—¿Me has oído quejarme?

En esa ocasión, me arriesgué a posar una mano en su antebrazo, pero él se la sacudió de encima como si lo hubiera electrocutado.

—Te mereces a alguien mucho mejor que yo. ¿No te das cuenta? —se

volvió hacia mí con los ojos oscurecidos por una desolación que los volvía azabache—. No soy lo bastante bueno para ti.

—Me he pasado la vida dejando que otros decidieran por mí y fingiendo que no me importaba. Pero ya no —le tomé la mano y la así con fuerza cuando intentó soltarse—. ¿No te das cuenta? No puedes librarte de mí por más que te esfuerces. Me gustas, Tanner King.

El pecho se me encogió por la magnitud de lo que iba a decir, pero si no lo hacía en ese momento, no lo haría jamás.

—Puede que incluso me esté enamorando de ti y si he aprendido algo este último año es a luchar por lo que quiero.

Me tomé como una buena señal que no saliera huyendo al oírme mencionar el amor. No lo fue tanto que palideciera como si estuviera a punto de desmayarse.

—No querrás decir que...

—Deja de decirme lo que debo decir o hacer... —le apreté la mano confiando en transmitirle parte de mi confianza en él—. Estoy dispuesta a soportar cualquier cosa menos eso. Eso, nunca más.

Pude intuir la batalla que libraba cuando todo tipo de emociones contradictorias se alternaron en su rostro. Esperanza y desesperanza. Confianza y desconfianza. La incredulidad mezclada con un enternecedor anhelo.

Los pude identificar porque yo me había enfrentado a esos mismos sentimientos durante los días anteriores, pero había conseguido cruzar la línea decidida a alzarme con la victoria.

—Tú vas a recuperar tu antigua vida. Tu familia. Yo solo sería un lastre —sonó desesperado, buscando cualquier excusa para separarnos. Me daba lo mismo. Me había enfrentado a artillería más pesada por parte del pelotón de fusilamiento de los Prendigast, y había sobrevivido.

—Si vas a escuchar conversaciones a hurtadillas, asegúrate de que oyes correctamente —dije—. No confío en mi familia. Me quedo con Remy —me incliné para aproximarme y asegurarme de que me entendía correctamente—. No me voy a ninguna parte.

Guardó un silencio prolongado y le di tiempo para procesar lo que acababa de decir.

Me había llevado tres días llegar a aquel punto, y aun así, dudaba que me hubiera animado a ir a verlo de no ser por el empujón que me había dado

Makayla.

—No creo que pueda ser el hombre que quieres que sea —musitó, sonando tan abatido que algo en mí se hizo añicos.

Sabía que lo que iba a decir a continuación tenía la capacidad de unirnos o separarnos para siempre, así que elegí mis palabras cuidadosamente, queriendo que Tanner viera mi verdadera yo, ansiando que me creyera.

—¿Por qué? ¿Porque nunca has tenido una relación de verdad? ¿Por qué te cuesta confiar? ¿Porque tuviste una infancia tan traumática que no te consideras lo bastante bueno?

Me deslicé hasta el suelo, arrodillándome delante de él y sujetándole ambas manos como si mi vida pendiera de ellas, implorando que me escuchara.

—A los dos nos cuesta confiar en los demás. Escucha, yo he desconfiado tanto de mí misma durante tantos años que no podía confiar en nadie. Pero tú me has probado que me equivocaba —apreté sus manos con fuerza—. ¿Crees que te utilizado para superar mi pasado? Puede que eso fuera verdad inicialmente. Pero en el proceso, he cambiado. Porque tú me has cambiado.

La emoción me tensó las cuerdas vocales y tragué para aliviar la sequedad de mi garganta.

—Me resisto a darme por vencida respecto a nosotros, Tanner. ¿Tú?

Mirarle a los ojos fue como contemplar un pozo oscuro. No podía adivinar qué estaba pensando. Quizá no sentía nada. Confié en que sintiera demasiado.

Cuando me asió las manos con fuerza, un rayo de esperanza brotó en mí. Se separó del sofá y tiró de mí para que me levantara hasta que nos quedamos frente a frente, separados solo por un suspiro de aliento.

—¿Cómo puedo hacerte entender hasta qué punto estoy jodido?

Entre todo lo que había imaginado que pudiera decir, eso era lo último que esperaba. Pero permanecí callada, confiando en que continuara.

—Quiero creerte, Abby. Quiero creer en nosotros. Pero ¿y si no es bastante? —exhaló un suspiro quebrado—. ¿Y si yo no doy la talla?

Esperé, intuyendo que no había terminado, ni mucho menos. Se me contrajo la garganta y los ojos me ardieron por las lágrimas contenidas, pero no hablé, confiando fervientemente en que lo que iba a añadir nos permitiera seguir adelante, juntos.

—No le he contado esto a nadie, ni siquiera a Remy... —sonaba tan tentativo, tan sufriente, que estuve a punto de pedirle que no siguiera. Pero

sus ojos estaban vidriosos, como si estuviera perdido en sus propios recuerdos, y supe que si había la mínima esperanza para nosotros, tenía que confesar lo que fuera que le producía aquella angustia—. Mi padre me odiaba. Lo percibí desde que tuve uso de razón, probablemente hacia los cuatro años. No podía soportar mi presencia.

El dolor le oscureció los ojos; parpadeó lentamente, como si despertara de un coma.

—Tuvo la habilidad de disimular delante de mamá y de Remy, pero cuando estábamos solos... ¡Dios, el tío era un capullo!

Se me encogió el corazón al darme cuenta de lo que Tanner había sufrido de niño. Mi padre podía haberme manipulado, pero al menos me quería. Nunca había sido cruel o condescendiente deliberadamente. Simplemente, esperaba que lo obedeciera y yo había sido lo bastante idiota como para complacerle.

—Con los años, me di cuenta de que mamá tampoco lo soportaba y de que solo aparentaba que todo iba bien por Remy y por mí. Pasábamos todo el tiempo con ella, incluso cuando él estaba en casa. Probablemente pretendía protegernos, aunque entonces no me diera cuenta...

Tomó aire profundamente y lo exhaló despacio.

—El día que ella murió, Remy estaba fuera. Yo estaba en el patio y oí que discutían en el interior. Me asusté porque mamá nunca gritaba, y estaba dando tales voces que pensé que los vecinos la oirían. Así que subí al porche y me escondí tras la puerta trasera.

Continuó con el ceño fruncido.

—Papá estaba diciendo unas cosas horribles. Acusaba a mamá de haber tenido líos con hombres y de no haberlo amado nunca. Entonces llegó lo bueno...

Sus facciones se contorsionaron de dolor y tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no tomarlo en mis brazos y decirle que parara. Pero si lo hacía, Tanner volvería a encerrarse en sí mismo, y no podía arriesgarme a eso. Había hecho un largo recorrido, y si no había compartido su secreto antes con nadie... Bueno, tenía que mantener la esperanza de que significara que confiaba en mí y que la única manera de que tuviéramos una posibilidad de futuro fuera que la verdad aflorara.

—Por lo visto, él había dejado de amarla después de que Remy naciera, pero había permanecido con ella cuatro años más. Entonces, cuando iba a

dejarla, ella le anunció que estaba embarazada de mí. Él la acusó de hacerlo deliberadamente para atraparlo. Y él me odio desde ese instante, culpándome por obligarle a permanecer en contra de su voluntad. Podría habernos abandonado, pero pagar la pensión alimenticia de dos hijos habría desequilibrado su economía, así que se quedó y nos amargó la vida. Mamá lo atacó a su vez, diciéndole que nos dejara en paz a Remy y a mí y que se reservara el odio para sí mismo. Así que él le dedicó los más espantosos insultos y ella salió corriendo. Probablemente necesitaba tiempo para calmarse, así que se fue a dar una vuelta en coche...

Tanner sacudió la cabeza con los labios fruncidos en una mueca de dolor.

—No debería de haber conducido en aquel estado, y acabó estrellándose contra un árbol, cerca de casa.

Con la garganta dolorida por la emoción contenida, le toqué el brazo, intentando transmitirle mi empatía aunque fuera consciente de que era un gesto inútil.

—En lugar de consolarme cuando mamá murió ¿sabes lo que hizo el cabrón? Me echó la culpa. A mí. Por su resentimiento y su amargura, por haber hecho que mi madre me defendiera y se hubiera enfurecido tanto como para sufrir el accidente que la había matado. Me culpó por atraparlo aún más, puesto que tenía que cargar con dos niños a los que no quería. Yo solo tenía diez años y me echó todo ese peso sobre los hombros. De ahí en adelante todo fue a peor. Durante los siguientes cinco años, hasta que murió, me trató como si fuera un trozo de mierda. Nunca delante de Remy, que casi siempre estaba ausente. Me hizo sentir que no valía para nada, que era un inútil, y lo repitió tantas veces que consiguió que le creyera... Llore de alegría el día que murió. Remy tuvo que aguantar mis desplantes de adolescente durante unos años y yo fui tirando hasta que, al cumplir dieciocho años, tuve acceso al fondo fiduciario y pude empezar mi vida. ¿Esto? —me mostró los brazos cubiertos de tinta—. Tatuarme fue la forma de asegurarme que renacía. Nunca me había sentido cómodo en mi piel, así que decidí adoptar una nueva. Una que me garantizara que la gente se mantuviera a distancia, que era precisamente lo que quería. De una manera retorcida, acabé pareciéndome a mi padre al no querer sentirme atrapado en una relación. Por eso no dejaba que nadie me importara lo suficiente. Hasta que apareciste tú...

Me miró con expresión atormentada y contuve el aliento, rezando mentalmente para que hubiéramos avanzado y que no me pidiera que me

marchara para siempre

—Tú has visto más allá de mis tatuajes —me dolía el pecho por el esfuerzo de contener el torrente de emociones que me recorría. Cuando Tanner me tomó el rostro entre las manos, el aliento que había estado conteniendo escapó de mis labios con un ridículo gemido—. Tú me ves como soy, mi verdadero yo... Y no sé si aferrarme a ti para siempre o salir huyendo tan rápido como pueda sin mirar atrás.

La esperanza prendió en mi interior, pero me obligué a permanecer inmóvil cuando él retiró las manos de mi cara para bajarlas a mis caderas. No me había dicho que me alejara de él. No había huido. Por el momento.

Así que intenté expresar mi profunda tristeza por su atroz infancia, consciente de que nada de lo que dijera sería suficiente, pero aun así, decidida a intentarlo.

—Decir que lo siento suena trivial, Tanner, pero no puedes imaginar hasta qué punto siento que hayas sufrido tanto. Has cargado con un peso que no te correspondía y creciste junto a un sádico. Quiero que sepas que te veo tal y como eres. Y que siempre será así.

No pude contener las lágrimas por más tiempo, así que las dejé rodar al tiempo que me abrazaba a él con tanta fuerza que gritó de dolor.

Lo bueno fue que me abrazó a su vez, y que apretó la nariz contra mi cabello, tal y como solía hacer.

Lo malo fue que, una vez empecé a llorar, no pude parar. Fue como si todos los sentimientos que había reprimido durante tanto tiempo salieran a borbotones. Él me sostuvo hasta que los sollozos remitieron, fuerte y estoico, el hombre al que amaba, el hombre al que necesitaba.

Cuando finalmente me separé un poco, vislumbré un primer esbozo de sonrisa en sus labios y mi corazón se llenó de alegría.

—¿Y tú tienes la osadía de llamarme «caramelo»? —me besó la punta de la nariz y supe que cruzaríamos la línea del frente de batalla juntos—. No eres más que una niña grande llorona

Le golpeé el pecho.

—Pero tu niña llorona.

—Supongo que sí —no vaciló y la felicidad me burbujeó en las venas—. Por alguna razón inexplicable, ves lo mejor de mí. Sacas lo mejor de mí. Y quiero ver hasta dónde puede llegar esto.

Solté un grito de alegría y Tanner se rio al tiempo que me tomaba en

brazos y me daba vueltas en el aire.

—Pero tienes que prometerme una cosa —dijo poniéndose serio.

—Lo que quieras.

—Si en algún momento decides dejarme, ten la amabilidad avisarme —me estrechó la cintura con más fuerza—. No creo que pudiera soportar quedarme colgado.

—¿Tal y como me has dejado tú a mí estos tres últimos días?

Hizo una mueca.

—*Touché.*

Levanté la mano derecha.

—Lo prometo. ¿Algo más?

—Yo-yo creo que también te amo —dijo con brusquedad, renuente.

—He dicho que me gustabas —sonriendo, deslicé las manos por su pecho hasta posarlas en sus hombros—. Puede que esté a medio camino de amarte.

Curvó el labio superior con arrogancia.

—Me quieres. Pero eres demasiado testaruda como para reconocerlo.

La alegría me obligó a asirme a él como si temiera que, si pestañeaba, fuera a salir flotando y resultara que todo había sido un sueño.

—Puede que tengas que besarme hasta arrancarme una confesión.

—Eso está tirado —musitó un segundo antes de reclamar mi boca.

Sus labios me sedujeron y embaucaron, exigiendo de mí una respuesta que yo estuve encantada de darle. Fue un beso lento, prolongado y abrasador, el primero de muchos por venir. Un beso cargado de esperanza. Un beso sobre el que erigir un futuro.

Aunque me resistía a romperlo para tomar aire, le empujé con suavidad.

—Vale, lo reconozco —fingí un mohín—. Te quiero. ¿Contento?

—Cariño, no tienes ni idea de hasta qué punto.

Cuando me abrazó con fuerza y sentí su corazón latir aceleradamente al compás del mío, tuve una idea aproximada.

Amor incondicional.

No había en el mundo nada comparable.

Lo había encontrado en aquel hombre, increíble y exasperante, y no tenía la menor intención de dejarlo escapar jamás.

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

*Atardecer
en
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah
9788491881452
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

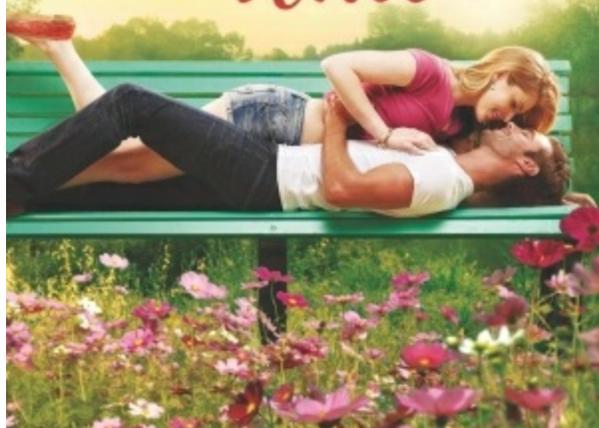
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

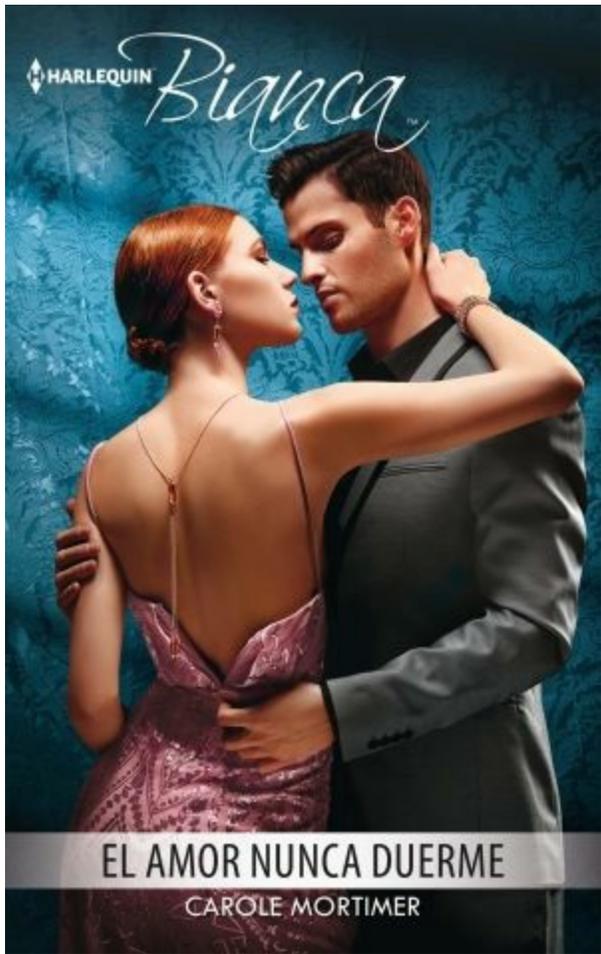
Mallery, Susan
9788491881469
352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN *Bianca*



EL AMOR NUNCA DUERME
CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

9788491881360

160 Páginas

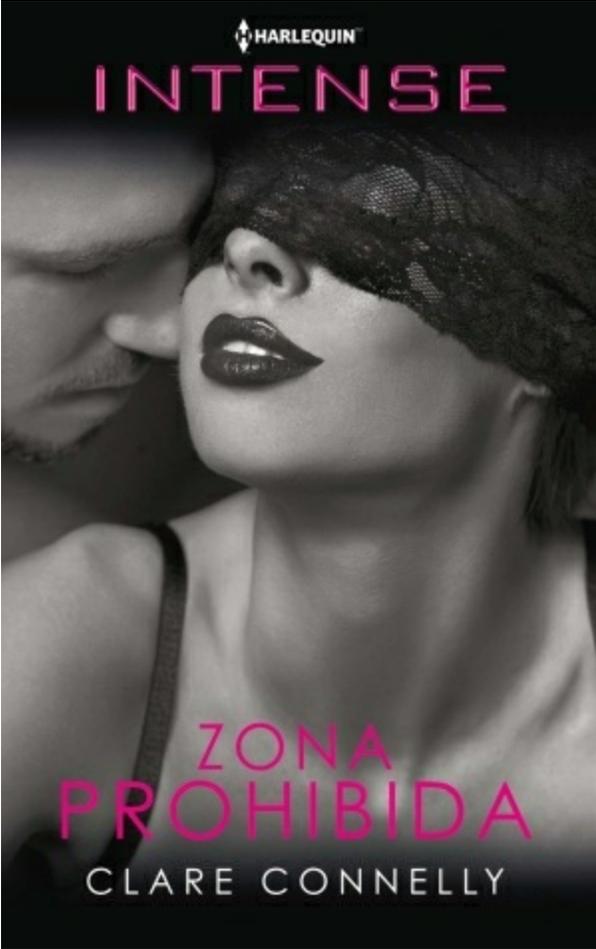
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... ¡dispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

 HARLEQUIN

INTENSE



ZONA
PROHIBIDA
CLARE CONNELLY

Zona prohibida

Connelly, Clare
9788491889441
224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Actual. Atrevida. Independiente. Descubre Harlequin INTENSE, una nueva colección de novelas entretenidas y provocadoras para mujeres valientes. "Quiero probarte esta noche" Con una química tan fuerte, merecía la pena correr el riesgo de quemarse... El multimillonario Jack Grant era completamente inalcanzable para Gemma Picton. Era un hombre salvaje, peligroso y... su jefe. Pero cuando pasaron de trabajar hasta muy tarde a algo más, Gemma se dio cuenta de que la realidad superaba todas sus fantasías, ¡y había fantaseado mucho con Jack! Sin embargo, él estaba emocionalmente herido y cuando Gemma quiso sanar su corazón, además de disfrutar de su cuerpo, supo que se había metido en problemas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

Jazmin

CITA CON EL PRÍNCIPE

NICOLA MARSH



Cita con el príncipe

Marsh, Nicola
9788491886211
160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Natasha Telford era una chica australiana, sencilla y trabajadora. Dante Andretti era un guapo y encantador... príncipe. No podrían ser más diferentes; pero Dante necesitaba la ayuda de Natasha para conseguir ser un hombre normal por algún tiempo, y no un príncipe con interminables privilegios y obligaciones. Natasha sólo era una chica normal que iba a enseñarle la ciudad... pero quizá pudiera convertirse en una princesa fuera de lo común.

[Cómpralo y empieza a leer](#)